

CARLOTA CORDAY

FELIPE PEREZ

1881

Vitrina

CARLOTA CORDAY

NOVELA ORIGINAL

POR

UNIVERSIDAD

FELIPE PEREZ

BAFFI



Sala de Patrimonio Documental

1881

BOGOTA

IMPRENTA DE COLUNJE I VALLARINO

3121

EREZ, Felipe. **Carlota Corday**. Bogotá, Imprenta de Colunje y  
allarino, 1881. 12vo., 174 pgs., buen estado. Ejemplar para  
ncuadernar.

primera edición.

C863.3

P438

Compu - El Carneco - Febrero 2003

CARLOTTA CORDAY.

I

LA CABAÑA DE RONCERAY.

A un lado del villorrio de Ligneries, en Francia, hace hoy 87 años se levantaba una humilde cabaña. Rodeábanla un huerto de viejos manzanos, único patrimonio de sus moradores, i un reducido campo de labor, donde solian espigar algunos cereales cultivados por manos enfermizas i débiles. Unas cuantas flores crecidas a la sombra de las viejas paredes de la cabaña, eran el mejor adorno de aquel hogar honrado pero infeliz, en cuyo seno se encerraban siete personas desconocidas.

Estas siete personas eran : el señor Santiago Francisco de Corday de Armont, esposo

de la señora Jaquelina Carlota María de Gauthier des Authieux, ésta i los cinco hijos que constituían la familia, de los cuales dos eran varones i tres hembras. Aunque hidalgo el señor de Armont, la pobreza que se cebaba en su familia desde algunas jeneraciones atras, lo mantenía en un estado bien miserable; i aunque llena su mente de vagas esperanzas de mejora, su castillo era por lo pronto una choza, sus tierras unas cuántas yugadas sin prados ni parques, su puente levadizo un tronco echado sobre el torrente, su escudo una vieja memoria de nobleza, i sus súbditos unos cuántos hijos hambrientos i cuasi desnudos.

Era que la desgracia, que casi nunca da cuenta de sus acciones, había venido a posarse en Ronceray como las aves de mal agüero se posan sobre los sepulcros; i desde allí atraía el hambre i la sed, el afan i el dolor, sobre una familia que años ántes había contado entre sus abuelos uno de esos ánjeles de la tierra, de corona de oro i de lira de plata, que se llaman *poetas*, i a quienes abren paso los siglos i los hombres.

Ese progenitor de gloria era Corneille; pero el mundo es avaro de sus favores, i los honores i los aplausos al abuelo no habían alcanzado para los nietos.

¡Respetemos los misterios de Dios, quien de cada pueblo escoje una jeneracion, i de cada jeneracion un individuo, para hacerlo grande e inscribirlo en el libro de la inmortalidad, cuyas pájinas no se escriben sino por centurias!

El sol acababa de ponerse. Un viento recio amontonaba sobre el cielo de Ligneris una infinidad de nubes, grandes como montañas, de cuyo seno iban a salir la lluvia, el rayo i los fragores. Las aves, dando chillidos agudos, se refugiaban en los árboles, i al follaje de éstos daba violentas sacudidas el huracan.

La noche se anunciaba terrible, i la familia Corday se concentró en su cabaña, nó precisamente en el rincon del fuego, sino en torno del lecho de muerte de la señora Jaquelina, atacada hacia dias de una enfermedad mortal. Las privaciones de todo jénero ; la tierna edad i la hermosura de sus hijos, para los cuales no habria felicidad alguna sobre la tierra ; la melancolía incesante de su esposo, la escasez de sus cosechas, i hasta la ineficacia de sus oraciones, habian minado el cuerpo i el alma de aquella pobre mujer, que no podia hacer nada por los que amaba, i a cuya vista no se escapaban las angustias que combatian el corazon del señor de Armont, anciano ántes de tiempo bajo el golpe quebrantador del infortunio.

—¿ Porqué llorais, Jaquelina mia ? habia preguntado una vez éste a su esposa, aprovechando un momento en que sus hijos se entretenian trabajando en el tinglado de la cabaña.

— Lloro, Francisco, porque veo que no tengo para morir el valor que me habia prometido.

— Luego lo deseais ? dijo el anciano mirán-

dola fijamente i con una espresion de pena ternura difícil de pintar.

—Lo habia deseado, i le habia pedido a Dios esa gracia; pero a medida que el terrible momento se acerca me arrepiento, porque os amo más a vos i a mis hijos.

Al decir esto, los ojos de la enferma se llenaron de lágrimas.

—Nó, no morireis, dulce compañera de mis males! exclamó el señor de Armont i se arrojó al cuello, yá sin fuerzas, de la que en otro tiempo habia sido jóven i bella.

—Oh! sí, es preciso. Yo nada hago por vos ni por mis hijos; cada año se aumenta su número, i nuestra situacion es mui desesperada para que podamos decir, como los patriarcas antiguos, que el Señor continúa bendiciendo nuestra casa.

—Como yo no os sobreviviré, ¿qué irá a ser de nuestros hijos?

—Sí me sobrevivireis, Francisco, porque el irrevocable decreto no se ha pronunciado sino respecto de mí, que soi la carga más pesada de la familia. Vos, por lo ménos, no estais tan enfermo como yo; pero bien veis que yo debo morir, porque no tenemos con qué pagar al médico ni hacer los gastos de botica; porque mi cuerpo, estenuado i doliente, reclama alimentos costosos; i porque hacen falta a las faenas de la casa las personas ocupadas en mi asistencia. ¿Pensais que no sé yo cuánto cuesta al pan de la familia el rato que vos pasais al lado de mi lecho?.... el que pasa alguna de mis hijas? Dejad, pues, que muera

la que solo sirve de carga, i que con mi muerte compre yo un vestido más para mis hijos...

—Callad, por Dios! dijo el señor de Armont. ¿Creeis que mis hijos o yo queremos ninguna felicidad al precio de vuestra vida? Perezcamos ántes todos, rodeando vuestro lecho!

—Nó, Francisco: yo sola debo morir.... El hambre i la miseria tienen tambien sus víctimas en este mundo, i nó pocas! A otras criaturas les toca nacer i morir en cámaras de oro i en magníficos palacios: dejemos que esta pobre vieja, madre de labriegos, muera en su cabaña, abrumada de frio i de dolor. Yo tengo la conformidad del sacrificio.

—Conque es decir que la desigualdad es tan grande sobre la tierra! Conque es decir que la muerte tiene dos guadañas: una de hierro para los pobres, i otra de oro para los ricos! exclamó fuera de sí el señor de Armont.

—¿Porqué os sorprende eso, mi querido Francisco? ¿No tiene tambien la fortuna dos caras: una de luz para los dichosos, i otra de sombras para los infortunados? A nosotros nos ha vuelto la última; i es preciso que yo muera, porque muriendo yo se ahorran unos cuántos francos, que pueden salvar la familia....

—I de nó?

—I de nó, llevaremos hácia la tumba o hácia el crimen unos séres que no tienen otro delito que el haber nacido miserables.

—Oh miseria, miseria! exclamó el señor de Armont dándose un golpe en la frente, tus

horrores son más grandes que los del vicio!

La señora Jaquelina miró a su esposo con ternura inefable i moduló una oracion.

La situacion de estas jentes era tanto más desesperada, cuanto el señor Francisco de Corday de Armont no era un hombre vulgar. Aparte de una instruccion vasta i bien encaminada, era autor de varias obras literarias, como si el jenio del gran Corneille se cirniese aún sobre el añoso techo de su cabaña. La fortuna no habia sido la misma, i el nuevo escritor no habia podido alcanzar una reputacion ni una palma en medio de una sociedad encantada entónces con las doctrinas revolucionarias de los filósofos de Jinebra i de Ferney.

El jenio del señor de Armont, infeliz como las plantas que nacen sobre guijarros en vez de nacer sobre céspedes, moría sin el favor del sol ni de las brisas.

Desde este punto de vista era tambien más desgraciada su suerte. En las cabañas de pastores donde no ha penetrado otra luz que la de la ulla, todos los séres son felices, porque la ignorancia tiene sus goces, aunque negativos. La ignorancia no sueña con el poder, la fama, los palacios, ni con la historia: una manada de pintados cabritos, un vestido nuevo para los dias de fiesta, una sementera abundante, i acaso un libro sagrado para leer los domingos, bastan i sobran a los quinientos millones de hombres que no conocen otro horizonte que el de sus abuelos, i que no heredaron de éstos sino un nudoso cayado i una

casa pajiza. Pero cuando debajo del sayal del pobre labrador palpita el corazón de un Tácito o de un Racine; cuando la mano que abandona la azada empuña la pluma i hace borbolar a el alma lo que viene estrecho en un bohío; cuando los ojos de un campesino se elevan al cielo, i no solo ven las estrellas en miriadas sino que distinguen a Júpiter de Vénus, i a ésta de Leverrier; cuando pesan sus masas i miden sus órbitas; cuando al lado de la triste idea de la parvedad de la cosecha se levanta la idea poderosa i lisonjera del talento creador, del talento potente, entónces el contraste es fatal i enjendra la desesperacion.

Oh! cuántas veces no tuvo el señor de Armont que interrumpir sus trabajos literarios, en sus momentos de mayor suceso i de mayor inspiracion, para dormir por sí mismo a su hija menor, enferma i desamparada! Cuando esto sucede, el culto de las ciencias es un peso que doblega más que una cadena de hierro.

Las páginas escritas sobre el papel de la miseria i con la pluma del dolor, no se abren paso fácilmente en la sociedad. Shakespeare i Cervántes no triunfaron desde el principio, porque el hambre les tenia cortadas las alas.

Hé ahí porqué los escritos del pariente del gran Corneille, sin carecer de mérito, se perdian entre el jemido jeneral de su familia.

Hacer cabrero o labriego al jenio, es una crueldad del destino que los griegos olvidaron en la sublimidad pavorosa de su infierno!

El señor de Armont lo comprendia así, e

irritado con el furor de los hados, muchas veces arrojaba a las llamas los manuscritos destinados al mundo.

Pero la ironía de la fortuna no se ostentaba cruel con él por ese sólo lado. También su sangre noble i sus tradiciones de familia hacían un contraste desgarrador con lo viejo de su cabaña i los piés desnudos de sus hijos ! Sus antepasados i sus talentos lo llamaban a ser otra cosa.

Su carácter, pues, se había vuelto taciturno ; su sonrisa, escepto con su esposa i con sus hijos, era amarga ; i la luz de sus pupilas era sombría, como el fuego eléctrico de una sepultura.

Nuevo Prometeo, el destino lo mantenía sujeto a la roca de su adversidad, i su mérito era el buitre que le despedazaba las entrañas.

Los cabellos del señor de Armont se habían emblanquecido ántes de tiempo ; su frente se había arrugado, i era austero i grave.

La noche de que venimos hablando, — aquella noche (de fines del siglo pasado) en que la tempestad alborotaba los cielos del pequeño villorrio de Ligneries, — la familia Corday se había reunido en la cabaña más temprano que de costumbre, i despues de hacer su humilde comida campestre, se había concentrado en torno del lecho de la enferma querida.

Afuera los elementos enojados ; adentro la tranquilidad del hogar honesto.

Las hijas mayores de la señora Jaquelina trabajaban con la aguja, los pequeñuelos em-

pezaban a dormirse al són de los truenos, i el señor de Armont, despues de haber hojeado algunos periódicos de Paris, gran centro de civilizacion que empezaba a arder como un volcan de América, habia cojido el libro que era tenido entónces como un oráculo popular (el *Contrato Social*), i que hoi no es sino un jénesis equivocado de filosofía i de política.

—Nó, Francisco, dijo la enferma i sentóse en el lecho ; no hagais lo que todas las noches: entregaros a vuestras lecturas revolucionarias. Esos libros no pueden dejar ninguna enseñanza provechosa a nuestros hijos: tomad más bien la Biblia, i leednos algunas pájinas del santo libro. Tal vez con eso cese la tempestad que destruye actualmente nuestra cosecha.

El señor de Armont dijo :

—Qué he de leeros ?

—Leednos la vida de alguna de esas mujeres ejemplares del pueblo escojido, para que en su escuela aprendan nuestros hijas el modo de vivir bien.

El señor de Armont, sea casualidad o nó, abrió la Biblia en el pasaje de Judith.

Ese hecho no significaba nada. Sin embargo, a él iba unido el porvenir de una de las personas allí presentes.

Cuando el padre hubo concluido su lectura, Carlota, su segundajénita, exclamó :

—Siempre ha sido ésa la historia de la Biblia que más me ha interesado. Judith era una buena hija de Dios, i una mujer de corazon. Repito, padre mio, esas palabras que

me agradan tanto: “Judith salió de la ciudad, adornada de maravillosa hermosura, de que la habia enriquecido el Señor para que libertase a Israel.”

La tempestad habia cesado hacia rato, i média hora despues todos dormian en la cabaña.

Carlota no tendria entónces sino doce años, i no presentia su destino. Su sueño fué aquella noche el de un ángel, i al amanecer soñó que veía subir al cielo una mujer, desde un tablado en medio de una plaza pública llena de un pueblo revuelto i sombrío.

Tres meses despues la señora Jaquelina dejó de existir. Desde su lecho de agonía bendijo a sus hijos, se despidió de su esposo, i entregó su alma a Dios casi tan pura como la habia recibido en el seno de su madre. Como debia ser, el dolor se apoderó de aquella familia desgraciada, i el llanto fué su único consuelo por muchas semanas. Solo Carlota no virtió ni una lágrima. Apegada al lecho de la que le habia dado el sér, como la flor que nace al tallo de la flor que se marchita, no apartó sus ojos del cadáver lívido de su madre; i lo que sentia en su interior, se podia haber interpretado fácilmente en la espression rara que iban tomando sus facciones. El arco de sus cejas, abierto hasta entónces, tomó una proporción más aguda sobre su frente; concentráronse sus pupilas, i dilatóse su labio como estirado por una sonrisa de desden i de amargura. Veinte años que hubieran resbalado súbitamente por aquella cara infan-

til, no habrían hecho tanto estrago como esos diez segundos de muda contemplación, pues hicieron de la niña una mujer, i de la mujer una mártir.

El dolor hace envejecer más a prisa que el tiempo !

Carlota no volvió a ser yá lo que había sido. Juegos de la niñez, entretenimientos i sueños infantiles, deseos de trajes i de flores, paseos bulliciosos, caravanas de jóvenes a orillas del patrio río, todo esto desapareció en un momento. Siguióse en cambio el amor a la soledad i a las sombras, el retiro meditabundo debajo de los viejos árboles de la comarca, las largas veladas, i un extraño amor por los libros i por los grandes sucesos. Ella había comprendido que la pena que más había arrastrado a su madre al sepulcro, era la de ver a sus hijos cada día más distantes del puesto social que les correspondía. Nobles, i postergados; buenos, i sin recompensa; llenos de hermosura i de talento, i entregados a groseras labores ! Carlota juró en su alma rejenerar la suerte de los suyos. Juramento doblemente admirable en una mujer, i más que poético en una niña.

¿ Era simplemente la casualidad, o era el destino el que inspiraba tales pensamientos a aquella cabeza de doce años, coronada de lindas guedejas ?

Así pasó un año más, pero la suerte no cambió. El señor de Armont tuvo al fin que hacer lo que hace el ave de la montaña con la pollada que no puede sustentar : dis-

persarla sobre las nubes, aprovechando el primer huracan. Congregó un dia sus hijos a la puerta de la cabaña de Ronceray, i les manifestó que el escaso patrimonio de la familia era insuficiente para los gastos, i que era preciso separarse para no correr el riesgo de una comun catástrofe.

Las hermanas se despidieron de los hermanos, i todos del padre, llenos de dolor. Las primeras iban a Caen al monasterio de las Damas, en donde, gracias a las tradiciones nobiliarias de la familia Corday i al bondadoso carácter de la Abadesa, señora de Belzunce, habian logrado que las recibiesen. Los segundos tenian que probar fortuna más azarosa: las armas, o la carrera burocrática.

Casi todos partieron llorando de su amada comarca. En ella quedaban su padre anciano i desvalido, el sepulcro de su madre, i las huellas más queridas del hombre: las de la juventud. Cada pedazo de ese cielo que los habia visto nacer, cada remanso del Arnon, cada collado, cada arboleda donde habian cojido mariposas o descubierto el nido de las avecillas, eran otros tantos objetos de su desconsuelo i de sus suspiros. Yá el jardin de la casa no tendria más cultivadores, las aves del corral más amigos, ni el perro doméstico sus compañeros de solaz!

La familia sentia que se acababa ántes de haberse formado, i que iba a ser errante cuando queria estarse en un sólo lugar. Las tribus nómades no se dispersan, i tienen al ménos el dios del desierto, quien las provee

de dátiles, i quien las guia siempre hácia los senos de esmeralda de los oasis. En las sociedades civilizadas no sucede eso: el dios de ellas es el dinero, i ese dios es sordo e insensible.

Partió pues la comitiva de jóvenes, nó sin fijarse en el hecho, bien triste por cierto, de que las familias de las otras cabañas de Ligneris no tenian que dispersarse como ellos. La igualdad no es la lei de las condiciones humanas!

Solo por la imaginacion reconcentrada de Carlota no pasó ninguna de esas ideas: su espíritu viajaba entónces por otras rejiones más elevadas; i cuando yá fué tiempo de decir el último adios a Ronceray desde el recodo del camino de Caen, ella se volvió i sonrió a sus penates con la satisfaccion del que cree que se ausenta para regresar pronto i para triunfar.

Ella habia concebido la idea de la gloria, i soñaba para su familia un porvenir de felicidad.

## II

### LA ABADIA DE LAS DAMAS.

En la época a que esta historia se refiere, Caen era todavía una ciudad de tercero o de cuarto orden en Francia. Antigua capital de prefectura en el departamento de Calvados,

su situacion es en un valle, en la confluencia del Odon i del Orne, casi a tres leguas del mar. Su construccion en lo jeneral es buena, i tiene fábricas de encajes, de sarga, de loza i de punto. Pues bien, era en Caen donde se encontraba la abadía de las Damas.

Era esta abadía de oríjen antiguo. Todos los escritores están contestes en referir su construccion a 1066, bajo los piadosos auspicios de Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, duque de Normandía. Alzábase el edificio detras de un vasto altozano, i tenia jardines, hermosos patios i ricos oratorios. Su iglesia principal, todavía en pié despues de 794 años, es de estilo anglo-normando. Antes de 1730 esta inmensa mole de piedra, destinada a servir de altar i de retiro a unas cuántas vírjenes consagradas a Dios, estaba totalmente abandonada, i entre las hendiduras de sus murallones i el hueco de sus ventanas desmanteladas crujia el cierzo nocturno, acompañado de los graznidos del cuervo vigilante. Despues de aquella fecha la piedad de los habitantes de Caen ha reparado todo el edificio, que hoi es uno de los mejores hospicios de Calvados.

La señora de Belzunce recibió a las tres huérfanas de Lignerles con la sonrisa de una madre que vuelve a ver a sus hijas, i el mismo dia de la llegada quitóles su antiguo traje de provincia i vistiólas de negro, segun la regla de San Benito, escepto el griñon i el velo, que son blancos.

Esto tenia lugar en 1781.

Otro tipo de belleza que no hubiera sido el de Carlota, habria perdido con el austero traje de la órden; pero ella no perdió nada, i quedó doblemente hermosa: hermosa como mujer, i hermosa con la luz anjélica que rodeaba sus sienes.

Hasta aquella época, Carlota era todavía una niña: contaba solo trece primaveras; pero desarrollada poderosamente desde mucho ántes de llegar a la edad núbil, era difícil adivinar sus años bajo la majestad de sus ademanes, lo grave de su sonrisa i la mirada reconcentrada de sus ojos. Semejante a las doncellas bíblicas que la voluntad de Dios destinó para grandes cosas, tenia el vigor i la pompa salvaje de los cedros del Líbano, no siendo sino una rosa mal entreabierta de las orillas del Arnon.

La estatura de Carlota era regular, i en todo su cuerpo se notaba una robustez de expresion mui marcada, símbolo de un carácter firme. Faltaban a su cuerpo, es verdad, esas redes de venas azules i ligeras que serpean en el pecho i en los brazos de las hijas del Cáucaso; pero tenia, en cambio, la musculatura mórvida i los lineamientos de la leona. Su boca era grande, adornada de dientes hermosos, i fresca i rosada cual debe serlo el órgano de expresion de toda alma grande i sincera. Cierto es que su nariz no alcanzaba al tipo romano, pero era una nariz recta i bien hecha, i remataba en dos senos graciosos. Sus ojos eran de un oscuro color de cielo, rasgados i no mui

grandes, i los exornaban unas pestañas largas, castañas i sedosas, pestañas de madona i de mujer a un tiempo. Sus cejas parecian dos arcos trazados adrede sobre su frente para dar a ésta más espresion ; i el óvalo gracioso de su rostro, junto con su cuello de busto antiguo, venia casi a perder sus finos remates entre una cascada de bucles de color de canela.

Tál era María Ana Carlota de Corday i de Armont, nacida el 27 de julio de 1768 en una choza de la parroquia de Ligneries, distrito de Argentan, en el departamento del Orne ; i si al pié de ese retrato, que David no hizo sino soñar en su famoso cuadro de la muerte de Marat, i que la policia revolucionaria de Francia no hizo sino trazar con la brocha más asquerosa que tuvo, se pusiera el nombre de una czarina o el de la más noble princesa de las orillas del Rhin, nadie descubriría, al traves de su rostro ni de su papalina normanda, a la oscura nieta del gran Corneille, ni a la pobre cosechera de manzanas de la cabaña de Ronceray.

La elevacion de miras de la doncella, i los grandes pensamientos a que empezaba a entregarse su espíritu, en la época de su entrada en la abadía, pedian yá otro campo que el de los alrededores de la cabaña paterna, i una soledad más solemne i más conforme con los nuevos espacios morales que le abrian sus grandes senos de meditacion. En las Damas, la escena vino a completarse, o mejor dicho a ponerse en armonía con la gran trájica. La

pompa sagrada del culto católico, el más suntuoso de todos los cultos ; la luz misteriosa de las bóvedas, la oscuridad de los claustros, la música santa, i la compañía edificante de cien vírjenes que cantaban hosannas al Dios de las misericordias, todo contribuia al efecto deseado ; i Carlota sintió que se elevaba su sér sobre el vulgo de los séres i sobre las rejiones perecederas de la tierra.

Hasta aquella época, la educacion de nuestra heroína habia sido mui descuidada ; pero en Caen, i bajo la inmediata inspeccion de la señora de Belzunce, se perfeccionó en la escritura, en el bordado i en el dibujo, arte en el cual hizo progresos notables. Pero eso era poco para aquella alma sedienta de sabiduría i de renombre, i la historia, los viajes, la jeografía, i sobre todo la lectura de Plutarco, el gran maestro de Trajano, vinieron a complementar sus estudios. Pronto el mundo no fué para ella un misterio brillante, como lo es para la mayor parte de las jentes. Siguió los pasos de todos los pueblos al traves de los siglos ; penetró en los palacios, i se familiarizó con los reyes ; estudió las cortes i sus intrigas ; asistió a la formacion de las dinastías ; presenció las grandes batallas, en las que, con un pretesto o con otro, siempre han venido a las manos dos principios antagonistas : la libertad i la tiranía ; tomó parte en las discusiones del Areópago, ese tribunal del bien, que administraba el derecho terrestre a la luz del sol i sobre asientos de piedra, como si en todo hubiera querido que lo acom-

pañase el candor primitivo del hombre ; comprendió la política, la literatura, las artes, i acabó; en fin, por convenir en que tenían razon los antiguos cuando afirmaban, respecto del hombre i de los pueblos, *que cada cuál es el artífice de su propia fortuna*. Por su parte, ella queria ser el artífice de la suya.

Sinembargo, encontraba una grave dificultad. Ella era mujer, i por lo comun las mujeres que no habian nacido sobre las gradas del trono, habian tenido hasta entónces una marcha penosa en la casi solitaria via de la inmortalidad. Conocia que podia ser una grande artista ; pero Carlota queria algo más que eso. Conocia que podia ser una escritora de mérito; pero, aun así, el círculo de su fama no se estenderia, acaso, más allá de dos o tres jeneraciones.

Solo los poetas latinos i los poetas griegos pudieron hacerse universales i eternos, decia ella, i lo decia con razon. Carlota queria algo más grande i más estenso. A su carácter impaciente no satisfacía una gloria que se abriese paso perezosamente en el mundo : Carlota queria para sí una aureola de rayo, una fama que se impusiera i que los deslumbrara a todos.

Era por eso por lo que sus lágrimas habian humedecido más de una vez las pájinas de la historia romana en la vida de Lucrecia (pues Carlota sabia llorar de noble envidia), i por lo que ella no habia tenido para Aspasia i para Cleopatra sino las débiles sonrisas de una admiracion dudosa.

Yá no era pues la chiquilla, de rubios i sueltos cabellos, que se entretenia en corretear por las orillas de la fuente de Ronceray, que se desata por entre guijas i juncales, ni la perseguidora de mariposas entre los manzanos de Ligneries : era el ave soberbia que desea beber el hálito de las tempestades, i hender el éter para mirar de hito en hito al sol !

Así pasaron algunos años, todos de sueños de grandeza, de estudios i de meditacion, durante los cuales Carlota acabó de desarrollarse en hermosura. Pronto contó la soberana del cadalso diez i nueve abriles.

Su consagracion al estudio i su mucho juicio le granjearon luégo en el corazon de la señora de Belzunce un puesto elevado, hasta el punto de que ésta la tratara i distinguiera como a una persona de su familia. Era costumbre entónces, entre las abadesas de los monasterios franceses, hacer ciertas reuniones nocturnas, un tanto profanas, en que se leia, se cantaba, se bailaba, se hablaba de política o de crónica, i se pasaba la noche de un modo agradable. Carlota sabia eso, pero nunca manifestó a la superiora del convento el deseo de tomar parte en esa diversion. Al contrario, muchas noches, miéntras los acordes del piano sonaban en el salon i llegaban hasta ella los perfumes i las alegres risas de la fiesta, su mirada se entretenia en contemplar el plumizo rayo de la luna, que penetrando por la ojiva iba a morir sobre el ángulo más oscuro de la galería. Su corazon amaba la soledad, i en cambio de las armonías de los hombres te-

nia ella las de la naturaleza ; en vez de lámparas, alumbrábanla las estrellas, i eran sus compañeros de insomnio sus pensamientos i sus memorias.

Pero ese aislamiento tenia que pasar.

El aspecto infantil iba huyendo ante el aspecto de la juventud. El pecho virjinal de Carlota se halló una mañana más alzado en su seno que de costumbre ; su cintura se ostentó, bajo el sayal, más flexible que de ordinario ; i sus formas todas revelaron, de un golpe, la voluptuosidad que marca en las mujeres la edad del amor. Desde aquel día la novicia cuidó un poco más de su atavío. La señora de Belzunce la dijo despues :

—Querida Carlota, preparaos, porque esta noche debo presentaros a las personas de mi familia.

—Será una distincion que nunca olvidaré, señora Abadesa, respondió Carlota; i se ruborizó al pensar que iba a hacer su entrada en el mundo.

Al fin la hija de Ronceray era mujer, i se creia bastante hermosa e intelijente para hacer una buena figura en la tertulia del convento.

Esperó la hora con ansiedad. Era la primera vez de su vida que por un motivo tan fútil olvidaba sus libros i ocupaciones favoritas.

La tertulia de la Abadía fué aquella noche un poco más concurrida. Se habia preparado como un premio a la aplicacion de Carlota, i habia por eso más caras nuevas que de ordi-

nario, i un poco de más cuidado en los preparativos.

Al golpe de las ocho entró Carlota en la sala de recibo. Si hemos de decir verdad, estaba espléndida en su sencillez. Vestía un traje blanco de muselina flordelisada, sujeto en la parte superior de la cintura, según la costumbre de entónces, con una cinta azul de mar. Se había quitado la papalina, i la belleza de sus bucles castaños, libres de estorbos, como que se derramaba en torno, a semejanza de los hilos de la cola de una ave oriental. Sin embargo, una sonrisa de dulce espresion i una modesta flor eran lo más valioso de su tocado.

Los principales vecinos de Caen, allí reunidos, sabían que esa noche les sería presentada una novicia, quien por su aplicacion i cordura había merecido tál premio; pero fué grande su admiracion cuando vieron entrar a Carlota, soberbia i humilde a un mismo tiempo, como una sacerdotisa que se acercase al altar. Señoras i caballeros, todos se pusieron de pié para saludarla, porque todos comprendieron que había algo de grande i de extraño en aquella jóven.

Carlota, sin inmutarse, alzó su cabeza de diosa i saludó con el mismo poder que el marino que alza la suya i saluda las olas para hacerlas replegar a sus centros.

Aquel primer triunfo colmó de dicha por algunos segundos el alma soñadora de la hija de Armont.

Antes de entrar ella en el salon, nadie se

habia tomado el trabajo de averiguar por su nombre ; pero una vez ella allí, se alzó un cuchicheo jeneral, cuyo tema obligado era Carlota. Esta, sin dejar de comprender lo que pasaba, mostró una completa indiferencia.

—Quién es ? decian unos.

—Una hija de Ligneries, contestaban otros.

—Quiénes son sus padres ?

—Se dice que son nobles.

—Su apellido es Corday de Armont, observó un anciano. Si no me engaño, esta niña debe ser parienta del gran Corneille. Esperad un poco. . . . Sí, eso es : Pedro Corneille, señor de aguas i de bosques del vizcondado de Ruan, casó con María Paisan, i de este matrimonio nacieron cuatro hijos. De uno de éstos, de María Corneille, es de quien debe descender esta linda muchacha.

—Sí, agregó otro de los presentes : su padre, a quien conozco de vista, es el señor Jacobo Francisco de Corday, señor de Armont. Jacobo fué hijo de Adriano, i Adriano. . . .

—Habeis hecho un completo árbol jenealójico. Parece que la linda señorita es huérfana de madre, i que sus bienes de fortuna son mui escasos.

—Sí ; pero no por eso se ostenta ménos soberbia.

El que más se acercó a Carlota i trató de observarla más, fué un jóven recién llegado a Caen despues de un largo viaje por los Estados Unidos, donde habia peleado por la libertad de aquella hermosa república, bajo las órdenes de Lafayette i de Washington. Nom-

brábanlo simplemente Franquelin, i el sol de los iroqueses habia dejado sobre su rostro esas sombras que tanto realzan la hermosura de los héroes i la poesía de los viajeros.

Franquelin era moreno, pero moreno pálido.

Una gran cascada de cabellos negros, suavemente ensortijados, cubria su cuello i sus hombros; su frente era ancha, redonda, i entraba en su cráneo en arcos iguales i perfectos. Sobre ella, hácia la parte inferior, i como haciendo juego con los de arriba, habia dos arcos negros i brillantes como el ébano: eran sus cejas. Su mirada era melancólica. Su nariz se parecia mucho a la de Apolo, i el lacre-rosa de sus labios era tan fresco e igual, que se hubiera tomado fácilmente por un rasgo de pincel. Detras de sus labios, cuando la sonrisa los desplegaba como despliega el céfiro la flor, se dejaban ver dos hileras de dientes blancos, al traves de un bigote militar, abierto i poblado.

Franquelin era además alto, flexible i hermoso como un árabe del desierto.

No hubo jóven de las del salon que al verlo no sintiese en sus ojos algo como pesantez, i algo en su corazon como opresion. Como su traje era negro i él buscaba siempre los puntos más oscuros i retirados para situarse, a la distancia no se le veia sino como si fuese solo una linda cabeza, vaga, romántica, i oscilante en la sombra.

Franquelin las observó a todas, pero ninguna logró interesarle, hasta que sus ojos en-

contraron a Carlota. Desde entónces dejaron éstos de jirar en sus órbitas, i, fijos i titilantes como dos luceros, seguian todos los movimientos de la jóven; la cual, huyendo, bajaba los suyos, pero solo para volverlos a levantar luégo, en una lucha desconocida para ella, de curiosidad i de timidez.

—¿Quién es esa jóven, Barbaroux? dijo al fin el soldado a un jóven que estaba a su lado i que más tarde debia ser un gran personaje de la historia.

—Es Carlota Corday. ¿Porqué os llama la atencion?

—Porque hai en su rostro i en su cuerpo algo de celestial, o que no pertenece a la tierra. La veo como al traves de una nube, i casi me parece que sus piés no tocan el suelo, como un ángel que no hubiese acabado de bajar, o como una criatura que hubiese empezado a ascender.

—Qué deducís de eso?

—Que esa niña — porque todavía es una niña — va a morir pronto, o ha nacido con una gran mision.

—Hablais con el tono i la seriedad de un augur.

—I creo no equivocarme. Hai en la frente, en la sonrisa i en la mirada de esa mujer, algo que no es propio de las personas de su sexo.... Yo quisiera acercármele i hablarla, aunque fuese por un momento.

—Venid, i os presentaré a ella por medio de la señora de Belzunce,

—Nó : dejadme ántes hacer un ensayo.

I Franquelin miró a Carlota i le sonrió. Carlota, en lugar de sonreirse, se estremeció i palideció.

—Nó, no me presentéis, dijo Franquelin a su interlocutor: esa señorita no me recibiría bien.... Más tarde, acaso, la buscaré yo mismo....

—Cuidado, Franquelin! no vayais a enamoraros.

—Nada tendria de estraño; Barbaroux: esa mujer es mui linda, i tiene, además, no sé qué de atrayente como el abismo. Juraria que bajo esa Vénus cristiana se oculta una Lucrecia o una Juana de Arco.

—Sí, dijo Barbaroux. Pienso lo mismo que vos. Esa mujer tiene algo que no tienen las otras mujeres. Salvo que me haya yo vuelto visionario, como vos.

Los amigos cortaron su diálogo, pero Carlota continuó siendo el objeto de las miradas del héroe republicano, hasta el punto de tener que huir de él de miedo, por no comprender lo que a ella le pasaba, pues era algo entre placentero i doloroso a un tiempo.

Como todo drama de amor, ése habia empezado por las miradas. Sabe Dios si deberia acabar en el altar de himeneo, o en el del martirio.



III

PRIMERA ILUSION DE AMOR.

—Permitid, Carlota, dijo la señora de Belzunce acercándose a ella llena de ternura i de bondad, que os presente estos dos jóvenes. Este es el señor conde de Belzunce, mi sobrino, coronel de caballería... que actualmente reside en Caen.

El joven i gallardo oficial se inclinó.

—I este otro es el señor Gustavo Doulcet de Pontecoulant, oficial de las guardias de corps del rei, i sobrino de la señora coadjutora de la Abadía, cuyas virtudes conoceis.

El segundo oficial se inclinó a su turno.

Los dos oficiales hicieron corro al rededor de la doncella ; i como ámbos la miraban con el vivo deseo del que quiere impresionar favorablemente desde el primer momento, Carlota, que no queria mostrarse avergonzada ante aquellas miradas, levantó la suya llena de gracia i de espresion.

—Somos mui felices, dijo Gustavo, en veros al fin, i la señora Abadesa ha debido ser ménos avara.

—La señora Abadesa, respondió Carlota, ha hecho mui bien en ahorrar al público una persona que no tiene gran mérito para ser exhibida.

—Sois modesta como una flor del campo, dijo el joven Belzunce.

—I vos sois galante como un guerrero de la Edad Média, respondió Carlota con la gra-

cia de una persona de mundo que advierte a su interlocutor que sabe elevarse sobre las trivialidades de la lisonja.

—Si os habeis desagradado, retiro mi elogio, dijo el señor de Belzunce, contrariado.

Un momento despues, saludó i se fué.

Carlota comprendió que habia sido severa con aquella alma leal, i quiso pagarle con una mirada de afecto. Esta no alcanzó a Belzunce, quien habia desaparecido entre la multitud.

—De guerra estais, por Dios! dijo el jóven Gustavo: eso me hace temer por mí.

Carlota, que no tenia qué contestar, no respondió.

El silencio se hizo largo, i por lo mismo embarazoso.

Poco despues los convidados se dispusieron para bailar.

—Desearia, dijo Gustavo, haceros una proposicion.

—Hacedla, i no tengais miedo, observó Carlota riendo: no soi *tan terrible* como me suponeis... Además, recordad que llevais un uniforme de honor: sois guardia de corps.

—Querria pedirós un favor.... Yo os haria otro en cambio, si llegase a tener la fortuna de que me lo aceptáseis.

—Hablad.

—Quisiera bailar con vos.

—Preguntad a la señora Abadesa lo que debo hacer.

Gustavo solicitó i obtuvo el permiso de la señora de Belzunce. Presentó, pues, su brazo a Carlota.

La hija de Armont no sentia disgusto en bailar con el jóven Gustavo de Pontecoulant; pero era la primera vez que iba a bailar, i, sin saber porqué, habria querido que el primer brazo de hombre que ciñera su cintura hubiera sido el del jóven Belzunce, lo mismo que ése el primer tibio aliento que se hubiera mezclado con el suyo, en ese vértigo de la juventud i de la alegría llamado *el baile*. Pero yá no habia remedio, i le fué preciso obedecer a la buena educacion.

Sinembargo, Carlota observó desde luego, con aquella penetracion que es peculiar de las mujeres de una naturaleza esquisita, que Belzunce no bailaba, i que por su rostro se estendia una sombra de disgusto.

Esta observacion la hizo feliz.

— Por fortuna, la danza fué corta: Carlota no hizo sino pasearse con su pareja en el salon, donde fué el encanto de cuantos la vieron. ¿Era éste un sentimiento de ideal coquetería?

— No os habreis fatigado demasiado, dijo Gustavo a su compañera al volverla a su asiento.

— Perdonad, señor de Pontecoulant, replicóle Carlota, pero me ha faltado valor para bailar delante de jentes todas estrañas para mí. Es la primera vez.....

Las palabras *señor de Pontecoulant* atravesaron el pecho del noble oficial de guardias como si se le hubiera herido con un puñal. Esa frialdad indicaba mui bien que siempre mediaría entre él i la señorita Corday una distancia que no podria acortar el amor. Sinembargo, añadió:

—Tened la bondad de nombrarme simplemente *Gustavo*.

—Perdonad, pero no debo hacerlo. ¿Olvidais que soi una simple novicia de la abadía de las Damas ?

—I si no lo fuérais ?

—Entónces tendria dobles motivos para no hacerlo.

—Bien, dijo el jóven oficial, dejémoslo ahí, señorita Carlota, porque veo que vais a enojaros conmigo como con el pobre de Belzunce.

Carlota se sonrió. Esa sonrisa pagó con prodigalidad la ambicion de Gustavo, que era tambien una alma noble. Despues éste dijo :

—Os he hecho la corte tal vez más de lo necesario, pues todo el mundo nos observa. Voi a retirarme ; pero decidme ántes lo que os debo por el favor que me acabais de dispensar.

Carlota levantó sus lindos ojos de vírjen i los fijó en el rostro de Gustavo. Despues de una pausa, díjole :

—Hai algo en vos, señor de Pontecoulant, que me anuncia una grande intelijencia i un destino futuro....

Este preámbulo causó asombro al jóven oficial. Carlota continuó :

—Dejad al tiempo que fije el favor que yo deba exigir de vos.... Creo que, sea cual fuere su magnitud, no vacilareis en prestármelo.

—Podeis estar segura, respondió Gustavo fascinado por aquella sibila que lo abrumaba

con sus reticencias i con la solemnidad rara de su acento.

Era una mujer o una diosa ?

Pasado esto, Carlota, como bajando de la trípode i volviendo a ser una simple pareja de baile, dijo a Gustavo :

—Llevadme cerca de la Abadesa, i dispensad.

Gustavo obedeció.

Carlota habia visto que la señora de Belzunce conversaba con su sobrino, i habia sentido necesidad de acercarse a ella. Gustavo la dejó donde deseaba, i se retiró.

La mirada de Carlota i la del bizarro coronel de dragones se encontraron como dos dardos, pero sin saber si chocar o pasar. Cada cuál temia el enojo del otro, i ese enojo le causaba disgusto.

—Porqué no habeis bailado, Carlota ? fué la primera pregunta de la Abadesa.

—Porque me ha faltado valor, respondió la doncella a tiempo mismo que echaba sobre el oficial frances una mirada de reconvencion. Esa mirada decia : con vos no hubiera sido lo mismo.

—Espero que os desquitareis en la pieza que va a seguir, pues la reunion se dispersará a las once.

—Lo haré así, señora.

—Pues bien, aquí teneis a mi sobrino para que baileis con él.

El jóven dió las gracias a su tia con una mirada llena de gratitud. Carlota observó :

—Creía que el señor conde no bailaba.....

El caballero normando estimó en todo lo mucho que valia ese reproche, i su corazon latió de placer.

Una doble sonrisa puso fin a aquella primera tempestad.

La música del salon volvió a sonar, i los dos jóvenes se lanzaron en medio del torbellino de la danza como dos cisnes amantes al torbellino de las aguas.

Veinte minutos despues, Belzunce, que estaba yá sentado al lado de Carlota, díjola :

—Debo daros una excusa. Tal vez fuí vulgar en el modo de galantearos ; pero os juro que mi intencion fué honrada, como lo es todo en mí.

—Ya que me dais esa satisfaccion espontánea, debo confesaros, respondió Carlota, que la culpa, si la hubo, estuvo en mí, que volví mal por bien. Creo que os he pagado ahora.

I la jóven fijó su mirada en el rostro del oficial.

—Oh ! sí, Carlota, con prodigalidad. Soi feliz en este momento por la primera vez de mi vida, i no olvidaré nunca que lo debo a vos.

—Sinembargo, no debeis atribuir a mala voluntad lo que he hecho. Sabed que despues de mi pobre madre, que yá no existe, a nadie en el mundo debo más favores ni más ternura que a la señora de Belzunce, vuestra venerable tia. Antes de conoceros, pues, yá os queria....

El jóven guerrero interrumpió a Carlota

con un ademán de asombro. La doncella continuó :

—Os queria como se quiere a un hermano, i contaba con vos en el mundo como con un amigo jeneroso, para quien tenia destinada, desde hacia muchos dias, mi primera sonrisa de cariño. Ningun otro hombre en el mundo, segun mis propósitos, debia gozar de mi primer momento de sociedad. Es por eso por lo que no he querido bailar con Gustavo. Falta solo averiguar si me habia engañado en mi predileccion ; i me he convencido de que nó, cuando os he visto noblemente indignado con la sospecha de que yo os habia tomado por un *hombre comun*.

—Carlota !

—Yá veis que he correjido mi falta i que hago penitencia en vuestro altar. Acabad pues de realizar mis sueños : decidme con vuestra propia boca que no me he equivocado, i que sereis conmigo el hermano cariñoso i valiente que he presentido en vos.

—¿Nada más que vuestro *hermano*, querida Carlota ? Mi tia la Abadesa me habia hecho soñar, con respecto a vos, destinos mejores ; i si he de deciros la verdad, cuando esta noche me acerqué a vos por primera vez, lo hice como el novio que se acerca a la novia, para darle la bienvenida al país del amor.

—Sí, nada más que como hermano... Más tarde yo misma no sé lo que será de mí. El afecto de amor no nace en un dia en nosotras las mujeres, como parece que sucede en vosotros los hombres. Por lo pronto solo sé deci-

ros que despues de mi familia, despues de la señora de Belzunce, a nadie amo sobre la tierra más que a vos. Pero no atribuyais mi cariño sino a una justa gratitud. Vos sois jóven, sois bello, teneis un alto grado en las milicias del Rei, i un apellido respetable : casi puede decirse que para ser feliz no necesitais de mi amor....

—Pero si yo lo quiero, si yo lo necesito ?

—Dejad correr el tiempo, amigo mio : yo misma no puedo afirmar ni negar nada. Solo debo confesaros que me siento bién a vuestro lado, i que os quiero i que os respeto como al representante de mi bienhechora.

—Lo dejaré correr ; pero me gustaria más retirarme del servicio mañana mismo, e irme con vos a Ligneries a vivir oscura i felizmente.

—I en eso haríais mal, porque yo no seria dichosa en la oscuridad ni en el retiro. Yo amo la gloria, i no busco las grietas de las torres como el buho, sino el sol i el espacio como el águila.

—Querria decir que me haria el primer soldado de Francia, i me abriria paso al traves de los reyes i de los jenerales, para llevaros hasta donde quisiérais ir.

—Perdonad, pero me causa estrañeza el oiros hablar así.

—Sí, teneis razon, i debo estar pasando a vuestros ojos por un charlatan ; pero yo entendia que mi tia os habia dicho algo sobre sus proyectos i los mios respecto de vos.

—¿ I habíais forjado esos proyectos sin nocerme ?

—Oh Carlota! mi tia habia tenido yá el cuidado de que yo os viese un dia desde cierto lugar del monasterio.

—Es posible!

—Lugar que tuve yo cuidado de no borrar de mi memoria, i que ocupé, de entónces en adelante, varias horas del dia. Desde él veia, sin ser notado, todo lo que hacíais vos: vuestros largos i solitarios paseos por la galería, vuestras lecturas continuas, vuestras meditaciones; i más de una vez aspiré vuestro aliento de rosa al pasar vos, i devolví, desde el fondo de mi pecho, el eco de vuestros pasos en la soledad.

—Ah! pero ésa fué una traicion.

—No lo niego, pero era una traicion encantadora.

—Vos la justificais?

—Yá veis que os hablo con algunos títulos. Qué me decís?

—Lo mismo que al principio.

—Que espere?

—Sí, que espereis.

En aquel momento iba a ser tocada una nueva pieza, i Franquelin se acercó a Carlota para invitarla a bailar.

—Escusadme, caballero, dijo ésta, pero debo retirarme al momento.

—Lo siento en el alma, repuso Franquelin con cierta espresion de orgullo i de dolor, que llamó mui mucho la atencion de la señorita Corday.

En seguida se retiró.

—Os agradezco en el alma lo que habeis hecho, Carlota, dijo el conde.

—Porqué? Os disgusta acaso ese jóven?

—Disgustarme? nó.

—Pues.....?

—Es que siento algo que no me acierto a explicar, cuando veo que algun hombre....

—Pecais de zeloso?

—Qué sé yo.

—Segun eso, esta noche no habreis pasado muchos malos ratos... a no ser que Gustavo...

—Pues bien, Gustavo es mi mejor amigo, i sinembargo casi lo he aborrecido miéntas estubo con vos.

—¿I esta nueva víctima de vuestro enojo quién es?

—Veo a ese jóven por la primera vez.

—Es bien raro.

—Solo sé que ciñe una espada más conocida que su nombre: se le podría tomar por hijo del Cid. Dicen que viene de América, donde ha combatido por la libertad.

Una hora despues terminó la fiesta. La felicidad habia reunido aquella noche, i aun reunió por otras más, en el salon de la Abadía, una multitud de personas que soñaban con la amistad, con el amor i con la paz, i a las cuales la mano de hierro de la revolucion— revolucion terrible i sangrienta que saltó por encima del trono i de los altares— debia separar en breve: unos con destino al cadalso, otros al campo de batalla, otros a la emigracion, o al destierro.

De los primeros fué Carlota, vírjen del claustro, cuya garganta pedia un collar de reina i nó un tajo de guillotina. Fué de los

segundos el bello coronel de caballería, Belzunce; i de los terceros, Gustavo i los hermanos de Carlota.

Aquella noche, al volver al convento, Carlota quiso recojer en su mente las impresiones del día, como para concentrarlas en un sólo punto. Pensó en Gustavo, i en el modo de éste de granjearse su afecto, — por medio de arranques jenerosos i francos, — i con el cual estaba yá ligada con uno de esos lazos que no se rompen... Pensó en el conde de Belzunce, en quien podia hallar un amante esposo, pero en quien no veia ella sino un hermano, un hijo de su bienhechora... Finalmente, pensó en ese jóven alto i flexible, de cabellos i de ojos negros, i del cual recordaba la mirada ardiente i dolorosa con que él la habia suplicado i reconvenido a un tiempo mismo. ¿Porqué ese jóven le habia dejado una impresion tan profunda? ¿Qué papel iba él a desempeñar en sus destinos futuros? ¿Porqué no se habia presentado a su vista sino por un momento? ¿Porqué habia ella tenido miedo de bailar con él?... Carlota no acertó a esplicarse ninguno de estos incidentes.

La hora del alba seria cuando dejó de pensar en esas cosas i logró dormirse por algunos instantes. Pero no por esto su imaginacion se aplacó. El sarao de la señora de Belzunce, sus luces, su música, sus lindas jóvenes, i sus bizarros mancebos con el uniforme del Rei, todo desapareció; pero en cambio vió destacarse en el cielo de su celda la vision de la cabaña de Ronceray de la no-

che de la tempestad. Carlota volvió a ver la misma hermosa jóven sobre el tablado, i oyó la misma algazara pública; pero aquella vez vió algo más, que no habia visto ántes, i fué que junto al ánjel que iba a subir al empíreo habia una guillotina cubierta de sangre!

—Es bien raro, díjose al otro dia al despertar, que vea *eso* despues de haber pensado en el mundo, en la amistad, en el amor, i acaso tambien en la dicha. ¿Será que nada de esto debe haber para mí, i que no seré en la tierra sino una ave de paso?... Si así fuere, cúmplase mi destino!

En seguida oró largo rato, i lloró.

La caída del sol la encontró más consolada. Fuera lo que fuera de su suerte, habia resuelto ser una *hermana* del conde, una *amiga* de Gustavo, i *algo* — que Carlota no acertaba a esplicarse bién — del jóven de la negra cabellera i del mirar severo. Los hados no habian de ser tan crueles, que privasen a su corazon de estos derechos lejítimos.

#### IV

#### LA ONDINA.

Carlota gustaba mucho del silencio i de los paseos solitarios, i cuando el sol se hubo puesto por entero i la luna de Caen se hubo alzado, como un globo de plata, por sobre las altas torres de la Abadía, encaminóse ella hácia el lugar favorito de sus recreaciones.

Era éste una fuente azulosa, rodeada de viejos i frondosos olmos, los que la cubrían como si fuera un sepulcro, i por entre cuyo follaje penetraba tranquilo el rayo de los astros. Las brisas pasaban de largo por sobre aquellos árboles, i nunca sus alas fueron bastante fuertes para mover sus copas, ni para arrancar las hojas que el estío había tostado en sus ramas. Llamábase aquella fuente de la Abadía, la *Fuente Sagrada*, i a la verdad su aspecto era tan misterioso, su sombrío tan profundo i su frescura tan encantadora, que sin saber porqué todo el que la veía sentía cierta impresion relijiosa, como si del seno de ella fuera a levantarse algun druida, o alguna de esas divinidades de que los griegos poblaron los parajes ocultos.

Quedaba la Fuente Sagrada en medio de un vasto huerto de la Abadía, i lo macizó de los troncos de su arboleda; su situacion aislada, la sombra corpulenta del inmenso nudo de su follaje, i la quietud de que disfrutaba, ejercían tál poder sobre la imajinacion ajitada de Carlota, que nunca, cuando estuvo allí, dejó de experimentar las sensaciones más raras. En esta vez se durmió sobre su márjen, i soñó con ese encanto con que sueñan los poetas del desierto en Oriente, los predestinados, o el ángel.

La noche de que venimos hablando, el tul del cielo era más oscuro que de ordinario, i la luna, lámpara melancólica de la tierra, seguida de una corte de grandes estrellas, despedía su luz, casi diáfana, en torno de la

fuelle, con la dulzura de una mirada de amor. La brisa reposaba sobre sus alas, sin turbar el aliento de la noche, lleno de perfume i de voluptuosidad.

Carlota habia atravesado el huerto como de costumbre, i habia ido a sentarse debajo de los olmos, sobre un banco de césped. Gracias a la luz del astro nocturno, su rostro, como en otro tiempo el de Narciso, hijo del Céfito i de Liriope, se dibujó en las linfas. Carlota se sonrió de placer infantil, i la imájen de las aguas se sonrió igualmente. Carlota miró a ésta con severidad, i las cejas de la ondina se enarcaron, i de sus pupilas, en lugar de luz, brotaron chispas.

Entónces sucedió una cosa casi sobrenatural. Estraviada Carlota por la influencia del panorama de que era centro, tocada por el silencio, magnetizada por la luna, fijó su vista en la ondina de una manera tan fija, tan igual, como la serpiente la suya en los ojos del ave que quiere vencer. La ondina correspondió a aquel desafío, i Carlota, vencida, bajó los párpados, presa de un sopor extraño.

Le habia sobrado fuerza en el alma, pero le habia faltado fuerza en la mirada.

Así pasó un segundo. Despues, Carlota se estremeció; de sus labios, entreabiertos, se escapó una respiracion trabajosa; su corazon latió; i sus piés, aquellos piés breves i arqueados como los de las hadas, se le enfriaron cual si los tuviese metidos entre chapines de nieve. Era que la pobre niña se habia resbalado del asiento, i las aguas de la fuente le habian subido hasta las rodillas.

Carlota vió entónces, o le pareció ver, que la luna se apagaba en el cielo, i con ella las estrellas, unas en pos de otras, como las luces de un castillo de pólvora; a tiempo mismo que la noche con todo su pavor de sombras, el abismo con toda su inmensidad, i las nubes con todas sus formas, se estendian por el cielo de Caen en torbellinos siniestros, como si jermiñaran aún en el seno del caos.

La oscuridad era profunda.

Un ruido semejante al del trueno ensordeció el espacio.

De pronto, se ajitó la fuente; la cabeza de ondina que Carlota habia divisado al traves del cristal de las aguas, salió fuera de éstas, i por sus blondos cabellos rodaron otros tantos diamantes. Esos diamantes, brillando como luces i rodando como perlas, parecian una lluvia de lágrimas caida sobre aquella prisionera de las linfas, i le daban tál belleza, tál poesía i tál misterio de dulce dolor, que Carlota volvió a sonreirse con ella, como con el rostro de un ángel destacado en el fondo de la nada i de la oscuridad.

Era ciertamente un cuadro encantador. Carlota, dormida sobre el césped como una dríade al pié de su encina; i delante de ella, a manera de una vision, una cabeza de oro coronada de piedras preciosas, i fija sobre el espejo de las aguas como un busto sobre su pedestal. En torno los olmos, con sus troncos nudosos i grises i su follaje dormido; i encima un cielo sin astros i sin color.

— No temas, soñadora de gloria, dijo la ondina la primera.

—Sí temo, respondió Carlota, porque tu presencia me causa miedo.

La ondina se sonrió ; i recojiendo su aliento tibio i oloroso como el hálito de una flor del Gánjes, lo arrojó sobre el pecho i el rostro de la durmiente, como un soplo de vida.

Carlota se sintió tranquila. Luégo preguntó:

—Quién eres tú ?

—Yo, dijo la cabeza sin moverse del puesto que ocupaba, yo soi una ondina entre los griegos, i un ángel entre los cristianos. Como ondina, cuido de los misterios de esta fuente ; como ángel, gusto de hacerme visible i propicia a los séres a quienes amo.

—I dónde moras ?

—Moro entre los pliegues de las ondas, en el azul de las aguas, en el seno de las espumas, o en los corales de las fuentes. A veces viajo, como Vénus, en una concha ; otras suspiro, i formo los murmurios desconocidos ; otras canto, i soi el grito de los torrentes ; otras lloro, i mis lágrimas, que son el rocío, salpican las espadañas i los helechos.

—Qué edad tienes ?

—Tengo la edad de las estrellas, porque siempre me he visto en el cielo al traves de mi fuente, i ellas se han visto siempre en mi fuente al traves del cielo.

—En qué te ocupas ?

—En servir de jenio tutelar a los séres que me son queridos.

—Soy yo para ti uno de esos séres ?

—Sí, doncella.

—¿ Es por eso por lo que despues de tántas visitas a tu fuente al fin te has dejado ver ?

—Sí, es por eso.

—I qué vas a hacer por mí ?

—Lo que tú quieras.

Carlota se ruborizó i dijo :

—Yo quiero la gloria !

Habia mueho de infantil, si nó en aquella grande idea, sí en el modo de espresarla.

—Lo sabía, dijo la ondina : para mí no hai nada oculto sobre la tierra. Por eso no te he preguntado a mi vez quién eres, ni dónde moras, ni qué edad tienes, ni en qué te ocupas. Yo sé que tú vienes de Lignerles, que estás en Caen, i que vas para Paris, donde realizarás tus deseos.

—Es decir que seré inmortal ?

—Tú lo dices.

—Pero tú me has llamado *soñadora de gloria*.

—Sí, pero ¡ cuántas veces los sueños se tornan en realidades, i las realidades en sueños !

—Es decir que deberé esperar.

—Espéra.

—I qué clase de gloria será la mia ?

—Si lo quieres, te ayudaré a escojer.

—Escojamos.

La cara de la ondina perdió entónces su sonrisa i su tierna espresion de juventud. Su cabello, de blóndo que era, se volvió gris ; sus ojos, de azules i rectos, se tornaron en pardos i oblicuos ; su boca, un momento ántes se-

mejante a un boton de madreselva, apareció descarnada i caida ; i sus mejillas i su frente tomaron la blancura del mármol. Parecia el busto, en cera, de una mártir.

Carlota se estremeció i dijo :

—Tú no eres yá la misma !

—No temas nada : soi la misma ; pero ahora no soi ondina sino pitonisa.

—Qué significa esa aureola de piedra que ciñe tus sienes ?

—Simboliza la dureza i la inmutabilidad de mis oráculos.

—Hábla pues.

La hechicera dió a sus pupilas un tinte de fuego, i a su voz un acento profundo. Luégo dijo :

—Lo mismo que a Salomon, Dios preguntó en otro tiempo a una mujer de Grecia, qué queria. Esa mujer respondió que queria la hermosura ; i esa hermosura fué funesta a los griegos. Quieres esa gloria ?

—Esa mujer fué Elena, cuyo mérito estaba en sus encantos. Yo, que soi más espiritual que la mujer de Menelao, no quiero esa gloria.

—Quinientos diez años ántes de Jesucristo, el hijo libertino de un rei, abusando de la hospitalidad, penetró una noche hasta el aposento de una mujer casada, i la amenazó con la deshonra. La hermosa sorprendida no pudo defenderse, pero al dia siguiente se traspasó el ofendido seno con un puñal. De ese seno brotó una república admirable.

—Esa mujer fué Lucrecia ! . . . Yo envidio su gloria ; pero las grandes situaciones no se

repiten, i mi sangre, así derramada, no fundaría la libertad de ningun pueblo.

La pitonisa continuó :

—Hubo antiguamente una reina de Egipto de incomparable gracia : su voz era un canto..... su mirada un llamamiento al amor. Esa reina encadenó a César, como en otro tiempo Medea habia encadenado a Jason i Dalila a Sanson. Cuando se embarcaba Cleopatra, lo hacia en naves con velas de púrpura, quilla de oro i remos de plata ; iba vestida como Vénus, i a su lado jugueteaban niños alados, como los cupidillos en torno de la diosa de la voluptuosidad. Esa misma mujer mandaba sesenta naves en la batalla de Accio, i murió con una poesía de muerte propia de su atrevida imaginacion : tomó un áspid i se lo envolvió al cuello como una cinta....

—Todo eso es cierto, pero te olvidas de que aquella opulenta hija de Ptolomeo fué primero mujer de su hermano, segun el uso entre los de su dinastía, i de que, despues, fué amante de Julio César i de Marco Antonio, como lo hubiera sido de Octavio, si éste lo hubiera querido.

—I qué ?

—Esa mujer estaba prostituida de alma i de corazon, i hubiera hecho mejor papel en un palacio de Sibaris que el que hizo sobre el trono de un viejo i civilizado imperio.

La pitonisa continuó :

—Hubo tambien antiguamente en Grecia una mujer tan hermosa como Elena i acaso la más espiritual de las de Aténas. Su casa era

el centro de las jentes de talento, de juventud i de riqueza. Sócrates dispensó a esa mujer sus visitas i sus consejos, Alcibíades su admiracion, Pericles su mano. El Areópago la acusó de impiedad, i se le atribuye haber causado tres grandes guerras : la de Sámos, la de Megara i la del Peloponeso. ¿ Quieres oscurecer el nombre de Aspasia ?

—Nó : Aspasia fué una espléndida figura en Aténas, ese país del jenio, del deleite i de la filosofía ; pero la Francia del siglo XVIII no es la Grecia del tiempo de Pericles. . . . . Aspasia, despues de su ciencia i de su gracia, era siempre una mujer : yo quiero algo más.

La sibila se disgustó de tan soberbia ambicion, i dijo para humillar a la durmiente :

—En tiempo de Neron hubo en Roma una cortesana llamada Epicaris, que prefirió estrangularse con su ceñidor, a delatar a sus cómplices de conspiracion. ¿ Te gustaria tener la fortaleza de esa mujer ?

Carlota no contestó, i dos lágrimas de cólera humedecieron sus ojos.

Hubo un momento de pausa, durante el cual la sibila perdonó a la soñadora de grandezas. Luégo dijo :

—En 1410 vino al mundo una pobre muchacha, que fué zagala hasta los 18 años. En 1429 esa zagala arrojó léjos de sí su cayado i se presentó al rei de Francia, quien sostenia por el momento una guerra desgraciada contra los ingleses. El rei de Francia la miró mal al principio ; pero en ménos de dos años esa mujer salvó a Orleans, venció en Patay,

tomó cincuenta plazas i aseguró la corona de Carlos VII.

—Esa heroína fué Juana de Arco.

—Te gusta la gloria de Juana de Arco?

—Oh! sí. Yo amo todas las glorias que son varoniles. Mi cuerpo es de mujer, pero mi alma es de hombre, i creo que llevaria mejor un par de botas i una espada, que el traje que visto.

—Pero es que no has pensado en una cosa.

—En cuál?

—En que detras de la gloria viene el martirio, como detras del relámpago la oscuridad.

—I qué?

—I en que hai más de ciento, más de mil personas que por no tener el valor de la prueba, abdican su corona de inmortalidad.

—Está segura de que yo no abdicaré.

—¿Tendrias la fortaleza de ánimo de la doncella de Orleans?

—Prométeme su gloria, i yo te prometeré su valor.

—Pero Juana de Arco se creia mensajera de Dios.

—¿Porqué no habria de tener el Señor otro mensaje que confiarme a mí?

—Porque Dios no se sirve yá de esos medios extraordinarios.

—I porqué no se sirve?

La sibila dobló la cabeza.

—No me respondes?

—Nó, porque nadie sabe los secretos del Altísimo.

—Sea ; pero yo te aseguro que me encuentro con fuerzas bastantes para imitar, si necesario fuere, a Juana de Arco.

—Juana murió sobre una pira.

—Lo sé. La condenó Cauchon, el Obispo de Beauvais, junto con un consejo de fanáticos.

—I si el destino te condujese a perecer del mismo modo ?

—Moriria con la entereza de cierto rei salvaje en América.

—¿ I si no fuera sobre una pira sino sobre un cadalso ?

—Espiraria pronunciando el nombre de María Stuardo.

—¿ I si el fanatismo político, terrible como el fanatismo relijioso, profanase tus restos, para hallar en tu corola virjinal las huellas del vicio ?

—Dios tendria compasion de mí, i lanzaria su rayo sobre los sacrílegos.

—Bien, dijo la Sibila, la aurora viene : voi a retirarme.

—Pero no me has dicho nada sobre mi destino.

—El destino, niña, se cumple pero no se revela.

—Me habias prometido lo contrario.

—Te habia prometido escojer, pero veo que tienes un modelo.

—No me has hablado aún de muchas mujeres célebres.... La Biblia, el Libro Santo, tiene una lejon entera.

—Sí, pero las mujeres de Dios nada tienen que ver con las mujeres de los hombres.

—Debo prescindir de ellas ?

—Sí, como se prescinde de lo que es sagrado.

—Gracias, dijo Carlota, i trató de levantarse para volver a la Abadía.

Empero no pudo conseguirlo, porque todos sus miembros estaban ríjidos como el bronce.

La cabeza de la ondina no habló más, i fué desvaneciéndose poco a poco como una nube en el cielo. El oriente se cubrió de un suave color de rosa, i el occidente de anchas vetas de oro. Apareció el día.

Carlota creyó ver que los pájaros se ajitaban en el ramaje, i le pareció oír que saludaban la aurora ; dió un suspiro, i abrió lentamente los ojos.

—Yá vuelve ! yá vuelve ! exclamaron en aquel punto dos mujeres : la una, anciana, tierna i apacible ; la otra, jóven i bella.

Eran la señora de Belzunce i Eleonora. Eleonora era la mejor amiga de Carlota.

—¿ En dónde estoy ? preguntó ésta incorporándose i reconociendo que estaba en su aposento.

—Tranquilízate, hija mia, respondió la señora de Belzunce. Has tenido un desmayo junto a la fuente de los Olmos, pero yá ha pasado el peligro.

—Qué hora es ? preguntó Carlota.

—Son las tres : has durado aletargada nueve horas.

—Es extraño ! . . . . ¿ I desde qué hora me trasladaron aquí ?

—Desde las diez. Visto que no parecías,

te busqué con Eleonora por todas partes, hasta que te hallámos desmayada en la fuente. Pobre hija mia ! exclamó en seguida la buena Abadesa con una ternura casi maternal: si no vamos tan oportunamente, te habrias muerto. Yá estabas fria como un cadáver, i tenias los piés dentro del agua.

Carlota no respondió ; pero arrugó la frente, disgustada de que fuera mentira lo que habia soñado.

Aquel accidente causó a la pobre visionaria una fiebre de muchos dias. Estuvo más de una vez al borde de la tumba ; pero al fin triunfaron de la enfermedad la fortaleza de Carlota, los cuidados de la señora de Belzunce, i la vigilante asistencia de Eleonora.

Esta buena jóven pasaba los dias i las noches junto a la cama de la enferma, recibiendo su respiracion, recojiendo sus miradas, i adivinando sus caprichos.

—Vamos, Eleonora, la dijo una tarde Carlota, creo que debes estarme mui agradecida por lo que he hecho por tí.

—Qué ! quitarme el sueño, el apetito i la tranquilidad desde hace un mes ?

—Sí.

—Vaya un servicio poco digno de ser agradecido !

—Es que a fuerza de no dormir, de no comer i de no tener tranquilidad, te has puesto supremamente bella.

Eleonora se ruborizó.

—Tóma un espejo, continuó Carlota, i mírate. Estás más pálida que de ordinario, lo

que te da cierto aire aristocrático, envidiable en una mujer de tus años ; tus ojos están graciosamente sombreados por un cerco azuloso ; i tu tez, con la ausencia del aire i del sol, está tan diáfana, que veo correr tu sangre como al traves de un limpio cristal. Dime que no estás encantadora así, i que no piensas volver loco de amor a algun Adónis de Caen !

—Yá lo creo, respondió Eleonora sonriendo ; i en eso no haria yo sino seguir tu ejemplo con cierto conde que manda todos los dias a donde su tia a averiguar por la salud de su novicia.

—Ah ! segun eso, es el conde el hombre a quien yo amo ?

—No creo que pretendas negarlo.

—Bien, dijo Carlota para sí, mi amor es un secreto para todos, ménos para mi corazon.

I al espresarse así la hija de Lignerles, pensó en el soldado de Washington i de Lafayette.

Ocho dias despues, estaba completamente buena.

## V

### CAEN.

Pasaron algunos meses. Las nubes sinietras que el soplo enojado del destino iba amontonando sobre el cielo de la Francia, produjeron al fin la tempestad.

Estalló la revolucion de 1793.

El que todo lo puede, habia borrado una dinastia añeja del libro de los reyes, i en don-

de ántes decia Carlo Magno, San Luis i Luis XIV, escribió : *Danton, Marat, Robespierre.*

La sociedad de abajo se reveló contra la sociedad de arriba, i se produjo lo que se produce con todo sacudimiento, sea físico o moral : un trastorno. Vínose todo al suelo : todo ! nobleza, estado llano, i pueblo ; en una palabra, victimarios i víctimas.

Voltaire i Rousseau estaban yá en la tumba : dormian yá en sus camas de piedra ese sueño sin fin que se llama la muerte ; pero sus doctrinas ajitaban la Europa.

Los sacerdotes de la revolucion habian desaparecido, pero la cátedra quedaba aún en pié ; i los demagogos, los filósofos de arrabal trepaban a ella, i a cada peroracion suya caia una cabeza. ¿ Qué importaba, que esa cabeza fuera de rei, de duque, de ministro, de jeneral, de sacerdote, o de simple ganapan ? Nada ! el hecho conspicuo, el hecho cierto era que caia una cabeza !

Se decia que se iba a adorar a la Libertad ; pero ántes de arrimarse a su altar, el pueblo frances se purificaba bañándose en sangre !

Ese gran trastorno, esa voráGINE humana, cuyo centro de accion estaba en Paris, llegó hasta Caen. Los conventos fueron suprimidos ; i Carlota se encontró un dia en las calles públicas, junto con sus hermanas, privada de asilo i de pan.

La siempre buena señora de Belzunce ofreció a Carlota llevarla a su casa ; pero Carlota le manifestó que se volvia a su país, a donde iria a dar un abrazo a su padre ; que

queria seguir la suerte de sus hermanas, i averiguar por la de sus hermanos.

Fuése pues a Argentan, donde por entón-ces se hallaba establecido el señor Francisco Gustavo de Corday i de Armont. Allá supo que sus dos hermanos, comprometidos en la causa del Rei, habian seguido a la emigra-cion, que cada dia era más numerosa. Una de sus hermanas murió poco despues, i la otra emigró tambien, preocupada con la no-bleza de sus abuelos.

No quedó pues a Carlota sino un padre anciano i achacoso. Su familia se habia di-suelto i no volveria a reunirse más.

Carlota volvió a Lignieries, i fué a visitar por última vez el sepulcro de su madre. Oró i lloró sobre él. Puso despues algunas flores en su testera, i se alejó de aquel lugar santo con la cabeza cubierta a la romana, para dar mayor espresion a su duelo.

De regreso, pasó con su padre algunas se-manas, i luégo volvió a Caen al lado de una tia anciana i pobre, — la señora de Bretteville, — con quien habia convenido que viviria por algun tiempo.

Aquella fué, sin duda, la época más acci-dentada i triste de la corta vida de Carlota. La visita fúnebre a sus antiguos lares, la pérdida de su hermana, la espatriacion de sus herma-nos, i la separacion de su viejo padre, todo contribuyó a colmar su dolor. Pero no fué esto sólo. Al volver a Caen, lo primero que supo fué que el noble coronel de caballería, el amable i bello conde de Belzunce, habia muer-

to hacia dos dias en un motin popular. Le habian atravesado el corazon con un balazo, aquel corazon que tanto habia palpitado por ella !... Con Belzunce era con quien Carlota habia bailado la primera vez.... Su uniforme de colores i su cara de héroe habian dejado recuerdos indelebles en su alma.

Carlota se dijo :

—Yo no le amaba sino como al más noble de mis amigos... El i Gustavo eran mis confidentes, mis apoyos, i hasta si se quiere los amores de mi espíritu, tan distintos de los amores del corazon, pero necesarios tambien !.... La suerte implacable me lo ha quitado !... Está visto : yo no he venido al mundo a hacer lo que las demas mujeres.... Yo debo tener una mision de la Providencia... Cúmplase la soberana voluntad de ésta !

Despues lloró como debia llorar aquella criatura infeliz.

El primero que vino a visitarla a su llegada a Caen, fué el jóven Gustavo. Al verlo, Carlota le tendió la mano afectuosamente i le dijo con la voz cortada por los sollozos :

—Conque ha muerto !

—Sí, i nuestras almas están huérfanas ; pero consolaos, porque ha muerto con toda la poesía de los héroes. Yo estaba a su lado, i puedo aseguraros que su último pensamiento fué para vos.... Apénas tuvo tiempo de mirarme para que os lo dijera. Luégo espiró mostrándome el cielo.

—Es decir, que me ha dado una cita ?

—Sí, Carlota, para el cielo, que es el lugar para donde se citan los ángeles.

—I sus restos preciosos?

—Han sido depositados con la pompa debida en el cementerio de la ciudad. Por lo demas, Carlota, dijo Gustavo despues de un momento de pausa, yo no ignoro lo que él pensaba respecto de vos. Mil veces me dijo que se reputaria el más feliz de los hombres si al fin os decidíais a aceptarle su nombre i su mano. Carlota, yo he quedado acá para reemplazarlo, si nó en sus virtudes, sí en sus intenciones, i vos podeis contar conmigo como con el más respetuoso i decidido de vuestros amigos.

—Gracias, Gustavo. Bien sabe el Señor que desde el primer momento en que os ví, me formé una alta idea de vuestro carácter, i podeis estar seguro de que en cualquiera circunstancia apurada en que me encuentre, ocurriré a vos ántes que a ningun otro.

—I hareis bien, porque no anhele sino probaros mi cariño con mis servicios.

El señor de Pontecoulant se retiró en seguida.

No habria acabado éste de bajar la escalera, cuando se presentó en la pieza de Carlota la señorita Eleonora de Faudoas, su condiscípula i la única amiga de su infancia.

Las dos amigas duraron largo rato abrazadas sin decirse palabra. Ambas lloraban, porque ámbas tenian una misma pena en el alma. *El* habia muerto; i *él* habia sido para ellas el amigo más solícito, el más noble.

—Infeliz ! dijo al fin Eleonora. Yá se han desvanecido mis hermosas esperanzas. . . . yá no te acompañaré al templo llevándote coronada de rosas i vestida de blanco, a desposarte con Belzunce !. . . . El ha muerto, i no es al altar sino a su tumba a donde debemos concurrir.

—Cállala, amiga, la interrumpió Carlota : no hagas interesado el más puro de los afectos. Yo siento su muerte por lo que él era en sí, i nó por lo que yo haya podido perder con ella. Por otra parte, sábe que mi afecto por el conde no era de amor, sino de amistad : su fuente era la gratitud i nó la ilusion. . . .

—Qué me dices !

—La verdad, Eleonora.

—Es decir, que no te habrias casado con él ?

—Nó.

—Entónces, ¡ bendito sea Dios, que se lo ha llevado de este mundo, pues hubiera sido muy desgraciado ! No puedes figurarte lo que te amaba ! Desde que te fuiste a Argentan, no tuvo ni un momento de tranquilidad : cada rato iba a casa a ver si sabia algo de ti, si me habias escrito, o si yo pensaba escribirte. Oh ! estoi segura de que te amaba con una vehemencia loca. . . . Hizo bién en dejarse matar !

—Lo que sentí por el conde desde el momento en que lo conocí, i lo que siento ahora mismo, es un sentimiento que no puedo explicarme. Tal vez he debido amarlo ; pero sin saber porqué, no era él el hombre destinado a llenar mi corazon.

—¿I lo que hiciste con él en la tertulia de la Abadía?

—Está segura de que no lo habria hecho si hubiera sido su amante.

—Porqué?

—Porque los favores que se dispensan a los amigos, es como si se dispensaran a los hermanos: yo debia i queria tratarlo como a un hermano.

—Eres incomprensible, Carlota!

—Tal vez; pero yo no fuí nunca para él una amante; i la prueba es que vas a hacerme un favor.

—Cuál?

—Vas a acompañarme a visitar su tumba.

—Tendrás valor para ello?

—Sí, como lo tuve para visitar la tumba de mi madre, para cerrar los ojos de mi hermana.... Belzunce no es para mí más que lo que fueron i son aún esas dos personas queridas.

Eleonora movió la cabeza. Despues dijo:

—Está bien, iré; pero han hecho bién en matar al conde.

Aquella tarde recibió Carlota una carta de la Abadesa de las Damas, que decia así:

“ Sé que habeis vuelto a Caen hace dos  
“ dias, i sinembargo no habeis venido a ver-  
“ me. ¿Huireis vos tambien de la pobre mu-  
“ jer que ha perdido en unos pocos meses lo  
“ que le era más caro sobre la tierra: su  
“ Abadía i su sobrino? La primera era un  
“ nido de palomas, que la mano de la revo-  
“ lucion ha debido respetar... El segundo era  
“ el esposo que tenia destinado para vos, mi

“ sólo amor i mi sólo consuelo despues de él !

“ Yá todo se ha perdido ! Lo mataron,  
“ Carlota mia, en la flor de sus años i de sus  
“ esperanzas. Aún me parece que lo veo ba-  
“ ñado en su sangre, i hermoso con la pali-  
“ dez de la muerte. Sinembargo, me tran-  
“ quilizo un poco cuando pienso que murió  
“ en su puesto como hombre de honor....  
“ Oh ! ¿ i qué irá a ser de nuestra bella Fran-  
“ cia, si nó todos tienen la idea de su deber  
“ tan cabal como él ? Mejor será no hablar  
“ de lo que nos está sucediendo.... ¿ Sabeis  
“ lo que ha pasado en Paris ?

“ Carlota, llorad i orad por mi pobre sobri-  
“ no, como pudiera hacerlo una viuda jóven  
“ sobre la tumba de sus amores. Bien sabíais  
“ que debia ser vuestro esposo. I el pobre  
“ ¿ cómo pensaba en vos ! Habiéndole dicho  
“ yo un dia que gustábais mucho de Judith,  
“ la noble hija de Bethulia que libertó a su  
“ país del poder de los asirios, hizo en el ins-  
“ tante pintar el cuadro que os envío, con el  
“ cual pensaba obsequiaros a vuestro regreso  
“ de Argentan.... El pobre no ha podido  
“ ver cumplidos sus deseos !

“ Venid, Carlota : yo soi vuestra amiga i  
“ vuestra maestra. Mi corazon atribulado  
“ necesita de vos como de un bálsamo de sa-  
“ lud. Hablaremos de él, de las desgracias  
“ de nuestra hermosa Francia, de vuestra  
“ suerte, niña infeliz... pero venid, no seais  
“ ingrata con el ave que ha perdido nido i  
“ manada.

“ LA EX-ABADESA DE LAS DAMAS.”

Esta carta vino a dar una puñalada más al herido corazón de Carlota. La ternura i el desorden de su redacción, probaban bien lo mucho que habia debido sufrir la señora que la escribía. Pero habia en ella sobre todo una frase horrible, que arrancó nuevas lágrimas de los ojos de la huérfana de Ronceray. Esa frase, epílogo amargo de unos tiempos que ya no volverían más, era ésta: *ex-Abadesa de las Damas*.

Carlota fijó por largo rato sus ojos sobre esas letras, i recordó su vida en la Abadía. La señora de Belzunce, la señora de Pontecoulant, sus hermanas, la iglesia, sus estudios, los bailes semanales en el salón de la preceptora, la noche que habia conocido al conde i a Gustavo, todo volvió a vivir en ella, a tomar forma i colores. Mas, ¿qué era en esos momentos de aquellos seres tan queridos?... La tumba se habia abierto demasiado temprano para unos; otros mendigaban el pan del exilio en las calles de algunas ciudades de Europa; otros, en fin, llevaban, como ella i como la anciana Abadesa, una vida de lágrimas i de tristes memorias!

El soplo abrasador del verano habia pasado por sobre tan ameno jardín, i las fuentes habian perdido sus aguas, i las flores su matiz i su aroma.

La Francia toda era una especie de fragua homérica, en donde no se forjaban sino rayos i en donde no se oía otro ruido que el de los truenos.

La dolorida Carlota, deseando cambiar de

pensamiento i de impresiones, tomó con mano distraida el cuadro que le mandaba el conde como desde el otro lado del sepulcro. Era un regalo bíblico hecho por un mártir a una predestinada. Probemos describirlo.

El fondo del cuadro era un espléndido cenáculo con los restos de un festín. Copas de oro i de plata llenas de vino, o a medio vaciar, asientos caídos, lámparas apagadas o agonizantes. Hacia un lado Holofernes, Jeneral de los ejércitos de Nabucodonosor, dormido sobre su lecho con el sueño de la embriaguez, i en frente Judith, hermosa con la luz de la inspiracion, con la mano izquierda cojidos los cabellos desordenados del asirio, i con la derecha armada del alfanje. En el rostro de la terrible viuda no habia odio ni furor, i se conocia que iba a cortar la garganta del soldado con la tranquilidad de una aldeana que siega una miés.

No era una asesina, era simplemente una ejecutora.

Al pié de este pasaje de la Escritura, el conde habia hecho escribir, en grandes caracteres, esto :

*Escojidas de Dios, cuando llegue el momento fatal seguid el ejemplo de Judith.*

Carlota contempló el cuadro con avidez i se estremeció, como si nó el acaso sino un ángel mismo hubiera puesto aquella pintura en sus manos. Clavólo en frente de su cama; despues rezó, convencida más que nunca de que el Destino la habia escojido para grandes cosas.

— Todo lo que pasa en mí, díjose, tiene

algo de sobrenatural. El hombre que hubiera sido mi esposo, muere repentinamente..... eso prueba que no debo amar sobre la tierra... Mi educacion, casi relijiosa, me dice que debo marchar en el mundo más cerca de Dios que de los hombres... La muerte de los míos me prueba que debo vivir aislada i obrar por mis propias inspiraciones.... Este providencial regalo de Belzunce, venido como del país de los que yá no son, me dice que esté en cuenta de que no soi sino una *misionera*, i que debo estar dispuesta para ejecutar lo que se me ordene. Falta averiguar si esto que siento pasar en mí, es solo una alucinacion....

Desde ese dia, Carlota casi se transfiguró. Yá no fué una mujer, sino una fascinada, cuyos ojos se estraviaban a veces, i cuya voz, segun testigos presenciales, tenia cierta armonía celeste que pasmaba de encanto. \*

Su paso era grave como el de los ancianos, su mirar era fijo como el de los profetas, i sus ademanes eran majestuosos. Hasta las ocupaciones comunes de su sexo fueron abandonadas por ella. Cuando más, dibujaba, o escribia a su padre cartas llenas de sabiduría i de ternura, en cuyo estilo podia descubrirse fácilmente una nieta del gran Corneille. Sus conversaciones estaban llenas de fuego i de exaltacion republicana.

Carlota era *jirondina*. La política, empero, no la impidió cumplir con los nobles deberes que impone la amistad, i fué para la señora

\* Mr. Dubois, *Ensayo histórico*.

de Belzunce una hija cariñosa, una hermana para Eleonora, una amiga para Gustavo, i una vijilante asidua del sepulcro del conde. Visitaba éste todos los dias, i siempre, al retirarse, tenia una flor para depositar sobre las baldosas, i un pensamiento parecido a aquel del bardo del Choróní cuando decia :

“Descánsa en paz : yo volveré mañana.”

Ahí se abre yá una segunda época en la vida de Carlota : la última de su existencia, que nos lleva a otro teatro. La Francia habia parado las máquinas i los arados, habia cerrado los libros i los puertos, i su corazon solo tenia vértigos de ira. La política habia penetrado en todos los hogares ; los diarios i los discursos de la Asamblea exaltaban todas las imajinaciones. Todo era escándalos, reformas, combates i desconfianzas. Los verdugos de hoi, eran las víctimas de mañana ; los reyes fueron acusados, i los acusadores monarcas !

Habia fiebre en la tribuna, en los arrabales, en los palacios, en el pueblo, en la corte i en la emigracion. La uniformidad social habia desaparecido, i no se la encontró yá sino en el color de la sangre que se vertia en el cadalso i en las plazas públicas. Esta, ora fuese de rei, ora de proletario, ora de matrona — como la de María Antonieta, — ora de cortesana — como la de la Dubarry, — era siempre roja, como rojo es siempre el fuego de los volcanes i de los incendios.

VI

DOS JURAMENTOS.

La casa que habitaba Carlota en Caen, estaba situada en el fondo de una plazuela, i era antigua, de negras i desmanteladas paredes. En uno de los ángulos del patio habia un pozo, con brocal de piedra, cubierto de musgo, i la escalera que conducia al piso superior era de espiral, con peldaños usados, estrechos e incompletos. Sobre ésta, i dando luz a las anchas i desmanteladas habitaciones, habia dos ventanas de crucero, con vidrieras octágonas, engastadas en plomo; “por manera, dice Lamartine, que semejante pálida claridad, en edificio tan viejo i oscuro, daba a éste ese tinte de ruina, de misterio i de melancolía que la imaginacion gusta de ver estendida a manera de mortaja sobre la cuna de los grandes pensamientos i sobre la mansion de los grandes caracteres.” Dábase a esa casa en Caen el nombre de *Grand Manoir*.

Pues bien, esta especie de gruta de los años, que no habia dado abrigo sino a una anciana, la señora de Bretteville, i a una jóven desheredada, Carlota, fué la que se quiso, por los terroristas, demoler hasta sus cimientos, sembrar de sal, i reemplazar con una columna con esta inscripcion :

“Aquí estuvo la casa de Carlota Corday.”

Porqué ?

Por una venganza sin objeto, bárbara como

las de la antigua justicia española, la cual se complacia en fijar las cabezas de los reos en altas escarpías, i en legar a las jeneraciones crueles enseñanzas.

En esa habitacion sin luz, sin el calor de la familia, i tal vez acosada por el hambre, pasó Carlota los años más ajitados de su vida de proyectos i de meditacion. Sentada en el brocal de aquel pozo sin céspedes i sin flores, o en los peldaños de esa escalera sucia i oscura, o en el alféizar de esas ventanas sin cortinas, solia pasar las horas del dia. Ahí la encontraron más de una vez Gustavo i Eleonora, con su amazona azul i su sombrero cónico cuajado de cintas. Ahí solia leer el *Perlet*, el *Correo frances* i el *Correo Universal*, diarios de París, que la imponian del estado de los negocios públicos.

Fué allí en donde la sorprendió un dia, al toque de oraciones, un jóven que preguntaba por ella.

—Quién sois i qué me quereis? preguntó Carlota al oír su nombre pronunciado por labios desconocidos.

—Ciudadana, soi un ciudadano.

—I bien, insistió Carlota, ¿qué quereis de mí?

—Quisiera tener una conferencia con vos.

—¿Olvidais que soi una jóven soltera?...

—Perdonad: vengo aquí por la salud de la Patria.

—Hablad pues, dijo Carlota con la firmeza de una republicana.

El desconocido dió algunos pasos hácia ella,

i un rayo del astro nocturno lo cubrió con un velo de pálidas llamas. Carlota se estremeció. Acababa de reconocer a una persona que no veía hacia mucho tiempo.

—I bien, dijo Carlota la primera, ¿quién soi yo para que vengais a hablarme de la salud de la Patria?... Vos mismo ¿quién sois?

—Vos, ciudadana, sois una mujer sobrenatural, nacida para grandes cosas.

Carlota calló.

—I yo, continuó el desconocido, soi un soldado de la República Universal, que he venido hasta aquí arrastrado por la fuerza de nuestro mutuo destino.

—I desde dónde venís?

—Desde Paris.

—Qué habeis hecho allí?

—He derribado la primera piedra de la Bastilla, i he puesto sobre la última que quedó de pié un letrero de ironía, que no es sino un aviso a los tiranos....

—Qué letrero?

—*Aquí se baila!*

—I porqué habeis puesto ese letrero?

—Para indicar que en ántes se lloraba allí, i que solo la libertad es estable sobre la tierra.

—I qué más?

—He combatido en la frontera contra los enemigos de la Francia, i en las calles de Paris contra los enemigos de la libertad.

—I qué más?

—He ayudado a guillotinar a Luis XVI.

Carlota hizo un ademan de horror. El desconocido continuó:

—No hemos guillotinado en él a un hombre, sino a un principio. ¿Olvidais que era *rei*?

—Haríais lo mismo con la reina?

—Por lo que toca a María Antonieta, ella es mujer; además, es extranjera en Francia.

—¿I eso es todo lo que veníais a comunicarme?

—Nó, esos no son sino triunfos, i lo que tengo que participaros es una grande, una dolorosa caída!

—De quiénes?

—De los jirondinos.

—Segun eso, ¿la patria está en peligro?

—Sí, una gran desgracia la amenaza.

Hubo un momento de silencio.

—I qué pensais que debo hacer? preguntó Carlota llena de fe en su brazo i en su voluntad.

—Consultad con vos misma, ciudadana. Yo he dado yá el mismo aviso a todos los que reputo jefes de nuestro bando, que es el de la libertad.

Carlota nada respondió de pronto; despues dijo:

—Cuándo ha tenido lugar esa catástrofe?

—Hace pocos dias, el 21 de mayo.

—¿I dónde están nuestros amigos de la Convencion nacional?

—Algunos, como Barbaroux, Buzot, Louvet, Girey-Dupré, Salles, Péthion, Riouffe, &.<sup>a</sup>, acaban de entrar prófugos en Caen; otros han muerto matados por la Montaña,\* i otros

\* Partido político contrario al de la Jironda.

han quedado presos en Paris. Yá sabríais que solo quedaban veintidos.

—Cómo ha podido ser eso?

—Marat, el terrible Marat, ha sido la causa. No lo creereis, ciudadana, pero ese hombre asqueroso i raquíptico es hoy el árbitro de los destinos del pueblo frances: la Convencion nacional, esa corporacion soberbia que ha llamado a estrecha cuenta a los reyes, tiembla a sus miradas; el pueblo le obedece como a un amo; Henriot es su brazo ejecutor!

—¿I qué uso hace ese hombre de un poder tan colosal?

—Yá lo veis: asesina la libertad en los pechos de los jirondinos!

—Segun eso, ¿es el más execrable de los tiranos?

—Sí, ciudadana. Tiene toda la terrible apariencia de un antiguo tribuno romano.

—¿I no ha habido un frances que se levante delante de él como David delante de Goliath?

—Nó aún, pero está amenazado.

—Qué se le ha dicho?

—“Marat,” le he dicho yo, al verlo regresar a su casa con la frente iluminada por la luz de tan terrible triunfo, “Marat, ten cuidado! Ravillac detuvo el paso de la Liga.... Los partidos vencidos suelen vengarse con una puñalada.”

—I qué os dijo?

—Marat, que tomó por una advertencia de copartidario lo que no era sino una amenaza

de enemigo, me respondió: “Perded cuidado, ciudadano! yo soi un enviado de Dios, i no tengo porqué temer.”

—Segun eso, ¿el monstruo se cree predestinado?

—Así parece, pero su mision debe haber sido dada por Satan, pues todos los dias hace correr en Paris rios de sangre inocente.

Carlota se quedó meditabunda por un rato, i por su mente de ardorosa republicana cruzó veloz un pensamiento. En seguida se estremecieron sus labios como ajitados por un juramento.

El desconocido no percibió nada de eso.

En aquel momento dió las nueve de la noche un reloj distante, con monótono compas.

—Las nueve! dijo Carlota: es bien tarde.

—Deseais retiraros?

—Creo que me habeis dicho lo bastante.... necesito meditar.

—Sinembargo..... observó el desconocido con alguna ansiedad, yo he venido aquí con otro objeto... pero no tengo valor para hablar.

—Hablad, ciudadano, respondió Carlota, presa de un calofrío mortal.... No sé porqué, pero vuestra voz hace en mí un efecto extraño... Desde que os ví por la primera vez, vuestra imájen no se aparta de mí un sólo instante.... Hai en vuestros ojos un poder de fascinacion que no me atrevo a resistir....

—Será posible!

—Ahora mismo, continuó la huérfana de Lignerles, quisiera que os fuérais i que os quedárais... no sé. La noche, tan callada como

está ; las brisas, tan mansas como soplan ; i hasta la luna con sus lampos rojizos, me dan miedo.... Pero debo confesarlo : me gusta ver vuestra figura como desvanecida entre las sombras.... vuestra voz, hablando de la Patria, llega a mi corazon como una armonía del cielo que se abriese paso por entre las bóvedas de un templo. Quién sois, por Dios ? ¿ de dónde venís, i a dónde vais ? ¿ Sois una realidad, o simplemente el sueño que me acompaña hace dos años ?... Sí, desde aquella noche de alegría i de fiesta, en que me echásteis aquella mirada de amor i de amargura que no olvidaré nunca, siempre os veo lo mismo, a mi lado ; pero siempre vago, indefinido.... no sé !

—Oh momento supremo de suprema felicidad ! exclamó el héroe de la República, i cayó a los piés de Carlota como el sacerdote a los piés del ídolo : ¡ conquie mi corazon, que os ama tanto i tanto os guarda, no se habia equivocado !

—¿ Es decir que vos tambien me amais ? preguntó la doncella, dando a ese *tambien* una intencion singular.

—Que si os amo !... Preguntadme más bien si amo a la Francia, bajo cuyo cielo nací, i bajo cuyo cielo combatiré por la libertad ! Preguntadme qué he hecho hace dos años de perenne pensar en vos, de buscar vuestras huellas, i de creeros unas veces ángel i otras hada !

—Entónces ¿ porqué no veníais a donde mí, a decirme que lo que yo sentia en mi corazon

no era una mentira sino una realidad, como lo habeis hecho esta noche ?

—Porque yo no debia llegar hasta vos como llega el amante vulgar a donde su amante. Cuando os vi por la primera vez, yo no habia hecho nada por mi gloria. Salí pues de Caen, fuí a París, me alisté bajo la bandera santa de la revolucion (yá sabeis que hai otra, roja de odio), i cuando he podido volver, he vuelto. Sí, he vuelto cuando tenia algunos laureles que poner a vuestros piés.

—¿Cómo sabíais que esos laureles debian serme gratos ?

—Uno adivina siempre lo que es grato a la persona que ama. Yo os amaba a vos desde que os vi aquella noche en la Abadía de las Damas. Desde que os vi con vuestro traje blanco, perfecto como el de la diosa de la libertad, comprendí que para poderme acercar a vos era necesario acercarme *héroe*; que vos no amaríais nunca a un hombre que no tuviera en sí algo de Bruto o de Camilo.... por eso he tardado tanto en venir. Decidme ahora que he hecho bien o mal lo que he hecho !

—Yo sabia que ántes de eso vos habíais regado el árbol de la libertad en América con vuestra sangre.

—Sí, pero no habia hecho nada por mi Patria. Yo queria laureles franceses i nó americanos.

Carlota, por toda respuesta, abrió sus brazos de vírjen al desconocido, i le dió abrigo por un segundo en su seno.

La luna bendijo el enlace de aquellos dos corazones, que se habian comprendido sin decírselo, lanzando el más puro de sus rayos sobre sus frentes palpitantes; i fama es que las aves, al verlos así, cantaron de alegría en los follajes convecinos.

Como yá lo habrá adivinado el lector, el jóven de que hablamos era aquel Franquelin de los ojos negros i de la negra cabellera, que impresionó tánto a Carlota en casa de la señora de Belzunce. Esa impresion tomó cuerpo en ella de dia en dia, hasta hacerse una necesidad de su espíritu. Mezclaba el recuerdo de Franquelin en sus oraciones i en sus estudios; i siempre que se entregaba a los éxtasis, que en ella eran frecuentes, creía verlo en su estancia... Sinembargo, se pasaron dos años, con sus dias i sus noches, ántes de que obedeciese a las constantes evocaciones de su amor. Pero llegó al fin, i un instante les bastó para comprenderse i ser felices. La vida de Carlota, que en todo habia de ser extraordinaria, lo fué tambien en su amor, en ese amor casi sobrenatural, que tenia más los caractéres de una fantasía relijiosa, que los de una pasion mundanal.

Hé ahí porqué Franquelin cayó en los brazos de su amada, nó como Adónis en los de Vénus, sino como el ángel en los del ángel, a la vista de Dios.

El mismo reloj de que hablámos ántes, dió en seguida las diez.

—Retiraos, dijo Carlota: ha llegado la hora del reposo.

—Lo haré.

—Cuándo volveréis ?

—No lo sé, porque tengo mucho que hacer por la Patria. Debemos levantar un ejército.

—Me ocurre una idea, i puesto que nos hemos comprendido, voi a haceros una proposicion.

—Cuál ?

—Yo tambien tengo algo que hacer por la Patria ; i para que nuestro amor no nos sirva mutuamente de embarazo, vamos a jurar que no nos volveremos a ver hasta la celebracion que hagamos de la paz sobre el altar de la libertad.

Franquelin estendió su brazo hácia el cielo, junto con el de su amada, i en presencia de la soledad, que es la imájen de Dios, pronunciaron ese doble i digno juramento.

Aquella pareja así abrazada, así amante i así grandiosa, deponiendo su felicidad en las puertas del templo de la gloria, no tiene semejante en la historia ni en la mitología. Su belleza es pues la belleza de lo que es único en el mundo, de lo que no tendrá copia ni tuvo modelo.

—Nuestra cita es, dijo Carlota despidiéndose.....

—Para Caen despues de la victoria....

—O para el cielo despues del suplicio.

Carlota subió la escalera del Grand Manoir, radiante de hermosura virjinal i de hermosura republicana, como una hada de piés de rosa que trepa hácia su palacio de marfil en las rejiones novelescas del Oriente ; i Fran-

quelin se alejó de ella como uno de esos héroes de la España caballeresca que iban a la Palestina a pelear por el sepulcro de Cristo.

La doncella desde el corredor, i el soldado desde el patio, se lanzaron una mirada de patriotismo i de amor, la cual cruzó las sombras de la noche como un rayo de luz, i fué el último tributo de su adoracion....

Un momento despues, todo quedó en silencio.

## VII

### LOS VOLUNTARIOS DE CAEN.

Aunque casi noble i casi ilustre por su cuna, Carlota era republicana i del partido de la Jironda. Escribiendo, pues, a una amiga, la decia: “Mi hermano ha emigrado hace  
“ algunos dias, para aumentar el número de  
“ los caballeros andantes, i es posible que  
“ éstos encuentren en su camino algunos mo-  
“ linos de viento. Aunque no opino, como  
“ nuestros *famosos aristócratas*, que se puede  
“ hacer una entrada triunfal sin combatir,  
“ atendido lo formidable de los armamentos  
“ de la Nacion, creo sí que las jentes que es-  
“ tán con ellos, aunque indisciplinadas, cuen-  
“ tan con el valor que da el entusiasmo. Esto  
“ me tiene intranquila. Además, ¿cuál será  
“ la suerte que se nos espera? Un despotis-  
“ mo espantoso, si no se logra volver a suje-  
“ tar al pueblo. Es como caer en Caríbdis  
“ huyendo de Scila.”

Sus temores respecto de la anarquía eran frecuentes, i recitaba estos versos :

Vous connaissez le peuple, on le change en un jour ;  
Il prodigue aisément sa haine et son amour.

Los dias que siguieron a su entrevista con Franquelin, fueron de felicidad para Carlota. Su sueño fué más tranquilo que el de ántes, pues fué sueño de amante correspondida ; i la sonrisa, ausente de sus labios hacia tántos meses, volvió a ellos para refrescarlos, como vuelve la brisa a refrescar las rosas despues de los ardores del estío.

Eleonora la veía contenta como nunca lo habia estado, i se alegraba de ello sin imaginar la causa siquiera. Mas, ¿ qué importaba ésta si su amiga era dichosa ?

Por lo que hace a la señora de Bretteville, ésta dijo en cierta ocasion a su sobrina :

—Algo pasa en tu corazon, hija mia, que te hace dichosa ; quiera Dios que sea perdurable tu felicidad !

La trémula anciana queria demasiado a su Antígona, para no manifestarle que la creía dichosa.

Sin embargo de eso, Carlota no dijo nada de sus nuevas relaciones con Franquelin a su tia, a Eleonora, ni a Gustavo mismo, — ese hombre en quien tenia una gran confianza, i que yá en ese entónces habia desempeñado un gran papel en la revolucion, pues habia sido sucesivamente miembro de la Asamblea legislativa i de la Convencion nacional, i Presidente del departamento de Calvados ; — i no

les habia dicho nada, porque Carlota sabia que hai secretos que no pertenecen sino a dos corazones : éstos secretos son los de amor.

Las obras filosóficas i políticas de Rousseau, de Raynal i de Plutarco quedaron abandonadas por algun tiempo en los estantes de Carlota, i ésta leyó con avidez la *Eloísa* i otros escritos de imaginacion, pues su espíritu buscaba emociones que estuviesen en armonía con la beatitud de su amor, — amor misterioso i hasta cierto punto revolucionario.

Sus paseos no fueron yá solitarios ; acortó las horas de sus veladas, i gustó de dibujar i de cultivar las flores. Más de una vez la sorprendió Eleonora trazando en su álbum una cabeza de varon, de largos i de undosos cabellos de color negro, i de ojos guerreros como los del águila, pero al mismo tiempo dulces i grandes como los del gamo. Esto habia hecho que su amiga la dijera :

— Mui bien, Carlota, mui bien, pero ¿ qué haceis con eso ?

— Me entretengo *en soñar* un árabe.

I Carlota habia cerrado el libro, para no seguir aquella conversacion.

Otras veces la decia Eleonora :

— ¿ Porqué habeis dejado vuestro árabe en bosquejo ?

— Porque es árabe de fantasía, i la fantasía no hace sino bosquejar los objetos.

.....  
Los rumores que venian desde Paris eran cada dia más alarmantes. Habia en Caen reuniones públicas, a las que asistian todos los

patriotas. Carlota fué de este número. En esas reuniones conoció a la mayor parte de los jirondinos espulsados de la Convencion, entre los cuales se contaba Barbaroux. De boca de este célebre personaje, supo que Lanjuinais habia dicho un dia al carnicero Legendre, que lo insultaba :

—“En otro tiempo, cuando iban a sacrificar las víctimas, adornábanlas con flores en lugar de insultarlas !”

Tambien oyó repetir otros muchos de esos rasgos de inmortal elocuencia que se produjeron durante aquella revolucion sin paralelo, i que llevaban el sello de una inspiracion política que parece no ha de volver. Carlota misma dijo un dia a dos artesanos que se entretenian en jugar a los naipes :

—Os entreteneis en jugar, en tanto que la Patria está pereciendo !

Noble reconvencion, que probaba bien la exaltacion de su espíritu republicano.

Pero esta exaltacion tenia que llegar a su colmo, i el sábado 6 de julio de 1793, por la noche, Carlota estuvo hojeando algunos viejos diarios de Paris, como si quisiera, con su lectura, fortalecerse en algun designio. En esos diarios, casi todos escritos por la pluma demoniaca de Marat, encontró i leyó estos pasajes llenos de hiel :

“Pueblo, qué haces ? Todos tus jefes te venden ! *Cóje el puñal*, degüélla al pérfido Lafayette, al cobarde Bailly ; córre luégo al Senado, arránca de allí a los padres conscriptos, *empála* a estos Representantes

“ vendidos a la Corte, i sus miembros ensangrentados, *colgados en las almenas del salón*, sirvan eternamente de espanto a los que tras ellos vengan !”

—Bien, dijo Carlota arreglando su lámpara con dramática seriedad ; parece que no he errado en mi juicio. Este era el Marat de 1791 ; veamos cuál era el Marat de 1792.

I tomó otro diario (*El Amigo del Pueblo*) i leyó :

“ Jamas andará la máquina si el pueblo no *ajusticia a doscientos mil infames*, i reduce a la cuarta parte sus mandatarios i agentes.” \*

—Bien, volvió a decir Carlota con un acento de honda convicción : éste era el Marat de 1792 ; veamos cuál es el Marat de 1793.

I tomó otro diario, i leyó :

“ En todos los países en donde los derechos del pueblo no son más que títulos fastuosamente consignados en una simple declaración, el *saqueo de algunos almacenes*, en cuyas puertas se *cuelgue* a los monopolistas, bastará para poner fin a estas malversaciones.”

—Qué hombre i qué furor ! exclamó indignada. Es decir que la libertad de este tribuno es una hiena que no debe alimentarse sino con sangre !..... Sangre pedia en 91, sangre en 92, i sangre i saqueo pide en 93 !

\* *El Amigo del Pueblo*, diario político e imparcial, por Juan P. Marat, autor de la Ofrenda a la Patria, del Monitor, del Plan de Constitucion, i de muchas obras patrióticas. *Vitam impendere vero.*

Tres años mortales de un mismo sueño, tres años de una misma idea, tres años de una misma roja necesidad, predicada a un pueblo que no sabe lo que hace, porque no sabe lo que piensa ni lo que quiere !... Este es Marat !... el hombre ante quien tiembla Paris ; Paris, la vieja i noble Lutecia gálica !... el hombre ante quien caen los jirondinos vencidos !... ante quien se humilla la Convencion nacional, i a quien le besa los piés, como en otro tiempo Mesalina besaba las sandalias a Claudio ! Oh ! si de tal alma ha de salir la rejeneracion del mundo, yo no quiero que el mundo sea rejenerado. ¡ Qué tribunos i qué tiempos !

I levantando fatalmente la cabeza hácia el cuadro que le habia regalado Belzunce, fijó los ojos, primero en el cuerpo de Holofernes, asqueroso con los escesos de la embriaguez, i luégo en Judith, bella i apacible como la paloma mensajera de Dios. En seguida, dando un golpe sobre la mesa, púsose de pié i dijo :

—Estoi resuelta !

El eco de este grito escapado de su alma, fué recojido i devuelto por los fantasmas de la noche, pues a lo léjos se dejaron oir algunos sonidos confusos.

En seguida salió para hablar con su tia.

Entró en la habitacion de ésta, i fué a sentarse al lado de la buena mujer despues de haberle besado la frente.

—Qué te trae por aquí, hija mia ? dijo la señora de Bretteville.

—Un proyecto, tia, que abrigo hace dias,

i que es llegado el tiempo de comunicaros.

—Cuidado con alguna *temeridad*, Carlota! observó la señora de Bretteville con marcada intencion.

—I porqué me decís eso, tia?

—Porque temo de tu exaltacion republicana.

—Oh! nó.... dijo Carlota ruborizándose. ¿De dónde nacen esos temores?

—De que un dia te pregunté porqué estabas triste, i me dijiste que por las desgracias de la Patria.

—Eso es natural.

—Pero no lo es otra cosa, que he observado en ti.

—Qué cosa?

—El entusiasmo que tienes por la heroica Judith. Sábe que un dia entré en tu cuarto miéntras habias salido con Eleonora, i encontré sobre tu lecho una Biblia abierta en la historia de esa judía, en el pasaje que dice: “Judith salió de la ciudad, adornada de maravillosa hermosura, con la que la habia enriquecido el Señor para que libertase a Israel.” Ese pasaje estaba subrayado por tu mano con una gruesa línea de lápiz.

—Oh tia mia! eso es mui sencillo. Desde que estaba pequeñita gustaba de oir leer a mi padre esa historia en las veladas de Ronceray, i le hice repetir esas palabras hasta que las aprendí de memoria. Veis que no tengo otro sino el cuadro de Judith.

—Todo eso es lo que me hace sospechar; pero veamos, ¿cuál es tu proyecto?

—Emigrar.

—Es posible !

—Sí, tia. La Francia se está despedazando cruelmente.

—I a dónde irás ?

—A Inglaterra.

—I tu padre ?

—Cuento con su permiso.

—I yo ?

—Volveré pronto : vengo pues por vuestro beneplácito i por vuestra bendicion. Mi otra hermana tambien emigró.

—Bien, Carlota, consiento en ello, a trueque de verte libre de toda tentacion. Pero ocurre una dificultad : ¿ de qué vivirás en Inglaterra ?

—Tranquilizaos por lo que respecta a eso : tengo amigos entre los emigrados, i yá me han buscado una colocacion ventajosa.

Despues de esta conversacion, Carlota se metió en la cama i durmió profundamente.

Los jirondinos refujiados en Caen despues de su caída en la Convencion nacional, eran 18, i no estaban quietos ni abatidos ; por el contrario, tenian vastos proyectos. Ocupábanse en fomentar la insurreccion de los Departamentos, en ponerse en relacion con los republicanos de Bretaña; i en mandar soldados al ejército del jeneral Wimpfen, quien debia marchar contra Paris.

Este Wimpfen era aquel mismo bravo Jeneral que mandado replegar a Paris por la Convencion, respondió que lo haria al frente

de setenta mil hombres, para hacer valer los derechos de los Departamentos ultrajados.

El domingo 7 de julio, esto es, al día siguiente de la conversacion que acabamos de referir, hubo una gran parada militar en Caen. De todas partes habian venido soldados a la ciudad, armados por su propia cuenta, concitados al grito patriótico de Péthion, en otro tiempo *rei de Paris*, i de Barbaroux; el héroe marsellés.

Las jóvenes más lindas i más entusiastas del lugar concurrieron a aquella parada de ciudadanos armados en defensa de la libertad i del derecho. Edades, clases, uniformes, banderas, todo se confundió en aquel grupo inmenso de antiguos esclavos de los Borbones, que habian roto sus cadenas con el martillo demoledor del siglo XVIII.

Allí vió Carlota tambien, quién sabe si por última vez, a Franquelin, con uniforme negro como el traje de la muerte, i montado en un caballo blanco. Su espada desnuda brillaba al sol como un rayo de plata, i en su rostro se pintaba el valor i la serenidad del hombre feliz. Franquelin no quitó los ojos de sus soldados, pero sabia que la más linda hija de Calvados observaba todos sus movimientos i veia latir su corazón al traves de su uniforme i de sus galas.

Aquél era el premio anticipado de su victoria.

—Mirad, dijo Eleonora sorprendida: mirad, Carlota, aquel lindo oficial del caballo blanco.... Oh! cómo se parece al árabe de

vuestras fantasías.... Color americano, ojos de ave, i cuerpo de dios !

—Callad ! Callad, Eleonora ! i rogad por él, porque va a morir.

I las dos mujeres no hablaron más.

En aquel punto algunas lágrimas traicioneras cruzaron por las pupilas de Carlota, como suelen cruzar ciertas nubes estrañas por el seno de un cielo despejado.

—Qué ! dijo el terrible i hermoso Péthion, quien la observaba, ¿ querriáis que no partiese ?

—Nó, ciudadano, respondió Carlota : lloro de entusiasmo, nó de dolor.

Un poco despues sonó la caja militar, oyéronse las voces de los jefes en los diferentes cuerpos, desfilaron éstos, i no quedó de toda aquella multitud guerrera sino la esperanza de un triunfo inmediato.

Franquelin, al pasar por delante del sitio en donde estaba Carlota, le envió su alma en una mirada, i ella la recibió en una oracion.

Al dia siguiente, 8 de julio, estuvo Carlota a ver a Barbaroux, a quien pidió una carta de recomendacion para Duperret, jirondino que se habia escapado de las terribles espurgaciones de la Convencion, i con la cual se prometia hacer un servicio importante a una amiga.

Al verla Péthion en donde Barbaroux, quiso burlarse de ella como de costumbre, pues la dijo irónicamente :

—Ah ! es *la bella aristócrata*, que viene a ver a los republicanos.

—Os burlais de mí porque no me conocéis, ciudadano Péthion : más tarde podreis apreciarme mejor.

Obtenida la carta, Carlota pasó a casa de Eleonora i almorzó con ésta. Era el último almuerzo de la amistad sobre el mantel del mas entrañable cariño. Hacia el fin de él dijo Carlota :

—Debo salir mañana o pasado mañana para Argentan, a donde mi padre me llama con instancia, i tengo algunos favores que pedir.

—No teneis sino que hablar.

—En primer lugar, tomad esta lista i distribuid por ella los escasos muebles de mi propiedad....

—Qué vais a hacer ? interrumpió Eleonora sorprendida.

—Voi a reunirme con mi padre, para cuidar de los últimos dias de su vejez : es mi obligacion.

—Bien, lo haré como lo quereis.

—En segundo lugar, — oidme bien, — luego que yo haya partido, tomad el cuadro de Judith que me regaló el conde, i llevadlo a vuestra habitacion.

—Pero ese regalo de ultratumba no os pertenece para disponer de él.

—Bien, tenedlo en vuestro poder hasta que os lo reclame. Poniéndolo en vuestro costurero, tendreis ocasion de acordaros de Belzunce i de mí.

—Qué más debo hacer ?

—Ir siempre que podais al sepulcro del conde i regarlo con flores.

—Ese será para mí un doble deber : yo tenia por él un cariño mui grande. ¿Habeis concluido ?

—Nó. Tambien ireis a donde nuestra antigua preceptora la señora de Belzunce, i la direis que por la razon que sabrá luégo, no he ido a despedirme de ella, pero que siempre la quiero i la respeto como a mi madre.

—¿Sabeis, Carlota, que todo lo que me estais diciendo me causa mucha estrañeza ?

—Porqué ?

—Porque las disposiciones que estais tomando se parecen a las que toman las personas que van a morir.

Carlota, en lugar de responder, dió un fuerte abrazo a Eleonora, i ámbas sintieron que sus ojos se les llenaban de lágrimas.

Al dia siguiente, 9, salió temprano Carlota, de su habitacion, con un lio de ropa debajo del brazo i dos libros en la mano. Uno de esos libros era un tomo de Plutarco, en el cual habia conocido a los grandes hombres de la antigüedad ; el otro era su cartera de paisajes.

Bajó la escalera con paso lento, i como si a cada peldaño se arrepintiese de lo que iba a hacer. Hácia el fin de ella encontró un niño, de nombre Roberto, hijo de un pobre trabajador.

—A dónde vais, Carlota ? dijo el muchacho. Carlota se paró sorprendida, como si aque-

lla pregunta inesperada fuese una acusacion. Mas, repuesta, dijo :

—Eres tú, hijo mio ?

El niño corrió a ella i se cojió de sus rodillas. Al verla a ella ajitada i sombría, i a él tan niño i tan bello, se les hubiera tomado por la Inocencia deteniendo al Pecado.

—Tóma esta cartera, dijo Carlota, despues de un rato de pausa, que yá no me servirá para nada. Sé bneno, i dáme un beso, porque yá no nos veremos más.

Roberto estendió la mano para recibir lo que se le ofrecia, pero la viajera no le dió el álbum hasta que hubo arrancado de él una hoja, que guardó cuidadosamente en su seno.

Era en aquella hoja en donde estaba lo que ella llamaba su *fantasía árabe* !

En seguida salió de la casa de su tia, sin dar un suspiro ni verter una lágrima. ¿ Era esto suprema indiferencia, o supremo dolor ? I es fama entre las consejas de Caen, que en aquel mismo instante una paloma blanca, que acostumbraba pararse sobre el tejado de la casa de la señora de Bretteville, se convirtió en una águila de extraordinaria magnitud, i echó a volar hácia las márgenes del Sena.

Carlota atravesó de prisa algunas calles de la ciudad, pero en lugar de dirigirse a Argentan o a Lóndres, se metió en la diligencia de Paris.

¿ Qué la llevaba a aquella ciudad desconocida i vertijinosa ?

VIII

PASOS PERDIDOS.

El viaje de Carlota duró desde el 9 hasta el 11, esto es, tres dias. El juéves, cerca de las doce, llegó a Paris.

En la diligencia no vió sino caras desconocidas, la mayor parte de revolucionarios del partido de la Montaña, que iban a la capital como a su guarida obligada. Carlota buscó en torno de sí i no halló con quién comunicar, sino con una niña de siete años. Tomóla pues, i poniéndola sobre sus rodillas, jugó con ella muchas horas. La inocencia i la niñez suelen hermanar como flores que nacen de un mismo tronco.

Algunos jóvenes, sus compañeros de viaje, trataron de jugar al amor con ella, pero Carlota se burló de ellos con la gracia de una lacedemonia. Hé aquí su diálogo :

—Quién sois, ciudadana ?

—Una viajera.

—Bah !

—Hácia dónde vais ?

—Hácia donde me lleva mi fortuna.

—Eso mismo nos pasa a todos.

—Pero yo no os lo averiguo, porque no me importa.

—¿ I qué diablos haceis con ese corazoncito que llevais debajo de vuestra pañoleta ?

—Lo que vosotros no haceis con vuestra lengua : lo deajo quieto.

—Sois espiritual !

—Sois galantes !

—Decidnos : ¿sois republicana?... montañesa, o jirondina?

—No comprendo.

—Qué ! ¿no comprendéis lo que significan esas tres grandes palabras?

—Parece que nó.

—Mejor será dejarlo.

—Soi de vuestro parecer.

—Pero decidnos : si no sabéis lo que es la república, ¿sabreis al ménos lo que es el amor?

—Por lo que es eso, sí : lo he visto pintado en una barbería de Caen. Es un niño alado i con una venda en los ojos. No sé en las otras barberías cómo lo pintarán.

Los circunstantes se echaron a reir.

—I a qué vais a Paris?

—Cansada de esperar en mi provincia que Paris fuese a verme, he resuelto darle una sorpresa : voi a ver a Paris.

—I creéis que os gustará Paris?

—Segun he leído en un libro de mi pueblo, creo que sí. Dicen que era tan bello, que Elena se enamoró de él.

Los viandantes, comprendiendo que la llevaban perdida con aquella normanda llena de gracia i de belleza, resolvieron respetarla.

El viaje de Carlota fué feliz i divertido. Esta llegó hasta despertar sentimientos de amor en alguno de los viajeros, pero todo se desvaneció a su despedida. Carlota fué a hospedarse, en Paris, en la calle de los Viejos Agustinos, número 17, posada de provincias. Como llegó a las doce, empleó el tiempo, desde esta hora hasta las cinco, en leer a Plutarco

i en observar aquella gran ciudad ajitada, semejante a la Babel de Baltasar, en cuyo seno pecador se cernia una lluvia de fuego. De cuándo en cuándo, llegaban a sus oídos *mueras* o *vivas*, demostraciones de odio o de amor de las plazas públicas, semejantes al ruido del huracan en las selvas.

—Qué ! se dijo, ¿estoi en Roma en tiempo de los Gracos, o este Paris no es sino una tempestad continua ?

Ciertamente, el Paris de 93 era una tempestad de sangre !

A las cinco se acostó, i durmió bién hasta el otro dia, 12 de julio, en que, bastante temprano, fué a la casa del diputado Duperret. No estaba éste en ella sino en la Convencion, por lo que le dejó con sus hijas la carta de Barbaroux, para volver a las seis, hora en que el diputado acostumbraba ir a comer.

El resto del dia lo empleó Carlota en leer a Plutarco i en pensar en Franquelin, la imájen del cual venia siempre a interponerse entre sus ojos i las pájinas del libro, como si quisiese incrustarse, de hecho, entre los héroes antiguos, o como si no quisiera que Carlota tuviese miradas i pensamientos para otro que no fuera él, aunque fuera uno de los grandes hombres de la historia.

— Cuando volvió a casa de Duperret, estaba éste a la mesa, rodeado de sus hijas i de sus amigos.

Carlota le manifestó que queria hablarle a solas. Duperret se levantó i entró con ella en una pieza vecina.

—Soi de Caen, dijo Carlota, i vengo a Paris, entre otras cosas, a solicitar favor del ministro Garat para una compatriota mia; una pobre huérfana a quien el Gobierno debe justicia de tiempo atras.

—Por hoi, la dijo Duperret, me es absolutamente imposible acompañaros; pero mañana iré yo mismo a buscaros, i será satisfecho vuestro deseo.

—Vivo en la calle de los Viejos Agustinos, número 17, posada de provincias.

—Decís que venís de Caen?

—Sí, ciudadano.

—Qué hacen allá Barbaroux, Péthion i los otros jirondinos?

—Trabajan por la Patria.

—Hai alguna esperanza?

—Sí; i vos, ciudadano, debíais salir de la Convencion, en donde nada bueno podeis hacer, e iros a Caen, donde se hace mucho por la libertad.

—Mi puesto está en Paris, ciudadana, i no lo abandonaré.

—Haceis mal, Duperret, dijo Carlota, a tiempo que se levantaba de su asiento como una inspirada. Seguid mi consejo, i salid de Paris ántes de mañana 13 por la tarde.

—Porqué me decís eso?

—Porque yo misma no sé lo que puede suceder dentro de veinticuatro horas.

Ni Duperret ni Carlota pudieron ver al ministro Garat, i Duperret dijo a su familia que la tal recomendada de Barbaroux tenia todo el aire i la charla de una intrigante.

Cuando Carlota se separó de Duperret, se dirigió hácia el Palacio Real, i entrando resueltamente en una cuchillería, compró por tres francos una navaja de estuche con empuñadura de ébano.

El mercader se sorprendió de que una jóven de tan aseada i linda apariencia comprase una arma semejante, i la dijo :

— Vos no sois mujer de arrabal : ¿ para qué comprais esa navaja ?

— ¿ Olvidais, respondió Carlota sonriendo, que estamos en una época en que hombres i mujeres son ciudadanos, i deben estar armados para acudir al primer llamamiento de la Patria ?

— En ese caso deberíais comprar una arma más digna de vos.

— Nó ; i *tres francos* es mucho dinero, atendido el estado de mi bolsillo.

Carlota fué luego a sentarse en una piedra del jardin inmediato. Jugeteaba por ahí un niño, entretenido en recojer arena en su delantal, i al ver a la provinciana sola, jóven i linda, corrió hácia ella con los brazos abiertos, i escondió su cabeza en el regazo de la vírjen. Ella lo acarició i le besó en la frente.

¿ Qué lazo misterioso era el que unia el corazón de la nieta de Corneille con el corazón de todos los niños que la veían ? ¿ Seria el de una pronta catástrofe ?

Jesus, el gran salvador de los hombres, gustaba tambien de jugar con los niños.

Carlota se acordó entónces de Roberto, el hijo del obrero de Caen ; de la casa de su

tia la señora de Bretteville, de sus parientes i de sus amigos. Una lágrima se escapó de sus ojos.

—Porqué llorais? díjola el niño: ¿no encontráis a vuestra madre?

—Mi madre hace mucho tiempo que murió.

—I está en el cielo?

—Sí.

—Cuando vos os murais, ¿ireis a juntaros con ella?

—Tengo esa esperanza.

Durante la conversacion, el niño, que tra-segaba con la pañoleta de Carlota, sacó de entre sus pliegues la navaja, i dijo:

—Qué es esto?

—Nada, respondió Carlota; i arrebatando el arma a la criatura, se alejó de ésta llena de rubor.

Por fortuna, el jardin estaba desierto: nadie vió lo que acababa de pasar.

—Dios mio! Dios mio! exclamó Carlota luego que se hubo repuesto de su impresion. Decidme qué debo hacer! ¿Qué significa eso de que un niño me detenga por las rodillas como para no dejarme bajar las escaleras de mi casa, i otro busque i halle en mi seno el arma fatal?... Estaré equivocada? ¿Me advertís, Dios mio, por medio de estos inocentes, que no debo oponer por obra lo que he meditado?

No se sabe lo que responderia el Señor a aquella desgraciada, pero lo cierto es que ella no desistió de su intento.

Lo diremos de una vez: Carlota habia con-

cebido el atrevido proyecto de matar a un hombre. Para eso, únicamente para eso, habia venido a Paris.

.....

Carlota volvió a su posada, mui ajitada. Pidió un tintero i se puso a escribir. Antes de empezar, se le enrojecieron las mejillas de vergüenza, i se dijo :

—Voi a mentir.... pero Judith tambien mintió cuando dijo a Holofernes que le diera asilo en sus tiendas, i que iba a su campo con buenas intenciones... I Judith era una hija del pueblo de Dios; yo no soi más que una pobre campesina de Ligneries.... Por otra parte, Raynal, consejero de la virtud, dice *que es permitido ocultar la verdad a los tiranos*; i Belzunce, el malogrado conde, mi primer cariño i mi primera emocion, para algo pondria aquellas palabras al pié de su cuadro :—*Escojidas de Dios, cuando llegue el momento fatal, seguid el ejemplo de Judith...* Judith tuvo necesidad de engañar : creo que yo la tengo tambien.

En seguida escribió con mano firme :

“ Ciudadano Marat—Llego de Caen, i creo  
“ que tendreis ansia de saber lo que pasa en  
“ aquella parte de la República. Concededme  
“ una cita a la una, i os pondré en el caso de  
“ prestar un gran servicio a la Francia.”

Carlota analizó despues su carta del modo siguiente :—*Llego de Caen*: esto es verdad. *Supongo que Marat tiene grandes deseos de saber lo que pasa allí*: esto [es mui natural.

Además, yo le ofrezco decírselo, como se lo diré. *En cuanto al servicio que debe prestar a la Francia*, ¿cuántas veces no se prestan estos servicios aun muriendo? Curcio precipitándose en la sima romana; un Jeneral sobre los campos de batalla.... Jesus mismo espirando en la cumbre del Gólgota, ¿qué servicio no prestó a la humanidad! I si esto pasa con los buenos, ¿qué no podrá pasar con los malos? Además, *él* no se inmolará nunca por la Francia, i yo sí lo pondré en el caso de prestarle ese servicio a la que llama *su patria*: Marat no es frances... En consecuencia, creo que no he escrito nada que no se pueda sostener a la luz de la verdad.

Salió en seguida, i llevó ella misma el billete a la puerta de la casa del Amigo del pueblo.

Carlota volvió a la una a la casa del gran demagogo de Paris, pero no le dieron entrada. Fué entónces cuando tuvo que pasar por la humillacion de ser falsa por la segunda vez de su vida: la primera vez lo habia sido engañando a su padre i a su tia sobre su viaje a Inglaterra. Escribió una segunda carta a Marat. Decíale en ella;

“ Marat, os he escrito esta mañana....  
“ ¿habeis recibido mi carta? Mucho lo dudo,  
“ puesto que se me ha negado la entrada.  
“ Con todo, espero que mañana me recibiréis.  
“ Os lo repito: vengo de Caen, i tengo  
“ que comunicaros secretos importantes para  
“ la salud de la Patria. Por otra parte, soi  
“ perseguida por la causa de la libertad; soi

“ infeliz, i esto basta para tener derecho a  
“ vuestra proteccion ! ”

Carlota debia haber suprimido, en conciencia, este último pasaje de su carta ; pero no lo suprimió, para poder lanzar sobre el leon del populacho ese sarcasmo final, que debia llegar hasta él como el aliento de la muerte.

Ese mismo dia 13, cerca de las siete de la noche, llamó Carlota a la puerta de una casa ruinosa en la calle de los Cordeleros, barrio de San Jerman, número 20, primer piso.

Este “ánjel del asesinato,” como la llamó Lamartine, habia puesto más cuidado que nunca en el arreglo de su persona.

—Solo otra vez en mi vida, díjose delante del espejo cuando se vestia, he puesto el mismo esmero en mi tocado, i fué la noche aquélla, en la Abadía, cuando debia aparecer en público por la primera vez... ¡ Quién me hubiera dicho entónces que habria de llegar un dia en que fuése yo misma a la casa del *primer hombre de la Francia*, despues de una cita pedida con instancia por mí ! Oh tiempos ! cómo pasais i cómo cambiais en la vida !

¡ Qué sarcasmo i qué recuerdo se mezclaron en aquella hora tan solemne !

El atavío de Carlota se componia de una bata gris listada, i de un sombrero de alta copa, adornado con una cucarda negra i dos cintas flotantes, de color verde. En la mano llevaba un abanico de poco precio.

Parecia que se habia vestido con un descuido estudiado, para seducir al más severo

de los estoicos, o para presentarse orijinal en el festin de la venganza política.

Veremos cómo palpitó el corazón de Marat ante aquella vírjen de la Jironda, i si su odio de partido alcanzó tambien hasta el candor i la hermosura.

Al llamar Carlota en la puerta del Amigo del pueblo, guardó algo en su seno : ese algo era el cuchillo que habia comprado en el Palacio Real.

—Quién llama? preguntó desde adentro la portera.

—¿El ciudadano Marat está en casa? preguntó Carlota con voz sonora i tranquila.

—Sí está, pero no se le puede ver.

—Sinembargo, es preciso que yo lo vea ahora mismo, dijo Carlota, i trató de forzar el paso.

—Os digo que no se puede entrar, gritó con acento chillon i destemplado María Bárbara Aubin. Esta era la portera.

—Qué ruido es ése? preguntó, asomando la cabeza, una mujer bastante jóven aún: ¿olvidais que el Amigo del pueblo está enfermo?

Aquella mujer era Catalina Evrard, *casada a la Rousseau* con Marat.

—Señora, respondió María Bárbara, es una ciudadana que quiere hablar con el Amigo del pueblo.

—No se puede ahora, dijo Catalina i cerró la puerta.

—Soi, dijo bastante alto Carlota para poder ser oída de léjos, soi una viajera de Caen

que tiene algo importante que decir al ciudadano Marat.

—Ah ! sí, dijo éste desde adentro.... ya recuerdo ; dejadla pasar adelante. Quiero verla.

—Bien, dijo Carlota para sí : es la voz de su destino la que me llama.

Catalina Evrard se retiró, i golpeó la puerta con disgusto ; i Carlota entró en la casa a pesar de los reniegos mal disimulados de María Bárbara, quien no gustaba de que tales *mozas* visitasen al héroe de la Francia.

Al emprender camino Carlota para la casa de Marat, se habia puesto en el seno la siguiente alocucion :

“ *A los franceses amigos de las leyes i de*  
“ *la paz—¿* Hasta cuándo, franceses desgra-  
“ *ciados, vivireis en el tumulto de las divi-*  
“ *siones ? Por bien largo tiempo los facciosos*  
“ *i los malvados han puesto el interes de la*  
“ *ambicion en el lugar del interes jeneral :*  
“ *¿* porqué, oh infortunadas víctimas del fu-  
“ *ror de aquéllos, porqué os degollais pues,*  
“ *i os destruíis, para establecer el edificio de*  
“ *la tiranía sobre las ruinas de la Francia*  
“ *desolada ?*

“ *Los facciosos brillan por todas partes.*  
“ *La Montaña triunfa por el crimen i por la*  
“ *opresion ; i multitud de monstruos, ebrios*  
“ *con vuestra sangre, conducen sus miras*  
“ *detestables i nos llevan al abismo por mil*  
“ *caminos diferentes.*

“ *Trabajamos por nuestra propia pérdida*

“ con más enerjía que la que se emplea para  
“ conquistar la libertad. . . . Franceses ! des-  
“ pues de un poco de tiempo no quedará de  
“ vosotros sino el recuerdo de vuestra exis-  
“ tencia !

“ Yá marchan sobre Paris los Departamen-  
“ tos indignados. Yá el fuego de la discor-  
“ dia i de la guerra civil abrasa la mitad de  
“ este vasto imperio, i de apagarlo, ha de ser  
“ pronto. Yá el más vil de los malvados, Ma-  
“ rat, cuyo sólo nombre es la representacion  
“ de todos los crímenes, al caer bajo el cu-  
“ chillo vengador, ha socavado la Montaña i  
“ hecho palidecer a Robespierre i a Danton,  
“ bandidos sentados aún sobre ese trono san-  
“ griento, circuido del rayo, que los dioses  
“ vengadores de la humanidad no permiten  
“ sino para hacer más ruidosa su caída, i  
“ para espantar a los que intenten establecer  
“ su fortuna sobre las ruinas de los pueblos  
“ estenuados !

“ Franceses ! bien conoceis a vuestros ene-  
“ migos : destruidlos ! Adelante ! Destruida  
“ la Montaña, solo dejará en pos hermanos i  
“ amigos. No podré deciros si el cielo nos  
“ reserva un Gobierno republicano ; pero es  
“ lo cierto que él no puede darnos un *mon-*  
“ *tañes* por señor sino en el exceso de sus  
“ venganzas.

“ Francia ! tu reposo depende de la eje-  
“ cucion de la lei. Yo no he delinquido de  
“ manera alguna matando a Marat, conde-  
“ nado por el universo entero : Marat estaba  
“ fuera de la lei. ¿ Qué tribunal podrá juz-

“ garme ? Si yo soi culpada, tambien lo fué  
“ Alcides cuando destruyó los monstruos ;  
“ pero, ¿ los halló él igualmente odiosos ?...  
“ Amigos de la humanidad, no compadezcais  
“ a una bestia feroz engordada con vuestra  
“ sangre. I vosotros, desgraciados aristócratas,  
“ a quienes la revolucion no ha trabajado  
“ aún demasiado, tampoco lo compadezcais,  
“ pues nada teneis de comun con él.

“ ¡ Oh patria mia ! tus infortunios desgarran mi corazon. No puedo ofrecerte más que mi vida, i doi gracias al cielo por la posibilidad en que estoi de entregártela. Nadie perderá nada con mi muerte, pero no imitaré a París, matándome. Nó : yo quiero que mi último suspiro sea útil a mis conciudadanos.... que mi cabeza, paseada por la ciudad, sea signo de alegría para todos los enemigos de las leyes, i que la Montaña vacilante vea su pérdida escrita con mi sangre. Que sea yo su última víctima, i que el universo, vengado, declare que yo he merecido bién de la humanidad. Por lo demas, si no se quiere ver mi conducta tal cual ella es, poco me inquieto.

Qu' á l'univers surpris, cette grande action  
Soit un objet d'horreur ou d'admiration :  
Mon esprit, peu jaloux de vivre en la mémoire,  
Ne considère point le reproche ou la gloire.  
Toujours indépendant et toujours citoyen,  
Mon devoir me suffit, tout le reste n'est rien.  
Allez, ne songez plus qu'á sortir d'esclavage !....

“ Ni mis parientes, ni mis amigos, deben  
“ inquietarse : nadie sabia mis proyectos.

“ Agrego la partida de mi bautismo a esta  
“ alocucion, para que se vea lo que puede  
“ una mano, por débil que sea, cuando la  
“ dirige una consagracion absoluta. Si por  
“ desgracia no he logrado mi objeto, al mén-  
“ nos, franceses, os habré mostrado el cami-  
“ no. Conoceis a vuestros enemigos : ponéos  
“ de pié, marchad hácia ellos, i herid !”

Esta proclama, escrita con la misma calma con que se ejecutó el hecho, esplica bién cuáles fueron los sentimientos que ajitaron la mente de Carlota al tomar la resolucion de matar a Marat. No tuvo otro móvil que la política, ni otra esperanza que la de la gloria.

## IX

### EL BAÑO DE SANGRE.

Marat habitaba el piso principal de la casa. Componíase este piso de un patio i de varias piezas de no mui grata apariencia. Estas piezas casi no tenian muebles, i estaban atestadas de ediciones de periódicos viejos, cubiertas de polvo, i de periódicos nuevos, húmedos aún con la reciente impresion. Sillas, mesas, no tenian nada de particular.

Semejante a todos los hombres de las escuela de los cínicos, el Amigo del pueblo era bastante asqueroso en su persona i en su casa. Algunos creían encontrar en este desaseo de estudio, una modestia digna del más austero republicanismo ; pero otros no veían en él sino un orgullo épico, semejante al que los antiguos descubrieron al traves de los harapos de Diójenes.

Si nembargo, algunos escritores, más crédulos que otros, afirman que la mugre del ardoroso montañes no era, como todo en él, sino una careta para engañar a la Francia; i que detras de ese primer telon habia, como detras de la portada de las casas damasquinas, cuadros verdaderamente encantadores, que revelaban una elegancia de alto tono. Con efecto, contra lo que aseguran sobre esto madama Roland i Lamartine, hai testigos de vista que dicen que Marat moraba de ordinario en un salon colgado de damasco azul i blanco, con anchos cortinajes i mullidos sillones; que del artesonado, blanco como alabastro, pendia una araña brillante, de oro i de cristal de Bohemia, i que sobre las consolas habia preciosos jarros del Japon, siempre cubiertos de flores naturales costosas. Pero hasta aquella mansion de secreto deleite, que se escapaba al ojo popular, no llegaban sino él, Catalina, i, de cuándo en cuándo, alguna que otra beldad desamparada, que iba a buscar en el brazo del tigre del Sena amparo para su nobleza, su hermosura o su garganta....

Como Marat, despues de Carlota, es la figura mas notable de nuestro cuadro, pasamos a dar una idea de él al lector.

El Marat moral.

Marat empezó su carrera vendiendo contravenenos en un barrio de Paris.... Más tarde debia envenenar moralmente a la Francia, en desagravio de su antigua profesion, i se reputó feliz cuando obtuvo el nombramiento de *médico de los caballos del conde de*

*Artois!* El que debía degollar a los príncipes, se contentó al principio con cuidar de las bestias de éstos!

Seguramente no había penetrado todavía en su mente el sol de la República!

Después dió un paso de gigante, i vino a echarse en los brazos de las ciencias. Estas le apartaron el rostro con desprecio.

Más tarde quiso aparecer como lejislador, i echó a andar por la senda de Licurgo i de Beccaria; pero al tratar de la pena capital, oyó la voz de la naturaleza dolorida (son sus palabras), i este hijo de Dracon dejó que se le deslizase la pluma de las manos, pues no tuvo sino pecho para sentir i ojos para llorar. Neron también maldijo la hora en que había aprendido a escribir, la primera vez que tuvo que firmar una sentencia de muerte. Tál suele ser la sensibilidad de los tiranos!

Más tarde, en 1790, sostenía en un proyecto de Constitución que redactó, que el gobierno monárquico era el *único* que convenía a la Francia; i esto poco ántes de arrojar las cabezas de los reyes a las jentes de los arrabales de Paris, convertidas en perros de presa.

Esto en cuanto al sabio i al político. En cuanto al hombre del hogar, es decir, del hombre sin odios, sin pasiones i sin ambicion, era también algo notable: se había desposado con su mujer *un dia de buen tiempo i a la faz del sol*, según dice Chauinette, siguiendo las máximas de Rousseau.

En sus odios era superior a todo otro mons-

truo, pues con Marat, como lo observa alguién, la guerra llegaba hasta más allá de la tumba. Dígalo la sombra de Mirabeau, cuyos restos hizo desterrar del Panteon, como si hubiera exilio para los cadáveres ! El destino lo talionó despues cruelmente.

Marat tenia un carácter violento i una imaginacion ardorosa.

I como para que nada faltase a esta figura escapada de las cavernas de Pluton, sus admiradores lo hacian todavía más horrible i más sacrílego, cuando decian desde la tribuna de los funerales, en presencia de sus cenizas i de una multitud ciega, a quien se pretendia iluminar :

“Corazon de Jesus ! corazon de Marat ! los dos teneis igual derecho a nuestra veneracion !”

O :

“Jesus era un profeta ; Marat es un Dios !”

O, comparando la rosa blanca de Jericó, bañada en lágrimas de la aurora, con la mancha de Marat :

“María salvó al niño Jesus en Ejipto ; ésta libertó a Marat de la cuchilla de Laffayette !”

Qué oradores ! qué doctrinas !

Con todo, esta locura se producia en medio del vértigo de la revolucion, cuando la fe, i el derecho, i la razon, habian huido de Francia. Eso tiene, al ménos, la disculpa del infierno civil en que se vivia entónces ; pero que medio siglo despues, cuando yá el huracan de la espurgacion habia levantado hasta el último grano de polvo de aquel terremoto

espantoso, se haya escrito aún: “Aunque Marat era materialmente feo, habia ganado con el sufrimiento cierta belleza sombría i amarga; se le hubiera reputado en el baño por un Cristo en el sepulcro!”...\* es cosa que parece esceder la obstinacion de la locura!

.....  
El Marat físico.

Deforme de espíritu, era lo mismo de cuerpo: cabellos grasientos i sin peinar; frente chata como la de la culebra; ojos esquivos i fosforescentes como los del gato; pómulos salidos, pálidos i verdosos; i boca grande, descarnada i contraída. Parecía una pantera descarnada por el hambre. La lepra lo hacia más espantoso aún.

Marat era contrahecho i pequeño; tenia la cabeza demasiado grande i las facciones repulsivas.

Solia llevar zapatos i nó médias; vestia un calzon de ante gastado i una chaqueta de tafetan blanco, raída i mantecosa. Su camisa, desabrochada de ordinario, dejaba ver un pecho vellosos i aceitunado. Sus uñas largas como garras de buitre, estaban siempre ceñidas por una faja azulosa: era la mugre depositada en su corona.

Tál era el Amigo del pueblo!

Cuando Carlota entró, estaba él en el baño, pero el monstruo era infatigable. A pesar de la fiebre que lo devoraba, tenia estendida sobre la tina una tabla a medio cepillar, cubierta de escritos empezados i de algunos diarios que se habia hecho alcanzar.

\* Esquiros.

Al lado derecho habia de pié un tronco de madera, sobre el cual estaba un tintero de plomo, especie de fragua en miniatura, de la cual salian, como de la de Vulcano en otro tiempo, millares de rayos i de centellas. En la pared habia un mapa de la Francia, i un par de pistolas con esta inscripcion al pié :  
**LA MORT !**

El Amigo del pueblo se entretenia en aquel momento en pedir a la Convencion, por medio de una carta, nuevas i nuevas procripciones.

Si lo hubieran visto así, con ese afan i con ese ardor, los *sans-culottes* de su bando, habrian exclamado : ¡ Cómo trabaja por la salud de la Patria !

Carlota entró en la estancia con paso firme, pero con ese temor vago, mui natural, con que se entra en la cueva de un tigre. Quiso ver, pero nada distinguió en el primer momento : la luz que alumbraba allí era de llama sepulcral.

Pasó un segundo.

—Acercaos, dijo Marat : teneis el aire de una buena ciudadana.

Carlota, guiada por la voz, alzó los ojos i vió al enfermo metido en el baño, la cabeza envuelta en una servilleta, las facciones descompuestas por el odio i por la enfermedad, las espaldas i los brazos desnudos, la pluma en la mano, i el leproso cuerpo mal cubierto por una sábana sucia, manchada de tinta.

Carlota dió algunos pasos hácia el baño.

Marat volvió a hablar.

—He recibido vuestras cartas, dijo. Vamos: ¿qué noticias tenemos de Calvados?

—Os interesa ese país, ciudadano?

—Dicen que soi de allí, ciudadana. \*

—Pues bien, en Caen se hacen muchas acusaciones contra vos.

—Qué dicen?

—Que sois un tirano.

—Otros me llaman el *amigo* i el *corazon* del pueblo. ¿Qué más dicen?

—Que habeis hecho con las jentes de Paris lo que se hace con los sabuesos: que les habeis dado sangre caliente, para acostumbrarlos a la matanza.

—Pero debieran decir, tambien, que yo no reparto otra sangre que la de los traidores i la de los nobles.

—Os acusan de haber sido en otro tiempo criado de un aristócrata.

—Entónces no habia estallado aún la revolucion. Pero vamos, ciudadana: si no habeis venido sino a repetirme los insultos que proferien contra mí todos los dias esos pícaros jirondinos, podeis retiraros, porque tengo qué hacer.

—Todas las cosas tienen un principio lógico. Despues de esa relacion de acusaciones, habeis debido preguntarme qué labios las proferian.

—Teneis razon, ciudadana: he sido injusto con vos. Acercaos más, para que pueda oiros mejor.

Carlota obedeció.

\* Despues se ha dicho que Marat no era frances

—¿Decíais, continuó el enfermo, que sabíais qué labios pronunciaban esos insultos?

—Los de Péthion, de Barbaroux, &.<sup>a</sup>

—¿I qué otras cosas hacen esos traidores en Normandía?

—Levas, ciudadano.

—Contra quién?

—Contra la capital.

—I qué más?

—Alientan con sus lenguas de fuego el espíritu federal.

—¡Son unos insignes traidores! Decidme los nombres de los refujiados allá: es preciso que todos vayan al cadalso.

Carlota obedeció. Cuando Marat hubo concluido de tomar la nota deseada, díjole la doncella:

—Tened cuidado, ciudadano! Recordad que Domiciano i Cómmodo, ámbos emperadores romanos, tenían costumbre de escribir en tablillas los nombres de sus víctimas. Eso los perdió.

—Descuidad, ciudadana: por esta vez la cosa no será así.

—Lo creéis?

—Sí. Esos dos emperadores eran dos tiranos: yo soi el Amigo del pueblo, el brazo de la libertad.

—¿Para qué habeis tomado nota de vuestros enemigos? preguntó Carlota, como para afirmarse más en lo que habia oído.

—Para que mueran, yá os lo he dicho. Dentro de poco los haré guillotinar a todos en Paris.

Carlota hizo ademán de avanzar, pero se contuvo.

—Qué teneis, ciudadana? preguntóle Marat. Os he visto estremecer.

—Es que he temblado ante vuestra grandeza.

—Yo no soi sino un instrumento.

—De quién?

—De la Providencia.

—Estais satisfecho de lo que haceis?

—Lo que siento es no hacer más por la salud de la Patria.

—Porqué no haceis más?

—Porque yá estoi viejo, i todos me traicionan.

—Pedid a vuestro Dios que no os abandone.

—Así lo haré.

—Porqué os habeis envejecido tan pronto?

—De pensar. La naturaleza no se envejece así, o no se envejece nunca, porque ella no piensa.

Carlota conocia que debia despachar el asunto que la habia llevado allí; pero entretenia lo más que podia, porque le faltaba valor.

—Gracias por vuestro aviso, ciudadana. Podeis retiraros, porque voi a descansar.

Carlota dió otro paso hácia el baño, i llevó hácia el seno su mano derecha. Esta tropezó con el mango del cuchillo que habia comprado aquella mañana, i su contacto la hizo estremecer nuevamente.

Marat lo volvió a notar, i sentándose en el baño, díjola:

—Estais tan conturbada, que os pareceis a Judith en la tienda de Holofernes.

Aquellas palabras, lanzadas como por un espectro levantado de la tumba, parecieron un buen augurio a Carlota, quien dió al fin el último paso hácia Marat, i le dijo :

—Pues bien, Marat, sí, soi Judith en la tienda del verdugo de Israel !

I clavó su puñal, hasta el mango, en el corazón del Amigo del pueblo.

—A mí, mi querida amiga ! dijo el tribuno llamando a su mujer, i se hundió en el agua hasta la garganta.

La sábana en que estaba envuelto rodó hasta el suelo, i la tina se cubrió de un oscuro color de púrpura : era su sangre, la cual inundó el pavimento, donde habia muchos números del periódico titulado *El Amigo del Pueblo*.

Marat habia muerto. Franquelin habia dicho bién : los partidos vencidos se vengan con una puñalada.

Siglos atras tambien habia perecido otro hombre en un baño caliente ; pero ese hombre era Séneca, i sobre sus sienes brillaba la aureola de la virtud. Sobre la desgrefñada cabeza de Marat no habia otra aureola que la del vicio.

Carlota, como estasiada en su obra, no se movió, i se puso tan pálida, que parecia una estatua de mármol.

Ejecutado el hecho, puso tranquilamente su puñal sobre la tabla que habia servido a Marat para escribir sus listas de muerte i de proscripcion.

Todo fué obra de unos minutos.

Pero ¿quién era aquel hombre que habia sido preciso matar para vencer? ¿Tenia ese hombre calenturiento i asqueroso algun poder sobre la noble i valiente nacion francesa?

Sí! Marat era en aquellos momentos el rei de Paris. Corazon de la multitud ciega, él hablaba, escribia i obraba por ella. Vivía con los carniceros i las mujeres de la ínfima sociedad; habitaba en los subterráneos, desde donde lanzaba continuamente al público sus periódicos incendiarios; i como era el más vulgar i sanguinario de los revoltosos de 93, se habia conquistado entre el populacho un puesto de admiracion. Como tribuno de la plebe, habia probado todas las amarguras i los deleites de la política. Ora se le perseguia de muerte hasta en sus guaridas; ora se le paseaba en hombros por las calles de la ciudad, i se le proclamaba *Amigo del pueblo, grande hombre, sacerdote, Dios!*

Una palabra suya en la tribuna de las arengas, imprimia un nuevo movimiento a la revolucion. Un jesto suyo en el foro producía la caída de la Bastilla, tres dias de barricadas i de metralla, un viaje a Versalles al toque de guerra, o una retirada del pueblo al Aventino frances.

Los jirondinos representaban la revolucion de la *idea*; los montañeses la representaban en el *hecho*. Marat, jefe del populacho, era la representacion del *terror*.

Hé ahí las causas que produjeron su muerte. El fanatismo político acababa de arrastrar

a Carlota Corday hasta el fondo del crimen... Años despues la historia ha pronunciado su veredicto imparcial. De Marat ha dicho :— “Fué un tigre furtivamente injerido en la especie humana, e instalado con el derecho de ciudadano en el órden social.”

A Carlota la llamó Lamartine el *Anjel del asesinato*; empero ese juicio es la voz de la poesía sentimental, i nó la de la historia. La de ésta hai que oirla de los labios de Luis Blanc cuando dijo : “El asesinato es al mismo tiempo una falta i un crimen... ¿Quién, sin ser en extremo osado, podrá atribuirse el derecho de colocarse sólo i por sí mismo, ya como vengador de la libertad, ya como director del destino, en el lugar del pueblo o de la historia? Una puñalada no es más que una usurpacion. Además, ¿en dónde está, por otra parte, el poder de ejercer este derecho monstruoso? Qué! ¿es permitido por ventura, al primer desocupado, cambiar el curso histórico de las cosas con solo levantar el brazo? Ese hombre que pasa por la calle, ¿puede con solo tirar del gatillo de una pistola divertirse en conmover el mundo?..... Nó, las cosas no pasan así. El que se imagina destruir la tiranía matando al tirano, no comete sino un error. Cuando el mal existe, existe en el fondo de las cosas. El mal no existe porque alguno lo represente; al contrario, hai quien lo represente, precisamente porque existe. Desgraciado! habeis apuña- leado a César; pero César va aparecer más temible en Octavio! Habeis obligado a Neron

a darse la muerte ; pero no podreis escaparos de Vitelio ! Marat perece ahogado en su sangre ; mas ved ahí a Herbert que se levanta !” \*

Al grito de “ socorro ” lanzado por los labios del moribundo tribuno, entraron en el lugar de la escena Lorenzo Basse, obrero de imprenta, i la mujer de aquél ; pero no pudiendo prestarle yá ningun favor, Catalina prorumpió en gritos horribles, i el impresor, que vió a Carlota i comprendió lo que habia pasado, levantó una silla i se la arrojó en la cabeza con tal violencia, que la derribó.

— Bien, dijo ésta al caer : empiece de una vez mi martirio !

Michon Delajondée, cirujano dentista, locatario principal de la casa, oyó el ruido i bajó apresurado. Entró en la pieza i trató de prestar algun auxilio a Marat, aplicándole una compresa sobre la herida, de la cual brotaba aún la sangre en una pluma de más de una pulgada de espesor ; pero como las arterias hubiesen dejado de latir, mandó a buscar al doctor Pellétan, miembro del Consejo de sanidad. En el ínterin, hizo conducir a Marat a su lecho. Allí se reanimó éste por un momento, pues dejó escapar un suspiro sordo, i sus ojos, casi apagados, lanzaron a su mujer una mirada sin fuerza. Luégo terminó todo.

Divulgado el hecho, la casa del Amigo del

\* El abate Corday, tio de Carlota, que murió siendo párroco de Couliboeuf, cerca de Falaise, i que nunca quiso prestar el juramento cívico, no veía en su sobrina sino una nueva Judith.

pueblo se llenó de jente, i poco despues la calle i el barrio. Hubo un tumulto inmenso. Al grito fúnebre de *¡Marat ha muerto!* acudieron los soldados de los cuarteles vecinos, los guardias nacionales, los Diputados, i muchos médicos i cirujanos.

Toda la ciudad, de un millon de habitantes, vino a llorar sobre el cadáver de su héroe.

Jamas, ni aun en la muerte de César, se habia notado tan grande consternacion pública.

Pasado el aturdimiento que le causó el golpe, Carlota se puso de pié con mucha tranquilidad. Entónces le ataron las manos i se la insultó.

—Imbéciles! dijo: me cubrís de oprobio, i debiérais levantarme un altar.

Poco despues entraron los enviados de los Comités de Seguridad jeneral i de Salud pública, e interrogaron a Carlota sobre el motivo que habia tenido para asesinar a Marat. Ella respondió simplemente:

—Viendo que la guerra civil se encendia en Francia, i persuadida de que Marat era el principal autor de ella, he querido sacrificar mi vida por salvar la Patria.

El pueblo, furioso, continuaba bramando en las habitaciones i en los patios de la casa de Marat, i pedia le dejasen despedazar a la asesina. Carlota nada respondió a los improperios que le fueron dirigidos por las jentes más soeces de Paris, i parecia resignada a que la sacrificasen sin pronunciar una palabra.

Las más exaltadas eran Catalina, *viuda*

del gran ciudadano, i María Bárbara. Estas eran las más allegadas al mártir.

De repente se adelantó de en medio del concurso un peluquero, llamado Langlois, quien recojió el cuchillo ensangrentado con que se habia cometido el delito, i pronunció el discurso fúnebre del caso, en tanto que agitaba aquél en los aires, como un símbolo de venganza i de duelo.

Langlois decia entre jestos ridículos i amagando clavar el puñal en el pecho tranquilo de Carlota :

—“Llorad, discípulos ! El maestro ha sido herido de muerte por esta prostituta, quien no pudiendo corromperlo, lo ha asesinado ! Yá Israel no tiene *Dios* ! . . . . yá el pueblo no tiene *amigo*, ni la Francia *jenio* que la represente ! . . . . La humanidad se ha quedado sin apóstol ! Corazon de Marat, ten piedad de nosotros ! Brazo de Moises, libra a tu pueblo desde el otro lado del sepulcro ! Pero nó ! Marat no ha muerto : Marat no ha hecho sino subir al cielo, como en otro tiempo el hijo de Silvia, entre los rayos i la majestad de Júpiter.”

El pueblo respondió con lamentos, como si hubiera sido verdad lo que se le decia.

## X

### EL PROCESO.

De todas partes llegaban las autoridades revolucionarias, revestidas con la banda tricolor. El Concejo municipal estaba reunido,

las campanas doblaban en todos los barrios, i el cañon de alarma sobrepasaba todos los lamentos i todos los ruidos, trueno propio de aquella tempestad de delirio i de lágrimas.

Los Diputados volvian a la Convencion, despues de confirmado el suceso, pálidos i desencajados. Hubo quienes quisiesen suicidarse, como en otros tiempos Bruto i Caton, pues veían la Patria perdida; i aun se habló de algun Numerio Atico, quien juró haber visto subir a Marat al cielo, resplandeciente de hermosura i de gloria republicanas.

Las mujeres lloraban en las calles, se arrancaban los cabellos i se desgarraban las vestiduras. Todo Paris presentaba el aspecto de una ciudad de Occidente amenazada de saqueo i de fuego por Alarico.

Henriot se presentó en la Convencion, i dijo:

—“Temblad, hijos de la República! Marat ha muerto! Lo ha asesinado una jóven sacrílega.... Vijilad i temed a las cintas verdes!... Os conjuro para que vengüemos a tan grande hombre!”

Despues de cometido el delito, Carlota fué conducida a la Abadía, que era la prision más inmediata. Para eso la hicieron subir en un coche; mas todo fué verla el populacho, i se le echó encima para despedazarla. La infeliz, creyendo llegada su hora postrera, se desmayó, i los fusileros tuvieron que hacerle pabellon con sus bayonetas, para preservarla del peligro.

—Qué vais a hacer? Esperad el fallo de la

lei ! gritaron a la multitud los diputados Chabot i Legendre.

La multitud se apartó ruiendo.

Carlota volvió en sí un momento despues, i murmuró un nombre.

—La arpía, la ramera, ha pronunciado un nombre ! dijo una furibunda ciudadana.

—Sí, dijo Carlota, i la volvió a mirar llena de majestad i de dulzura : he pronunciado el nombre de *Dios*.

Uno de los de la multitud gritó entónces :

—Callad, impía ! No habia más Dios que Marat, i lo habeis muerto.

I nuevos sollozos se dejaron oír.

—Entregadme a esas fieras, que rujen porque no pueden devorarme, dijo Carlota : yo no he pensado nunca, en esquivarles mi sangre.

Era casi imposible que el coche marchase : de la calle de los franciscanos a la Abadía estaba obstruido el paso por jentes de todas clases, i por cuerpos de tropa. El carro parecia una onda dormida que se tarda en rodar, i sobre esa onda, casi inmoble, Carlota de pié, con los brazos atados i rodeada de sayones, se asemejaba, en mucho, a la Vénus de los chipriotas naciendo del mar, pero rodeada de monstruos i delfines.

Al fin fué encarcelada, i se dió principio a la indagatoria.

Al dia siguiente se dió sepultura a Marat.

Pero estaba escrito que hasta el cadáver de ese hombre debia ser causa de ajitacion i de controversia. Disputábanse el cuerpo los

montañeses, los jacobinos i los franciscanos. Al fin triunfaron éstos, quienes decian haber sido los primeros en comprenderlo i admirarlo, pues fué decretado que se le diera sepultura en el jardin de su iglesia i bajo los árboles en donde acostumbraba leer su periódico al pueblo.

Los jacobinos echaron sobre su busto un laurel i un crespon.

La Convencion, reunida desde temprano, tenia la apariencia de un congreso de difuntos : rostros pálidos, párpados plegados, consternacion jeneral. Su presidente se puso de pié despues de abierta la sesion, i dijo en medio de un silencio profundo :

—Marat no existe !

A este anuncio terrible, la Asamblea se estremeció toda, i un segundo despues tronó la tribuna con la elocuencia de los oradores que lamentaban, a nombre de la Patria, pérdida tan grande !

Desde por la tarde el cuerpo de Marat, embalsamado, fué exhibido en la iglesia de los franciscanos. Un concurso inmenso llenaba el templo. A él habian sido llevados el baño, la sábana i la camisa que le habian servido de galas mortuorias. Habian sido encendidos pocos blandones, como para dar al espectáculo el mayor tinte posible de melancolía. Al pié de los altares i en los rincones lloraban las mujeres a média voz.

Esta escena duró varios dias, como en otro tiempo las fiestas de triunfo de los conquistadores romanos... Se creía que Marat estaba

triunfante en su ataúd, como un mártir sobre su pira !

Las secciones i los empleados fueron en corporacion a echar flores sobre su féretro !...

Jamas la elocuencia compunjida se ostentó tan recargada de ornatos i de exajeracion, como aquella vez en torno al cenotafio del que se decia el *Amigo del pueblo*.

Parecia que la Francia toda, la Francia en lo que tenia de más grande i sensible, se habia dado cita para hacer el funeral de su propia revolucion.

Segun la voz de la historia, Marat al tiempo de morir no tenia sino cinco francos en *asignados* \* por todo capital ; i para corresponder a aquella pobreza admirable, la nacion gastó en las exequias de su héroe 5,608 libras, 2 sueldos i 8 dineros !

Se llamó a Catalina Evrard *su noble viuda*, i se mandó mantenerla a espensas de la Patria !

El busto de Marat fué puesto en todos los parajes i en las salas de todas las corporaciones ; i se repartieron estampas al público, en que se representaban dos corazones unidos, con esta inscripcion impía, al pié de ellos : *Corazon de Marat, corazon de Jesus, tened compasion de nosotros !*

Sinembargo, el muerto no era un dios, ni un rei, ni un jeneral, ni un profeta, ni un héroe. No era sino un demagogo, un terrorista !

Empero los tiempos cambiaron, como te-

\* Papel moneda completamente desacreditado.

nian que cambiar, i los restos de Marat pasaron del jardin de los franciscanos al Panteon, de donde fueron sacados luégo para ser arrojados a las Jemonías !

Un pueblo no puede ser loco toda su vida. Pero volvamos a donde Carlota.

Los primeros momentos de soledad de que ésta pudo disponer en su prision, los consagró a dos pensamientos : el uno lleno de ternura filial, el otro lleno de ternura de amor. Queremos decir que recordó a su padre i a Franquelin. De éste dijo :

—Estoi segura de que envidiará mi gloria.

Despues pensó en su tia, la sexajenaria señora de Bretteville Gouville, en la señora de Belzunce, su maestra i su amiga, i en Eleonora.

En cuanto a sus amigos que habían perecido yá, díjose sonriendo :

—Iré yo misma a verlos i a contarles los hechos !

En seguida cojió una pluma i escribió :

“ Gustavo—Me debeis alguna cosa i es preciso cobrárosela. Mis jueces dicen que debo  
“ nombrar un defensor, i os he nombrado a  
“ vos. ¿Os acordais de lo que me prometísteis  
“ aquella noche en la Abadía de las Damas,  
“ en cambio de bailar una pieza ? Pues bien,  
“ pagadme : sed mi defensor ante el Tribunal  
“ revolucionario ; esto es, ante el tribunal  
“ creado por Marat mismo.....

“ Creo que os cobro más de lo que os dí ;  
“ pero recordad que han pasado algunos años,  
“ i que os dije : *El favor que yo debo exigir de*

“ vos, dejad que el tiempo lo determine... Creo  
“ que sea cual fuere su magnitud, no vacila-  
“ reis en prestármelo.—Podeis estar segura,  
“ me respondísteis, Gustavo. En efecto, lo  
“ estoi, i por eso os escribo i os espero.

“ Parece innecesario advertiros que deseo  
“ ser defendida como Bruto delante del ca-  
“ dáver de César.—CARLOTA.”

Terminada la carta, se acostó i durmió algunas horas. Al despertar, pensó en Franquelin. Qué seria de él? Habria muerto luchando por la libertad? Viviria?...

Quando el primer rayo de luz entró por las rejas de su calabozo, exclamó:

—¿I porqué no viene él sobre ese rayo, a contar los últimos latidos de mi corazón? ¿Puede, acaso, más la luz que el amor?.... Ambos son hijos del cielo!

I la pobre fascinada se puso a esperar, como si ciertamente Franquelin hubiera de entrar en su calabozo como habia entrado el dia.

Luégo cantó una ave en el campanario vecino, i Carlota dijo:

—Es Franquelin que me llama! I se lanzó hácia la reja; la que no pudo ni alcanzó a tocar. El fanatismo político habia huido de aquella alma con el asesinato, para dar lugar al fanatismo del amor. La diosa se habia convertido en mujer.

Despues añadió:

—Pobre Franquelin! Me ha dado una cita para Caen despues de la victoria, i yo le he respondido que para el cielo despues del mar-

*tirio*. . . . El no sabia lo que yo meditaba. De todos modos, no me arrepiento. . . . He cumplido un deber para con mi patria, i he sacado a mi familia de la oscuridad . . . . Donde vaya el nombre de Marat, allí irá el mio, como el de un jenio bueno que persigue i estermina a un jenio malo. . . . Pero se tarda Franquelin !. . . .

El ave a poco rato volvió a cantar, i a Carlota pareció que la decia :

“ Yo soi la hija del aire i de la armonía ;  
“ he perdido al ave mi compañera, a la que  
“ los otros pájaros han visto pasar con el  
“ dorado plumaje manchado de sangre. . . .  
“ ¿ Quién te ha herido ? a quién has herido  
“ tú ? . . . . Ven, huyamos ! los cazadores nos  
“ persiguen, vámonos al bosque. En el bos-  
“ que abundan las enramadas i las fuentes. . .  
“ te bañaré las alitas i te ocultaré entre el  
“ follaje.”

— Franquelin ! Franquelin ! gritó entusiasmada la infeliz, i segunda vez fué a estrellar su frente contra los muros de la prision.

Así pasaron el 14, el 15 i el 16 de julio ; esto es, entre oraciones, cartas, recuerdos, interrogatorios, amor, deliquio, exaltacion patriótica. . . . entre todos los grandes sentimientos que pueden ajitar una alma capaz de comprenderlos, pero llevados al estremo del entusiasmo i de la fiebre.

El 15 escribió al Comité de Seguridad jeneral en los términos siguientes :

“ Julio 15 de 1793.

“ Ciudadanos que componéis el Comité de Seguridad  
“ jeneral.

“ Puesto que aún me quedan algunos ins-  
“ tantes de vida, ¿ podría esperar de vosotros  
“ el que me permitiéseis retratarme? Yo qui-  
“ siera dejar mi retrato a mis amigos. Por  
“ otra parte, así como se quiere la imájen de  
“ los buenos ciudadanos, la curiosidad hace  
“ algunas veces buscar la de los grandes cri-  
“ minales, lo que sirve para perpetuar el ho-  
“ rror de sus crímenes. Si os dignais prestar  
“ atencion a mi súplica, enviadme mañana  
“ un pintor en miniatura. Os suplico igual-  
“ mente el que me permitais dormir sola.  
“ Oigo con frecuencia pedir a gritos en la  
“ calle la prision de Fauchet, como cómplice  
“ mio. Yo no lo he visto más que una vez,  
“ desde una ventana, i de eso hace yá dos  
“ años. Yo no lo quiero ni lo estimo. Me pa-  
“ rece una imajinacion exaltada i un carácter  
“ débil. Habria sido el último hombre del  
“ mundo a quien yo hubiera confiado mi pro-  
“ yecto. Si esta declaracion puede servirle,  
“ ella es la verdad—CARLOTA CORDAY.”

El 16 escribió a Barbaroux, como se lo ha-  
bia ofrecido en Caen, una carta, de la cual  
extractamos lo siguiente :

..... “ Lo creereis? Fauchet está preso co-  
“ mo cómplice mio, cuando él ignoraba hasta  
“ mi existencia; pero parece que no se con-  
“ tentan con ofrecer solo una pobre mujer a  
“ los manes del *grande hombre*. Perdonad  
“ ¡ oh humanos! esta palabra que deshonra

“ vuestra especie : Marat no era sino una bes-  
“ tia feroz, que iba a devorar a la Francia con  
“ el fuego de la guerra civil. Sinembargo,  
“ ahora *vive la paz*, i, gracias al cielo, él no  
“ ha nacido en el país. Cuatro miembros se  
“ encontraban en mi primer interrogatorio.  
“ Chabot tenia el aire de un loco ; Legendre  
“ queria a todo trance haberme visto la ma-  
“ ñana del acontecimiento en su casa, cuan-  
“ do yo nunca he pensado en él, ni nunca he  
“ creido que tenga los medios bastantes para  
“ ser el tirano de su país. Todos los que me  
“ han visto por la primera vez, pretenden co-  
“ nocerme desde tiempo atras. Creo que se  
“ han repartido impresas las últimas pala-  
“ bras de Marat, pero dudo que haya pronun-  
“ ciado algunas. Mas, ved aquí las últimas  
“ que él me dijo, despues de haber escrito  
“ vuestros nombres i todos los de los adminis-  
“ tradores de Calvados que están en Evreux:  
“ *‘Pronto los haré guillotinar en Paris.’* Esas  
“ frases decidieron de su suerte. Si el Depar-  
“ tamento pone su retrato frente con frente  
“ del de St. Fargeau, seria bueno grabarle  
“ esas palabras en letras de oro. Yo no os daré  
“ detalles sobre este grande acontecimiento :  
“ de ello hablarán los periódicos. Os diré  
“ solo que lo que me decidió por completo,  
“ fué el valor con que nuestros voluntarios  
“ se enrolaron el domingo 7 de julio : vos  
“ debeis recordar cómo estaba yo de encan-  
“ tada ese dia. Además, yo queria hacer  
“ arrepentir a Péthion de las sospechas que  
“ él habia manifestado sobre mis sentimien-

“ tos. El me preguntó si yo queria que no  
“ partiesen. Yo pensaba en que todos esos  
“ valientes venian por la cabeza de un sólo  
“ hombre; i bien fuese que no hubieran lo-  
“ grado su intento, o bien que hubiese cos-  
“ tado la vida de muchos buenos ciudadanos,  
“ Marat no merecia tanto honor: bastaba la  
“ mano de una mujer. Confieso que he em-  
“ pleado un artificio pérfido para hacerme  
“ recibir, mas todos los medios son buenos  
“ en circunstancias como las en que nos ha-  
“ llábamos. Al salir de Caen, yo creía po-  
“ derlo sacrificar en la cima misma de la  
“ Montaña; pero él no iba yá a la Conven-  
“ cion. Una imaginacion viva i un corazon  
“ sensible prometen una vida bien tempes-  
“ tuosa, i por esto ruego a los que tengan  
“ piedad de mí que me digan si no gozan de  
“ verme disfrutar del reposo en los Campos  
“ Elíseos, al lado de Bruto i de otros anti-  
“ guos. Para los modernos hai pocos verda-  
“ deros patriotas que sepan morir por su país,  
“ pues hoi es todo egoísmo. ¡ Qué triste base  
“ para fundar una República! Hai que fun-  
“ dar al ménos la paz: el Gobierno seguirá  
“ como pueda. Por lo pronto no será la Mon-  
“ taña la que reine en Francia.... Yo estoi  
“ lo mejor posible en mi prision: mis carce-  
“ leros son de los ménos malos. Se me han  
“ dado soldados para preservarme del fasti-  
“ dio: esto es bueno por el dia, pero malo  
“ por la noche. Me he quejado de esta in-  
“ decencia al Comité, que ha creido el caso  
“ poco digno de su atencion.... Creo que és-

“ta es cosa de Chabot, capuchino que puede  
“tener sus ideas.... Gasto el tiempo en es-  
“cribir canciones.

.....  
“Como hai necesidad de un defensor, yo  
“tomaré el mio en la Montaña misma : será  
“Gustavo Doulcet ; i como imagino que é  
“rehusará este honor, me inquieto poco, pues  
“tomaré a Robespierre o a Chabot....

“Mañana a las ocho se me juzga, i es pro-  
“bable que a la una yá *habré vivido*, para  
“hablar el lenguaje romano. Se debe creer  
“en el valor de los habitantes de Calvados,  
“puesto que las mujeres mismas son capaces  
“de firmeza.... Yo no pido a mis amigos sino  
“un pronto olvido : la afliccion deshonoraria  
“mi memoria. Decid al jeneral Wimpfen  
“que creo haberle ayudado a ganar más de  
“una batalla, facilitándole la paz.... Los  
“prisioneros de la Conserjería, léjos de in-  
“juriarme como los de las calles, tienen el  
“aire de compadecerme : la desgracia lo ha-  
“ce a uno compasivo. Esta es mi última  
“reflexion.”

Esta carta era del mártes 16 a las ocho de la noche, i estaba dirigida al ciudadano Barbaroux, diputado a la Convencion nacional, refugiado en Caen, calle de Carmes, hotel de la Independencia.

Algunos romanceros han supuesto que Carlota estaba enamorada de Barbaroux ; pero esto carece absolutamente de fundamento. No consta que este jirondino hiciese mucho aprecio de Carlota ; i si ésta se dirigió a él

despues del siniestro, fué como a un hombre de talento i de nombradía. Lo habia escojido como su intermediario para promulgar su hazaña ; nada más.

Ese mismo dia escribió a su padre lo que sigue :

“ A. M. de Corday de Armont, calle del Begle en  
“ Argentan.

“ Perdonad, querido papá, el que haya dis-  
“ puesto de mi existencia sin vuestro permi-  
“ so. He vengado muchas inocentes víctimas  
“ i prevenido muchos desastres. El pueblo,  
“ desengañado un dia, se regocijará de ha-  
“ berse librado de un tirano. Si yo traté de  
“ persuadiros que iba a Inglaterra, fué por-  
“ que queria guardar el incógnito, lo que  
“ me fué imposible. Creo que no os moles-  
“ tarán, pero en todo caso os sobrarán defen-  
“ sores en Caen. He suplicado a Gustavo  
“ Doulcet el que me defienda; pero esto es por  
“ mera fórmula, pues mi atentado no tiene  
“ defensa. Adios, mi querido papá. Os su-  
“ plico que me olvidéis, o, mejor dicho, que  
“ os regocijeis de mi suerte, pues la causa  
“ merece la pena. Abrazo a mi hermana, a la  
“ que amo con todo mi corazon, lo mismo  
“ que a todos mis parientes. No olvidéis este  
“ verso de Corneille :

Le crime fait la honte, et non pas l'échafaud.

“ CARLOTA.”

Esta carta fué escrita en el calabozo que habia servido a Brissot, *el segundo dia de la*

*preparacion de la paz* ; esto es, el segundo dia de la muerte de Marat.

Táles eran las convicciones de Carlota.

Tambien pensó ésta, escribir sus últimos pensamientos a Franquelin. Pero ¿ cómo hacer llegar su carta hasta él ? ¿ a quién confiársela ?.... Además, decia Carlota :—Los ensueños son los únicos medios de comunicacion entre los amantes.

Esta hermana de Scevola i de Bruto conservaba como ellos su serenidad hasta en las circunstancias más estremas. Un dia en que la habian atado mui fuertemente los verdugos, se volvió hácia ellos i les dijo :

— Si os fuera indiferente el no hacerme padecer ántes del suplicio, os rogaria que me permitiéseis correrme las mangas o ponerme los guantes.

Los sayones se compadecieron del infortunio, i le aflojaron las ligaduras.

Quando procedieron a ésculcarla, le hallaron : la llave de su maleta, un dedal de plata, algunos útiles de costura, doscientos francos en asignados i en metálico ( era más rica que Marat ), un reloj de oro i un pasaporte.

Tambien le hallaron en el seno, i prendido con un alfiler, un papel doblado en cuatro. Era su proclama a los amigos de la paz, que la vírjen llevaba sobre su corazon como para comunicarle todo el fuego patriótico que ardia en él.

Paréce que durante esta operacion el revolucionario Chabot, ex-capuchino, manifestó intentos de quedarse con el reloj.

—Es raro este deseo, dijo Carlota con una agudeza digna de Marcial: yo creía que los capuchinos hacían voto de pobreza.

También se le encontró la funda del cuchillo comprado en el Palacio Real.

Finalmente, el 17 de julio, cerca de las ocho de la mañana, se presentó el carcelero Richard en su calabozo. La habían trasladado a la Conserjería.

—Yá? dijo Carlota con un valor extraordinario.

Ese *yá* equivalía a esta pregunta: ¿ha sonado mi hora?

Richard lo comprendió así, i le respondió:

—Nó: vengo únicamente a conducirlos ante el Tribunal revolucionario.

—Más juicios aún? Creo que no he negado nada.

—Sin embargo, es de necesidad.

—Pues vamos, dijo Carlota, cerrando su Plutarco i levantándose con disgusto: estoy harta de jueces i de interrogatorios.

—I bien, dijo Richard, ¿no teneis nada que recomendarme? Los que van a morir, siempre tienen algo que pedir.

—Sí: quisiera almorzar con vos i con la señora Richard, a la vuelta del tribunal.

—Gracias, dijo el carcelero lleno de asombro por aquel estoicismo: será como lo deseais.

—Lo hago porque habeis sido bueno conmigo....

Quedóse un poco pensativa i luégo añadió:

—Los criminales, señor Richard, *los cri-*

*minales* ( Carlota acentuó esta palabra con amargura i con desden ) tambien tenemos agradecimiento i corazon, i vos habeis sido bueno conmigo.... Ojalá pudiera hacer lo mismo con los que jimen en esta prision.

—Porqué ?

—Porque son los únicos que se han compadecido de mí en todo Paris, i no me han insultado.

Los guardias rodearon a Carlota i la condujeron al tribunal.

El Tribunal revolucionario tenia sus salas en el Palacio de justicia, encima de la Conserjería, i se iba a ellas, desde los calabozos, por una escalera angosta i sombría.

A pesar de ser temprano, el recinto del tribunal i todos los lugares contiguos estaban ocupados por un jentío inmenso.

Cuando se sintió el ruido que hacia Carlota al subir la escalera, i al presentarse ante sus jueces, la multitud airada lanzó un rujido terrible, semejante al primer grito de la tempestad.

Carlota lo comprendió así, pero no se inmutó.

Se habia dicho que era una mujer desgredada, flaca, lívida i azotada por el vicio ; así fué que cuando atravesó los salones con paso tranquilo i fué a sentarse en el duro banco de los acusados, i cuando todos la vieron tan fresca i tan linda, serena como una cristiana antigua delante de Neron, yá no fué un rujido, sino un murmullo de sorpresa, lo que se dejó oír entre la multitud. Hubo una re-

accion, pues, en los espíritus, ¡yá no se quiso la condenacion de la que tres dias ántes hubieran despedazado con rabia.

¿Era la fascinacion de la hermosura i de la juventud, o el prestigio del valor?.... ¿Qué era?

Montaner mismo, presidente del Tribunal, concibió el pensamiento de salvarla.

Fouquier Thinville desempeñaba el cargo de fiscal.

Los acusadores i testigos eran: Catalina Evrard, la *viuda*; Lorenzo Basse, plegador de impresos; Juana Maréchal, cocinera; María Bárbara Aubin, portera; la señora Gaudier, posadera, i otros intrusos, que Carlota desmitió con desprecio.

Toda esta jente ocupaba sus puestos respectivos con aspecto severo. Solo Catalina Evrard importunaba de cuándo en cuándo con sus sollozos i sus lamentaciones, por la pérdida de *su esposo*.

El presidente dijo en medio de un silencio profundo:

—Acusada, teneis derecho de nombrar un defensor: ¿lo habeis nombrado?

—Sí, dijo Carlota con una voz sonora, que se partió en los oídos de los concurrentes como una nota musical; pero no lo veo aquí.

I poniéndose de pié, dominó el concurso con una mirada.

—Su nombre? preguntó el presidente.

—Gustavo Doulcet de Pontécoulant.

El presidente hizo repetir este nombre en alto por un ministril, pero Gustavo no se pre-

sentó a aquel llamamiento de una desgraciada delante de sus jueces.

—Nunca lo hubiera creído, dijo Carlota para sí con una amargura tan profunda, que casi le brotaron las lágrimas. Era la primera decepcion que sufría, pues Gustavo era su amigo desde la infancia. Estuvo por exclamar como el vencedor en Farsalia: *Tú tambien, hijo mio!*

Mas, temiendo que lo que pasaba en su interior fuera mal interpretado, añadió en voz alta:

—Tal vez el señor de Pontécoulant haya tenido miedo. Nombradme por defensor a Chabot, o a Robespierre: todo me es igual.

La multitud quedó admirada de tal audacia: eso equivalía a pedir el cadalso.

Montanier miró en torno de sí, i dijo:

—Señor Chauveau Lagarde, servíos ser defensor de oficio de la acusada.

Este jóven (despues célebre en la defensa de María Antonieta), que se hallaba allí de simple espectador, entró en el recinto i fué a sentarse junto de Cartola.

Hubo entónces una pausa solemne.

## XI

### LA DEFENSA.

Despues de la declaracion de Catalina, la que espuso fielmente lo que le constaba del asunto, dijo Carlota:

—Todo es verdad: yo soi quien ha matado a Marat. Pensé inmolarlo sobre la cima de la Montaña; i si hubiera creído el éxito favo-

rable, habria preferido ese punto a cualquiera otro, pues habria sido en el instante víctima del furor del pueblo, i se habria ignorado mi nombre, pues mi familia creía que yo estaba en Lóndres.

Esta paladina confesion pasmó de asombro al tribunal i a la multitud.

El presidente dijo :

—¿Quién os indujo a cometer este asesinato ?

—Sus crímenes.

—¿Qué llamais los crímenes del ciudadano Marat ?

—Las desgracias que ha causado a la Francia desde el principio de la revolucion.

—¿Quiénes son vuestros cómplices ?

—Yo no tengo cómplices : concebí la idea i la ejecuté sin contar con nadie.

Lorenzo Basse declaró :—Que hallándose ocupado en plegar los números del diario de Marat, oyó que éste decia desde el baño : “Socorro ! socorro !” por lo cual corrió en su ayuda ; i para que la asesina no pudiese escapar, habia obstruido la puerta con sillas, i aun le habia dado un silletazo en la cabeza.

—Es cierto el hecho, observó Carlota.

Juana Maréchal declaró :—Que habiendo corrido, al ruido, hácia donde se hallaba Marat, lo habia encontrado con los ojos abiertos i meneando la lengua, pero sin poder proferir palabra.

—Es la verdad, volvió a observar Carlota.

María Bárbara Aubin declaró :—Que habiendo acudido a las voces de Catalina, de Lo-

renzo i de Juana, habia encontrado espirando a Marat, i habia pedido socorro a las guardias vecinas.

Carlota dijo :—La declaracion es de la mayor exactitud.

La señora Gaulier declaró :—Que Carlota habia llegado a su posada el 13, cerca de medio dia ; que el diputado Lauze Duperret habia estado a verla ; i la respuesta que Carlota le habia dado cuando ella le habia preguntado si era cierto que de Caen iba a salir fuerza armada contra la capital, concebida en estos términos : “ Yo me hallaba en la plaza de Caen el dia en que tocaron jenerala para venir sobre Paris, i ni siquiera habia treinta personas.”

El presidente preguntó :

—¿ Porqué dijísteis eso a vuestra huéspeda ?

—Para disfrazarle mis sentimientos i no hacerme sospechosa, pues en Caen habia ese dia más de treinta mil combatientes.

Movimiento de sorpresa en los circunstantes.

El presidente siguió preguntando :

—¿ En qué estado se halla ahora la ciudad de Caen ?

—Hai en ella un Comité central de todos los Departamentos, que ha aceptado el plan de marchar sobre Paris.

—¿ Qué hacen los diputados fujitivos ?

—Hacen votos por que termine la anarquía.

—¿ Qué diputados hai allí ?

—La Riviére, Kervelegan, Guadet, Lanjuinais, Barbaroux, Buzot, Valady i otros....

Yá Marat habia tomado nota de ellos, i habia prometido hacerlos morir.

—¿Supo Barbaroux vuestro proyecto?

—Nó.

—¿Quién os dijo que en Paris reinaba la anarquía?

—Lo sabia por los diarios.

—¿Qué diarios leíais vos?

—El *Perlet*, el *Correo Frances* i el *Correo Universal*.

—¿Teníais vos amistad con los refujiados en Caen?

—Nó; pero hablaba con ellos sobre las desgracias de la Patria.

—¿I en qué más se ocupaban esos hombres?

—En hacer canciones i proclamas para despertar el entusiasmo popular.

—¿I qué dicen de Robespierre i de Danton?

—Que son dos tiranos que deben reemplazar a Marat, si no hai quien siga mi ejemplo.

Movimiento de admiracion en la multitud.

—¿Quién os dió las señas de la casa de Marat?

—Un cochero.

—No fué Duperret?

—Nó.

—¿Quién era vuestro confesor en Caen: un cura juramentado, o no juramentado?

—Hace algun tiempo que no tengo más confesor que Dios.

—¿No teneis amores con algun jiron-dino?

Carlotase puso lívida, i dijo:

—El señor presidente debiera respetarme, i respetarse.

Algunas voces :

—Dice bién ! dice bién !

La dignidad i la hermosura triunfaban.

El presidente ajitó la campanilla.

—¿ Quién os dió pasaporte para venir a Paris ?

—Lo tenia hace tres meses.

—¿ I de véras creíais que Marat era un criminal ?

—Lo creia un hombre que hacia de la anarquía una necesidad para la Francia, a fin de enseñorearse del poder. Semejante a las hojas secas, él amaba el huracan para alzarse i triunfar.

—¿ I es por eso por lo que lo habeis asesinado ?

—Sí, porque muriendo él se libertaban cien mil !

—¿ Desde cuándo sois republicana ?

—Desde ántes de la revolucion ; pero nunca he sido republicana sangrienta i de la mitad de la calle, como los hombres de la Montaña.

—Parece que teneis un carácter enérgico.

—Tengo el valor de mis hechos i de mis palabras.

—Para dar un golpe tan certero como el que habeis dado al ciudadano Marat, ¿ os ejercitásteis de antemano ?

—Infeliz ! me tomáis por una asesina de oficio !

—Sinembargo, habeis dirigido el golpe al

traves, i nó a lo largo, lo que prueba una gran versacion en el uso del arma.

—Yo no he dirigido ese golpe.

—¿Quién pues lo ha dirigido?

—La mano de Dios!

Despues de esto, tocó su turno al ex-obispo Eladio Fauchet, supuesto cómplice de Carlota, el cual dijo:—Que jamas habia visto hasta entónces a la acusada, i que por consiguiente no habia podido acompañarla como se decia.

Carlota agregó:—Es verdad; i nunca habria ido yo a ninguna parte con Fauchet, porque es hombre a quien desprecio por su falta de principios.

Vino despues Duperret, quien refirió todo lo que le habia pasado con Carlota (lo que yá saben nuestros lectores); la carta de Barbaroux; su visita al ministro Garat, al que no vieron, &<sup>a</sup>

—Es exacta la relacion de Duperret, dijo Carlota.

—¿I porqué le aconsejásteis que saliese de Paris?

—Para evitarle la complicacion en que se halla.

—¿I para qué queríais ir a casa del ministro?

—Para pedirle una gracia respecto de una amiga mia.

—No era con ánimo de asesinarlo?

Carlota se sonrió con desprecio.

—¿I porqué odiábais a Marat?

—Porque debe odiarse a los monstruos.

Paris no es la Francia, i fuera de Paris todos odiaban a ese hombre.

—¿I qué derecho teníais vos para matarlo?

—Señor, los tiranos i los infames están fuera de la lei.

—Segun eso, ¿Marat era un tirano para vos?

—Un tirano igual a Sila i a Mario.

—Si hubiera sido tirano, no os hubiera abierto las puertas de su casa, creyéndoo desgraciada.

La multitud, que se interesaba por la suerte de aquella jóven de veinticinco años, llena de talento, de hermosura i de republicanismo, palideció al oír esta observacion de boca del presidente Montanier, pues con ella la creyó perdida.

Carlota se sonrió. Luégo dijo:—Esa desgracia mia de que Marat aparentaba condolerse, no era sino el cebo que se pone en la trampa del tigre.

—Esplicaos.

—Marat no iba a hacer nada por mi suerte: la prueba es que no me preguntó siquiera porqué era infeliz.

—Qué queria él pues?

—Saber si podia estender su garra hasta Caen, i matar unos cuántos hombres más, a quienes tenia envidia. Yo sabia que el apetito de la fiera se dirijia de dias atras hácia aquel lugar, i por eso le hablé de Caen. El odio i nó el amor fué, pues, el que me abrió la puerta de la casa del tirano.

El presidente quedó confundido.

Hubo un momento de pausa i de sorpresa. Luégo se presentó a la acusada el cuerpo del delito.

El cuchillo estaba aún tinto en la sangre de Marat.

—Sí, dijo Carlota, lo reconozco : es el mismo que puso en mis manos la diosa de la libertad.

—¿I creéis haber acabado con todos los Marat ?

—Tal vez nó ; pero detras de mí hai trescientos vengadores como yo ! Además, el principal ha muerto.... es probable que los otros cojan miedo.

El presidente se volvió con frialdad hácia Chauveau Lagarde, i le dijo :

—Defensor, podeis hablar.

Hubo un momento de inquietud. Carlota habia logrado despertar grandes simpatías en una parte considerable del auditorio : entre todos aquellos que no veían en ella un vulgar asesino sino la servidora de un principio, o de una idea, la grandeza de un hecho. Superior a todos los enemigos de Marat, no habia querido ella combatirlo en la tribuna, en la prensa, ni en los arrabales. Carlota se habia dicho : una fiera se mata, pero no se discute con ella ! A los monstruos se les destruye como los destruyó Alcides.

Empezaba a verse más claro en el asunto, i se queria la absolucion de la acusada.

Carlota participó tambien de esta esperanza. Habia leído el perdón en la frente del

pueblo i de los jueces, i se habia estremecido de dicha.

Su triunfo no era solamente la vida ; era algo más : era la gloria !

Sin embargo, no queria humillarse ; no queria que hubiese en su obra ninguna circunstancia que rebajase su magnitud ; en una palabra, queria el perdon, pero nó el perdon de la lástima, sino el de la admiracion. De no ser ése, estaba resuelta a morir.

Por eso, cuando su defensor se puso de pié, lo miró fijamente como para decirle cuál era su pensamiento, i casi se vió pasar, en la llama de aquella noble mirada, todo el orgullo de la heroína a los labios del orador.

Este sintió aquel fluido varonil, i la saludó con una intelijente inclinacion de cabeza. Despues dijo :—“La acusada confiesa con sangre fria el asesinato que ha cometido ; confiesa con sangre fria su larga i tenaz premeditacion ; en una palabra, todo lo confiesa, i no trata siquiera de justificarse.

“ Hé ahí, ciudadanos jurados, toda su defensa !

“Esta calma inalterable i esta abnegacion de sí misma, que ningun remordimiento anuncian en presencia de la muerte ; esta calma i esta abnegacion no están en la Naturaleza. Tan solo es fácil esplicarla por la exaltacion del fanatismo político, el cual le ha puesto el puñal en las manos. Dejo pues a vuestra consideracion, ciudadanos jurados, estimar qué peso puede tener esta circunstancia en la balanza de la justicia.”

Carlota dió las gracias a Chauveau Lagarde con una sonrisa llena de gratitud, pensando, para sí, que eso era lo que ella hubiera querido oír de boca de Gustavo... pero en que el *cobarde* habia tenido miedo de participar de su gloria.

Tuvo despues lugar el acto de recojer los votos de los jurados.

El silencio era solemne; i en medio de aquellas diez mil personas, solo habia un corazon tranquilo: el de Carlota. Los de los demas sonaban, en el silencio de la ocasion, como los péndulos de otros tantos relojes.

La asesina fué condenada por unanimidad a la pena capital.

—Yá lo oís? preguntó el presidente espantado, i dejando caer sus palabras a plomo sobre las cabezas agachadas de la multitud, ninguna de las cuales tuvo vigor para mantenerse erguida. Yá lo oís? María Ana Carlota Corday es condenada a la pena capital, por el delito de asesinato perpetrado en la persona de Juan Pablo Marat. Será conducida, pues, al lugar del suplicio cubierta con la túnica roja de los asesinos, i sus bienes serán confiscados. La lei será satisfecha en la plaza de la Revolucion.

Todo fué haber acabado de hablar el presidente, i las veinte mil pupilas de aquel pueblo asombrado de lo que veía, se clavaron como otros tantos rayos de siniestra luz sobre la cara de la acusada; pero ninguna alteracion se notó en las facciones de ésta. No la conmovió el fallo terrible que la condenaba al

patíbulo, ni el silencio sepulcral que la rodeaba, ni el mismo solemne respeto de que van acompañadas las decisiones sangrientas de la justicia !

—María Ana Carlota Corday, preguntó el presidente, despues de un segundo, ¿ teneis algo que observar a lo que acabais de oir ?

—Nó ; solamente suplico al señor Chauveau Lagarde, mi noble defensor, que pague por mí 86 francos que estoi debiendo en la cárcel pública. Esto lo hago por dos motivos : el primero es, por el modo digno como ha hecho mi defensa. . . . ( mi defensa es el mismo hecho que yo he ejecutado : esto no lo han visto los señores jurados, pero lo verá más tarde la Francia, i el mundo ) . . . el segundo es porque, como se me quitan mis bienes ( Carlota se sonrió ), no tengo con qué satisfacer esa deuda. La República no se hará rica con tan soberbia confiscacion !

El acto concluyó.

Durante él, el público, pero nó Carlota, se habia fijado en dos jóvenes que estaban en la cámara del tribunal, i que parecian animarla con sus miradas de fuego. El uno era de cbellera rubia i ensortijada, frente pálida i ojos azules. Su nombre era Adan Lux. Su patria era la Alemania, i su corazon i su espíritu eran republicanos.

Adan Lux tenia todo el aspecto soñador de los grandes pensadores del Norte.

El otro era un joven pálido i moreno, que estaba inmóvil como una columna de piedra.

Al acabarse la sesión, Adan Lux tuvo bastante arrojo para esclamar :

—Más grande que Bruto ! La condenan, i debieran bendecirla !

Esta exclamacion causó algun tumulto, e hizo volver la cabeza a Carlota, quien lanzó un suspiro i casi se desmayó murmurando un nombre.

Una voz de entre la multitud gritó :

—La asesina tiene un cómplice.

Varias voces :

—Cuál es ? cuál es ?

—Ha mirado hácia allí, i se ha desconcertado.

La multitud rodeó a los dos jóvenes como a dos reos.

Adan Lux se encaró con ella. El otro, dando un paso i poniéndose al lado de Carlota, dijo :

—Pues bien, si lo quereis, Carlota Corday tiene un cómplice ; i soi yo ! Derribad nuestras cabezas con un mismo golpe !

—Nó, dijo Carlota pálida i temblorosa : yo no conozco a ese hombre, no lo he visto nunca !

—Me desprecia ! dijo el desconocido, i vibró un puñal en los aires para herirse.

Carlota volvió a mirar al desconocido con tal ternura de celeste amor, que éste comprendió que le decia :—Franquelin, no os desprecio : os amo ! El puñal rodó hasta los piés de la multitud.

Adan Lux limpió entónces una lágrima en su pupila : acababa de comprender que

tenia un rival, pues Carlota, a semejanza de la Elena de los griegos, hacia brotar amantes i héroes a su paso. Pero la lágrima de Adan Lux no era de ira... En seguida gritó :

—Sí, ese jóven i yo somos cómplices de Carlota Corday : llevadnos al matadero.

Su pensamiento era grande en verdad : queria juntar su patriotismo i su amor, con Carlota i con Franquelin, en una misma urna de sangre, pura e inmortal.

—Son dos locos ! dijeron algunos.

—Que los aparten, exclamaron otros.

—Dejadme al ménos morir por ella, exclamó Franquelin, presentando sus manos a los sayones para que las atasen.

En aquel momento sacaron a Carlota del tribunal, i Franquelin i Adan Lux tuvieron apénas tiempo de caer de rodillas delante de aquella diosa de la libertad, i de besar la orla de su manto....

La mensajera del destino salió del tribunal como sale una sacerdotisa del templo, i los dos amantes se abrazaron, aunque no se habian visto nunca, como dos hermanos en el amor i en la desgracia.

Al volver Carlota a la Conserjería, dijo al carcelero con una tranquilidad tál, que parecia que no hubiese pasado nada :

—Me he entretenido allá arriba más de lo que yo creía, i yá no podremos almorzar juntos como lo habia pensado : presentad mis excusas a la señora Richard.

En seguida escribió a Gustavo la carta siguiente :

“ El ciudadano Doulcet de Pontécoulant  
“ se ha mostrado como un cobarde al negarse  
“ a defenderme, siendo la cosa tan fácil. El  
“ que me ha defendido, lo ha hecho con toda  
“ la dignidad posible, i por esto me será gra-  
“ to hasta mis últimos momentos.

“MARÍA ANA CARLOTA CORDAY.”

Durante los interrogatorios, M. Havier, pintor del teatro frances, se habia ocupado en retratar a Carlota; i habiéndolo notado ésta, se habia vuelto hácia él para que sus facciones pudieran ser mejor dibujadas.

## XII

### AMISTAD I AMOR.

Llevaremos ahora al lector por algunos momentos a la calle de los viejos Agustinos, número 17, posada de provincias.

Era la noche anterior a los sucesos que acabamos de referir.

Allí en esa posada, i en una habitacion de las más pobres, habia una jóven de 20 años. Era esa jóven pequeña de cuerpo, de pelo castaño i de ojos azules. No hacia por el momento nada, pues estaba sentada en una silla i dormia o meditaba con la cabeza entre las manos. Junto a ella habia una luz, i junto a la luz un diario, en el que la jóven habia estado leyendo durante algunas horas. Hácia el rincon de la pieza habia una cama, i sobre ella una maleta de viaje.

Esta maleta i el traje provinciano de la

jóven manifestaban claramente que era una persona recién llegada a Paris.

El reloj de la posada dió las diez, i cinco minutos despues repitió la misma hora el reloj de la iglesia vecina.

—Las diez ! exclamó la viajera. Si no vendrá hoi tampoco ! Dicen que mañana es el proceso, i tal vez será tambien la ejecucion.

Abrió luégo la ventana, i sacando la cabeza atisbó hácia ámbos lados de la calle. La oscuridad era profunda, i no se sentia sino el ruido que hacian algunos perros a distancia.

La provinciana se desesperó, por lo que cerró la ventana con disgusto, i volvió a tomar su actitud primera, diciéndose :

—Si me equivocaria yo al darle las señas de la posada..... pero estoi segura de que nó. Dios mio ! ¿ estará escrito que no podamos hacer nada por ella ?.....

Luégo volvió a cojer el diario, pero su mirada corrió por sobre las columnas del papel sin que su razon se diese cuenta de lo que contenian. El artículo decia así :

“ *Carlota Corday* — Yá hemos podido in-  
“ formarnos sobre la edad i condiciones mo-  
“ rales de este monstruo. Sabemos yá de una  
“ manera cierta que es una mujer que pasa  
“ de los cuarenta años, flaca, macilenta, i de  
“ facciones horribles i viciosas. Se dice que  
“ ha sido vivandera, cómica i algo alegre. Su  
“ carácter es atroz ; sus relaciones son de lo  
“ más inmundo que puede verse ; i es yá  
“ cosa averiguada que asesinó al gran ciuda-

“ dano, por haberse mostrado éste más con-  
“ tinente que Scipion i Josué.

“ Mañana es el dia señalado para el gran  
“ juicio ante el tribunal revolucionario ; i es  
“ seguro que será echada a la guillotina.  
“ Nosotros lo pedimos así, en nombre de la  
“ moral i de la Patria indignadas.”

—Infeliz ! dijo la viajera : cómo la calum-  
nian ! Ella, tan jóven i tan linda !. . . . No hai  
vírjen igual a ella en todo Calvados. I lo peor  
es que no habrá una voz que se levante en su  
defensa. . . . Dicen que ha nombrado a Gus-  
tavo ; pero Gustavo está léjos de Paris. . . .

El reloj dió la média, i todo volvió a que-  
dar en el más profundo silencio.

Un momento despues, se oyó un lijero rui-  
do en el patio de la posada, i el corazon de  
la viajera latió de esperanza. Púsose de pié  
i fué a asomarse a la puerta, murmurando :

—Ahora creo que sí será él.

Pero el ruido se desvaneció casi tan pronto  
como se habia producido ; por lo que la jóven  
se volvió a su asiento, llena de amargura i de  
lágrimas.

—Va yá para dos dias que espero con la  
misma ansiedad, Dios mio ! Dios mio ! cada  
minuto que pasa se acerca más al patíbulo  
esa criatura infeliz !

Nunca son más lentas las horas que cuando  
se espera.

El reloj dió en seguida las once, despues  
las doce, despues la una. El frio de la noche  
empezaba a ser intenso, i la jóven resolvió  
acostarse, perdida yá toda esperanza. Sin-

embargo, quiso abrir la ventana por última vez i escuchar. Abrióla: el silencio era sepulcral; en el fondo de un cielo cavernoso brillaban algunas estrellas.

La viajera puso el oído hácia el norte, pues le pareció que oía el ruido que hace un jinete que corre a toda brida, i su corazón empezó a latir con tál violencia, que tuvo que llevarse la mano al pecho para contenerlo.

El de a caballo continuó aproximándose.

—El es! gritó la jóven, i acercó la luz a la ventana.

Era la señal convenida.

Un segundo despues, un jinete con traje militar i montado en un caballo blanco se apeó en el patio de la posada.

—Pobre Bayardo! dijo el recién venido: mucho temo que mueras, pues has hecho una jornada de camello.

En seguida le acarició el anca. Bayardo volvió a mirar a su amo con un ojo grande, negro e intelijente, lo olió i relinchó.

—Vaya! exclamó el soldado con alegría, creo que no morirás: ese grito me anuncia tu vida.

I fué él mismo a llevarlo a la cuadra.

Luégo entró en el cuarto de la que lo esperaba.

Los corazones de los dos jóvenes palpitan como los de dos amantes en una cita clandestina.

El recién llegado saludó con una graciosa inclinacion, i llevó su sombrero hasta el suelo.

Luégo dijo:

—Tengo el honor de hablar con la señorita Eleonora de Faudoas ?

—I yo con el señor Franquelin de.....?

Franquelin se sonrió al ver el embarazo de Eleonora por no saber su apellido. Luégo dijo, mirando sus botas salpicadas de lodo i sus espolines teñidos con la noble sangre de Bayardo :

—Perdonadme, señorita Eleonora, pero he corrido mucho i los caminos están malos.... Además, no tengo casa en Paris i la hora es mui avanzada : pronto será de dia.

—No teneis que decirme nada, señor. Servíos solo disculpar el atrevimiento de haberos escrito.

—Nada de eso : habeis hecho mui bien... i os estoi mui agradecido por el servicio que me habeis hecho. Allá no corria el suceso sino de mui distinta manera, i nadie acertaba con el nombre de la pobre Carlota..... Yo siempre temí que ella hiciese una de estas cosas; solo que quizá ha equivocado el golpe.

—Lo creeis ?

—El hombre más temible para la República es ahora Robespierre.... En Robespierre hai algo. Marat no era sino un cínico apoderado de la canalla. Pero la cosa está hecha : inclinémonos !

—Yo no os podré acompañar en vuestros juicios, pero es necesario que no perdamos momento. ¿ Porqué habeis tardado tanto en venir ?

—No he recibido vuestra carta sino ayer, cerca de las ocho ; i, yá veis, he caminado cer-

ca de cien millas en ménos de treinta horas !

—Porqué ese retardo ?

Franquelin respondió sonriendo :

—Porque dirijísteis vuestra carta *al señor Franquelin en el ejército del jeneral Wimpfen*, i la carta ha rodado de mano en mano hasta llegar a las mias. Franquelin es un nombre bastante comun.

—Escusadme, porque yo no sabia más respecto de vos, observó Eleonora ruborizándose.

—A mí me llaman *Franquelin* mis amigos, i yo mismo suelo darme ese nombre ; pero mi verdadero nombre es Marco-Junio.

I el jóven hizo una nueva reverencia.

—I bien, señor Marco-Junio...

—Nó : llamadme siempre Franquelin ; yá os he dicho que ése es el nombre que me dan mis amigos.

—Perdonad, pero yo no tengo ningunos títulos....

—Qué ! ¿no os he visto yo con *ella* hace ocho dias en la parada de Caen ?... ¿ No me habeis escrito llamándome a toda prisa a Paris ? ¿ Se necesita acaso que pasen veinte años para que dos simpatías se despierten, i dos manos se estrechen ? Nó, señorita Eleonora : yo, desde que os vi con *ella*, os amo, como amo todo lo que le pertenece. Además, la carta que me habeis escrito, tan oportuna i tan sentimental, me tiene demasiado obligado hácia vos. Decidme : ¿ qué seria de mí en este momento sin esa carta ? Estaria luchando en el ejército, i no habria sabido nada de Carlota hasta

que ésta hubiese muerto en el cadalso. Ahora no sucederá lo mismo, porque ahora aún podemos salvarla.

—Es decir que vos teneis esperanzas?

—¿I porqué no habria de tenerlas? ¿No es Carlota para mí lo que más vale sobre la tierra?.... Si no se pudiera salvar a la mujer que se ama, ¿a quién se podria yá salvar en el mundo?

—Sinembargo, no podemos disponer sino de algunas horas. Hoi a las ocho de la mañana debe tener lugar el juicio ante el Tribunal revolucionario.... La ejecucion debe ser nueve horas despues.

—Tan pronto!

—Yá veis que tengo razon para lamentar vuestra tardanza.

Franquelin bajó la cabeza entristecido.

—Con todo, yo he dado algunos pasos.

—Ah! conque habeis dado algunos pasos?.... Hablad.... Decidme qué debemos hacer.

—Sí, señor Marco-Junio, pero pasos de mujer.

—La habeis visto?

—Me ha sido imposible.

—¿Con quién habeis hablado?....con su defensor?

—Su defensor es Gustavo de Pontécoulant, pero no lo he visto por ninguna parte.

—Ah! feliz de Gustavo, que tiene causa tan preciosa en sus manos! ¿Pero a quién habeis visto?

—Al más oscuro, pero al más importante

de todos. He visto al alcaide de la Conserjería....

—A un tal Richard?... I qué os ha dicho?

—Al principio estuvo inexorable, pero luego me ha exigido dos cosas casi imposibles.

Franquelin no observó por lo pronto nada, i fué a poner su espada, i su bolsa llena de oro, sobre la mesa. Eleonora lo comprendió, i le dijo:

—¿Creeis que todo lo podremos, porque con oro i con hierro se puede todo en este mundo?

—Sí, lo creo: el hierro rompe i el oro corrompe.

—Sinembargo!....

—Acabad, señorita Eleonora, dijo Franquelin lleno de alegría: mucho es haber conseguido, cuando solo se exigen dos cosas para salvar a Carlota.

—Sí, cierto que son dos cosas no más; pero qué cosas!.... sobre todo la una.

—Pero cuáles son? preguntó Franquelin con la frente nublada de nuevo.

—La una es una cantidad enorme....

—I la otra?

—La otra es una cabeza para cortar en la plaza de la Revolucion en lugar de la de Carlota.

Franquelin quedó anonadado. Luego dijo:

—Pero eso es peor que decir que nó: eso es burlarse.

—Tal vez nó. ¿Porqué no habria de haber una persona que se ofreciese en holocausto por Carlota?

—Yá lo creo : i si la cabeza que se exige no fuera de mujer, yo iria ahora mismo a depositar la mia en la Conserjería.

Eleonora nada respondió.

—Con todo, dijo ésta despues de un rato de reflexion, yo he concebido un pensamiento respecto de eso, desde que oí la exigencia de Richard.

—Qué pensamiento ?

—El de sacrificarme por ella.

—Seria posible !

—Porqué nó ? Ella es una gran mujer, i yo una infeliz. Ella tiene familia, i yo no la tengo. Ella ama i es amada por vos, i yo no amo a nadie ni soi amada.

—Oh señorita ! eso seria un sacrificio sin ejemplo.

—Pero nó imposible. Carlota ha sido un ángel para mí desde que estábamos en la Abadía de las Damas. Corazon, vestidos, alimentos, todo lo ha compartido conmigo hace cuatro años... Ahora mismo, ántes de poner en planta su gran plan, los primeros pasos que ha dado en Paris han sido para hablar en mi favor con el ministro Garat. Mis padres me han dejado por único patrimonio un reclamo en el ministerio, i Carlota queria dejarme arreglado ese negocio ántes de morir.

—¿ I haríais vos eso, señorita Eleonora ? vos, tan jóven i tan linda !

—Porque nó, siendo por Carlota ? Soi jóven, es cierto, pero las pobres no tenemos juventud. Soi linda, como vos decís, pero ¿ qué es la belleza en una mujer desgraciada ? Fuera

de Carlota, no tengo ya nada en el mundo, i entre salvarla i entregárosela a vos, que tanto la amais, que tan digno sois de ella, i morir de sentimiento sobre su tumba como un perro fiel, creo que hai una diferencia bien grande.

—Eleonora ! exclamó Franquelin, presa de la más noble admiracion.

—A Carlota se le espera la gloria, el amor, la felicidad ; a mí, viva, no se me espera sino infortunio i lágrimas ! Yá veis, añadió Eleonora sonriendo, que no soi tan noble ni tan desinteresada como aparezco.

—Nó, no quiteis a vuestra grandiosa idea nada de su mérito con esas reflexiones.

—I bien, ¿ vos qué aconsejais, señor ?

—Yo nada, señorita. Yo quiero que Carlota se salve : para ello me hallo dispuesto a dar toda mi fortuna, escudo sobre escudo, i toda mi sangre, gota a gota ; pero no reconozco en otra persona el deber en que esté de sacrificarse por ella, como lo estoi yo.

—Es decir que no me alentais en mi idea ? Yá sabeis que la naturaleza humana no es mui heroica que digamos, i ménos en las mujeres.... Yo contaba, pues, con recibir fuerzas de vos.

—Jamás ! Me falta el egoísmo infernal que se necesitaria para apoyar semejante idea.

—Es decir que no me ayudareis ?

—En eso nó. En el caso presente, no hai quien deba sacrificarse por Carlota sino una persona, i ésa soi yo.

—Os comprendo, exclamó Eleonora con

amargura : no me creéis digna de semejante sacrificio.

—Oh ! nó...., sí os creo, porque reconozco en esa conducta a la amiga de Carlota ; pero yo nunca tendré el valor que se necesita para aconsejarle a otro que se sacrifique por la felicidad ajena. Probemos, más bien, otro medio.

—No lo hai.

—Yo he traído del ejército cien amigos resueltos, quienes llegarán a Paris ántes de las doce, para recibir mis órdenes. Yo, a su cabeza, arrebataré a Carlota de manos del verdugo. He hecho cosas más atrevidas al frente de esos hombres.

—El proyecto es arriesgado.... i acaso os sacrificaríais todos inútilmente.

—Mejor, si un mismo golpe parte nuestros dos corazones.

—Entónces dejadme reemplazar a Carlota en el calabozo : así es más seguro vuestro proyecto.

—Nó, Eleonora : os comprendo mui bien... me quereis tentar con la magnificencia de Satanás.

—Entónces, haced lo que querais, i no estorbeis mis proyectos. Quiere decir que nada habré logrado con vuestra venida a Paris.

—Ciertamente, como vos lo quereis no habeis logrado nada.

—Entónces, vamos a separarnos, pues tengo qué hacer.

—Aceptadme ántes un favor.

—Hablad.

—Sean cuales fueren vuestros proyectos, creo que tendreis necesidad de dinero.

—Así es la verdad.

—Recibidme esa bolsa i además este brillante.

I Franquelin se quitó del dedo una hermosa piedra del Brasil.

—Sí, yá os lo iba a decir, observó Eleonora llena de amabilidad i de gracia.

—Bien, dijo Franquelin, yo como *amante* de Carlota, i vos como su *amiga*, tenemos ciertamente deberes sagrados que llenar. Obrad vos por vuestra cuenta, i yo obraré por la mia. Nos encontraremos al fin de la jornada en la plaza de la Revolucion.

I los dos jóvenes se separaron despues de haberse dado un apretón de manos.

Un momento despues rayó el dia.

Franquelin volvió a montar en su caballo i se alejó al trote de la calle de los viejos Agustinos. Luégo fué a apearse a casa de un amigo suyo en el barrio de San Honorato.

Allí descansó algunas horas, i a las ocho se fué, como todo el mundo, al Tribunal revolucionario.

Yá hemos visto lo que hizo allí; despues fué a hablar con el verdugo.

—Vamos, Sanson, díjole sin ceremonia, el tiempo urje: yo vengo a proponeros un negocio de importancia.

—Qué negocio?

—Se trata de ganar unos millones de francos.

El verdugo movió la cabeza. Franquelin continuó :

—Con esos millones de francos puede úno irse a Italia o a Lóndres, comprar una posesion, i pasar diez años bebiendo vino de Malvasía, fumando cigarros de Cuba i visitando de cuándo en cuándo algunos países.

—Aunque se llame úno Sanson ? . . . .

—No os afaneis . . . . La cosa es sencilla de hacer.

—Yá lo creo : dar úno su cabeza por la de otro ; i entónces, adios posesion en Italia o en Lóndres ; adios vino, viajes i cigarros.

—Es decir que no estais dispuesto a nada ?

—Pues . . . quiero decir . . . Veamos de qué se trata : siempre es bueno oír.

—Se trata de recibir cincuenta mil francos en buen oro de América.

—Si no fuera más que de recibirlos, pase . . . pero esa clase de negocios tienen siempre ciertas condiciones inadmisibles.

I el verdugo movió la cabeza.

—Es decir que me volveré a llevar mi dinero ?

I Franquelin hizo brillar algunos escudos a la vista del terrible ejecutor de la justicia. Los ojos de éste se inyectaron de sangre.

—Pero decidme al ménos quién sois ?

—No veo la necesidad que haya de que sepaís mi nombre.

—Pues sin que me lo digais no haré nada.

Los labios de Franquelin se contrajeron sardónicamente : habia leído al traves de la frente del verdugo, como al traves de una luz

siniestra, el pensamiento, todavía más siniestro, que lo ajitaba. Luégo dijo :

—De lo que se trata no es de que vos salvéis a una persona, sino de que hagáis una cosa sencilla por cierto. .

—Qué cosa ?

—Decidme ántes: ¿ cuánto tarda el tajo de la guillotina en caer sobre el cuello de la víctima ?

—Una cuarta parte de segundo.

—Pues bien, haced simplemente que se detenga algo más.

—Qué tanto ?

—Yo no os diré qué tanto : solo os significaré que estoi dispuesto a pagar a mil francos el segundo.

—Es posible !

—Tan posible que, si lo quereis, aquí tenéis cincuenta mil francos por lo pronto, que son cincuenta segundos, o sean las cinco sesentas partes de un minuto. Despues ajustaremos cuentas, i os pagaré lo que os salga debiendo, reloj en mano.

—Segun esa proporcion maravillosa, yo detendria la ejecucion una hora !

—I yo no tendria embarazo en pagaros al precio convenido.

—Eso haria ascender la suma a cantidades fabulosas !

—He hecho la cuenta, i son tres millones seiscientos mil francos.

—I pagaríais toda esa cantidad ?

—Pagaría más, si fuese necesario. Vamos, ¿ aceptais ?

—Sí, dijo Sanson; i nadie que sepa el negocio que he hecho, podrá decir que él lo habria hecho mejor. Conque....

—Cincuenta mil francos a cuenta, i una justa liquidacion despues.

I Franquelin llenó de oro las manos de su interlocutor.

—I no hai más qué hacer?

—Nada más que detener la ejecucion al precio indicado, viéreis lo que viéreis, i pase lo que pasare a vuestro alrededor.

—Pero decidme al ménos quién es el reo.

—Tampoco teneis para qué saberlo.

—¿Cómo me sabré manejar entónces?

Este diálogo tenia lugar al pié del cadalso, en la plaza de la Revolucion. Franquelin dijo:

—Veis aquella ventana?

—Sí.

—Pues bien, siempre que vayais a ejecutar a álguien, clavad ántes los ojos en esa ventana: si en ella hai una bandera roja, cumplid con vuestro deber; si hai una blanca, recordad entónces nuestro contrato.

—I no hai más qué hablar?

—Nó.

—Es decir que yo no debo sino detener la ejecucion el mayor tiempo posible? insistió Sanson.

—Nó más.

Los dos hombres se retiraron en seguida, el verdugo lleno de inquietud por lo que habia prometido, Franquelin lleno de alegría

porque tenia por cosa cierta que libertaria a su amada.

Sanson se dijo al entrar a la primera taberna que encontró al paso :

—Debe ser algun príncipe incógnito, i debe tratarse, cuando ménos, de la reina. Andaré con cuidado.

Franquelin murmuró al cambiar de calle :

—Voi a ver si han llegado todas mis jentes, i a distribuirlas en sus puestos.

Habia algo de extraordinario en aquel hombre que soñaba con arrancar a la revolucion su más hermosa víctima. Empero, eso no era sino el valor i la confianza llevados hasta el delirio.

### XIII

#### LA TERCERA VISION.

Al volver Carlota a su calabozo, pensó en que los momentos que le quedaban eran mui cortos. Sacó pues de su seno un pequeño recorte de papel, como del tamaño de un medallon, el cual habia logrado ocultar cuidadosamente a las pesquisas de sus jueces, i estuvo contemplándolo largo rato, en silencio i sonreida al principio. Despues dejó caer sobre él dos lágrimas cristalinas i grandes como dos perlas, cuyo ruido se percibió bién, i exclamó :

—Pobre de él! Qué hermoso es!

En seguida se acercó a la lámpara que la habia alumbrado la noche anterior, i que ar-

dia aún en un rincón del calabozo, i quemó el pedazo de papel; i al hacerlo dijo:

—No quiero que hallen este *bosquejo* sobre mi cadáver: insultarian mi memoria.

I recojiendo las pocas cenizas de lo que ella llamaba su *fantasía árabe*, se las tragó. La amante encarcelada, superior a Dido i a Safo, no tenia otro modo de trasfundirse con su amante ausente!

Luégo sintió que la puerta rodaba sobre sus goznes, i vió a una mujer que entraba i se le echaba en los brazos.

La puerta de la prision volvió a cerrarse, como por encanto.

—Eleonora! exclamó Carlota llena de alegría.

—Sí, soi tu Eleonora, amiga mia, dijo ésta, i la cubrió de lágrimas i de caricias.

—¿Cómo has podido penetrar hasta aquí?

—Bája la voz, porque podrian oír... Es él quien me envía.

Eleonora queria dar más fuerza a la resolución que habia tomado, i por eso la ponía bajo un nombre tan querido para Carlota.

—Franquelin?

—Sí.

—Para qué?

—Para que te salve.

Carlota se sonrió con melancolía.

—Dudas?

—No he de dudar? Deben conducirme al patíbulo ántes de una hora.

—Pero esa hora es bastante para salvarte, si lo quieres.

—Nó, no lo quiero. Mas, ¿cómo podría ser eso?

—Hemos comprado a Richard.

—¿Has hecho alguna locura, Eleonora?... Tú eres tan pobre como yo.....

—Pero Franquelin es rico como un rei.

—Qué ha hecho él?

—Llamado por mí despues de la catástrofe, ha llegado a Paris anoche.

—¿I tú dónde estabas, que has podido hacer eso?

—Perdóna, Carlota, pero te habia seguido desde que saliste de Caen.

—Eleonora!.....

—Era preciso..... yo no creí nunca que tú fueses a Argentan.

—I bien?

—Llegué a Paris el mismo dia que tú..... me hospedé en la misma posada... seguí tus pasos...te vi comprar el puñal en el Palacio Real i entrar en la casa de Marat.

—Será posible!

—Una vez presa, solo se necesitaban dos cosas para salvarte: mucho oro, i una mujer que subiera al patíbulo por ti.

—Qué dices?

—Yo tenia la una, pero me faltaba la otra cosa.

—Me espantas!

—Escribí pues a Franquelin.

—Pero cómo sabias.....?

—Te acuerdas de la parada de Caen?.....

—I qué más?

—Franquelin vino, i fácil le fué ganarse al

carcelero Richard ( porque has de saber que el tal señor Richard es jirondino ) ofreciéndole una víctima que te sustituyera.

Eleonora estaba mintiendo.

—Pero....

—Ya sé lo que vas a decirme.... Esa víctima soi yo.

—Infeliz ! dijo Carlota, i estrechó a Eleonora contra su corazon.

—Soi yo, porque quiero hacerlo.

—¿ I ésa era la cosa que decias que poseias ?

—Sí : ¿ no poseo acaso mi sangre ?

—Pero ésa es una locura.

—Locura o nó, estoi resuelta.

—Pero yo no aceptaré jamas !

—Sí aceptarás, porque él te ama sobre todo en el mundo. Huyendo, sereis felices.

—I tú, Eleonora ?

—Por lo que hace a mí, tú sabes que no tengo a quién hacerle falta. Yo no amo, como tú, ni tengo un padre anciano i achacoso, como tú, a quien matar con mi muerte.

—Tienes razon, Eleonora : pobre el señor de Armont !

—I pobre tambien Franquelin !

—I qué hace él ahora ?

—Te espera, junto con Adan Lux, para llevarte fuera de la Francia.

—Quién es Adan Lux ?

—El jóven rubio que ha querido compartir contigo el suplicio.

—Dices que se llama Adan ?

Carlota se quedó pensativa.

—Vamos, despácha ! insistió Eleonora.

—I qué quieres que haga ?

—Que tomes mi traje, i salgas por donde yo he entrado.

—I el carcelero Richard ?

—Te digo que está comprado.

—I tú ?

—Yo moriré.

—Jamás, Eleonora !... ¿ Qué he hecho yo por ti para merecer tanto amor, tan gran sacrificio ?

—Eres mi amiga.

—La amistad tiene sus límites.

—Pero tiene también sus deberes.

—Estás resuelta ?

—Si no lo estuviera, no hubiera venido hasta aquí. Vamos, Carlota, tóma mi traje i dame el tuyo : yo voy a llamar al carcelero.

—I si no lo hago, ¿ qué sucederá ?

—Sucedirá que vas a causar muchas desgracias.

—Porqué ?

—Porque Franquelin está resuelto a salvarte por fuerza.

—I qué hará ?

—Te quitará a tus verdugos del pié mismo del cadalso.

—No son los verdugos sino el destino el que me lleva al cadalso.

—Lo crees así ?... Probemos, sin embargo.

—Nó, Eleonora, nada debemos probar... resignémonos con lo que viene de lo alto. ¿ Crees tú que si yo no me hubiese creído una predestinada desde la cuna, habría hecho lo que he hecho ?

—Tu predestinacion no es, acaso, sino extravío.... Mas no perdamos un tiempo tan precioso discutiendo lo que no tiene remedio. Díme : ¿ te resuelves, o nó ?

—Nó ; entre otras cosas, porque pueden descubrirte.

—Eso seria lo mejor que podria sucedernos.

—Porqué ?

—Porque entónces nos salvaríamos ámbas : tú huyendo, i yo siendo reconocida.

—Nó, Eleonora, no me tientes : la hora que atravesamos es suprema, para que estemos pensando en eso.... Solo los verdaderos criminales luchan con el verdugo disputándole su cabeza.

—Te lo suplico a nombre de tu padre !

—Yo oiria la voz de esa súplica, si el cadalso fuera para mí una escarpia i nó una apoteósis. Además, yo he pecado, i debo purgar.

—A nombre de Franquelin !

—Oh ! yo lo amo, sin duda ; pero él debe quererme más ánjel en el cielo que asesina en la tierra.

—Carlota !

—Sí, Eleonora : yo, aunque no estoi arrepentida de lo que he hecho, no por eso dejo de conocer que yo no era dueño de la sangre de Marat.

—Dios no cobra sangre por sangre.

—Pero sí la cobra la justicia humana.

—La justicia humana no es siempre la justicia de Dios.

—No hablemos más, Eleonora : lo que tú

quieres no puede ser. Yo he soñado dos veces que subía al cadalso : una en Ronceray ; i otra en Caen, en la Abadía. Yá es tiempo de que sueñe despierta por la última vez.

—Estás resignada ?

—Sí lo estoy : hace dos años que no hago otra cosa sino prepararme para este momento fatal.

Eleonora comprendió que no habia remedio ; i dejando caer su rubia cabeza entre sus blancas manos, lloró amargamente.

—Nó, amiga mia, no llores, porque si tú lloras, ¿quién reirá conmigo en mi felicidad !

—Bien : si no me crees digna de morir por ti, déja al ménos que Franquelin i los jiron-dinos den el golpe que tienen meditado... Han entrado muchos con este objeto en Paris.

—Nó, Eleonora, porque yo, que no tuve ni quise cómplices ántes, no los quiero despues. Se diría que yo habia sido el instrumento de un partido cobarde.

—Cobarde porqué ?

—Porque no habia podido armar más brazo contra el monstruo, que el brazo débil de una mujer.

—¿ Qué deberé decirle a Franquelin, pues ?

—Que se aparte del cadalso, para que me deje morir en paz ; i que si intenta hacer algo por mí, estrellaré mi cabeza contra el tajo.

En aquel momento volvió a sonar la puerta de la prision, i Richard, entrando, dijo con voz de misterio :

—Habeis concluido ?

—Nó, dijo Eleonora, porque Carlota no ha consentido.

—Es lástima, porque hubiera sido cosa mui fácil sacarla por la sala de los Procesos : nadie lo hubiera notado.

Eleonora volvió a mirar a Carlota como para indicarle que aún era tiempo.

—Jamás ! dijo ésta, impacientada yá.

—Pues si no se ha de ir, dijo el carcelero a Eleonora, no habrá nada, i entónces hacedme el favor de recibir el diamante que me habeis dado.

I Richard pasó de sus manos a las de Eleonora el hermoso solitario del Brasil, montado en una bella sortija de oro, que le habia dado Franquelin aquella mañana.

—Pues qué ? dijo Eleonora.

—Nada es más sencillo : no fugándose la señorita, no hai nada de lo hablado.

Carlota quitó el diamante de manos de Eleonora, i lo estuvo contemplando un momento. Luégo le dijo suspirando :

—Me acuerdo mui bién de la primera vez que vi esta piedra... Fué la noche que conocí a Franquelin en la Abadía de las Damas.... Nunca me imaginé que la volviese a ver aquí, en la Conserjería, ni por el motivo que la veo.

Eleonora nada observó : estaba demudada, i por sus mejillas descendian gruesas gotas de llanto, como por sobre la azucena, en la mañana, las gotas del rocío.

—Ahora vas a hacerme un favor, dijo Carlota a Eleonora.

—Cuál ?

—Júrame ántes que me lo harás.

—Lo juro.

—Pues bien, tóma ese anillo, i consévalo a nombre de Franquelin i mio.

—Carlota!

—Me lo has jurado, i además ese anillo es nuestra sortija nupcial. Míra: tiene unas cifras.

I Carlota mostró a Eleonora que el anillo tenia dos CC envueltas en una rama de mirto.

Hubo un momento de pausa. Despues dijo Carlota:

—¿Has sabido de Gustavo de Pontécoulant?... El infeliz se ha manejado con una cobardía estrema.

—Oh Carlota! no lo acuses. Gustavo no está en Paris, i por consiguiente no ha podido hacer tu defensa.

—Estás segura de que no está en Paris?

—Sí.

—Gracias, Dios mio! Su traicion a mi cariño era la única amargura que llevaba a la tumba. Hazle saber mis sospechas, pero tambien mi arrepentimiento.

I las dos amigas se confundieron en un beso, en un abrazo i en un suspiro.

La amistad que habia empezado en la Abadía habia terminado en la cárcel.... Más tarde debia reanudarse en el cielo.

Eleonora salió de la prision con el alma llagada. Al llegar a la esquina de la calle, dos hombres llenos de ansiedad se avanzaron hácia ella, i ámbos dieron al reconocerla un grito de angustia i de dolor.

No era la persona que esperaban.

—Todo está perdido, balbuceó al pasar, i sin detenerse salió de Paris, i tomó, a pié, la ruta de Caen.

Hubiera sido fácil conocer sus huellas en el reguero de lagrimas que dejaba tras sí.

Franquelin sacó su espada e iba a atravesarse con ella, como en otro tiempo Antonio al saber la muerte de Cleopatra ; pero Adan Lux lo detuvo i le dijo :

—Vivamos hasta verla espirar. Despues...

—Nó, mejor será arrebatarla del cadalso ; tengo para ello cien hombres resueltos que he traído conmigo del ejército de Caen ; siempre la primera idea es la mejor....

—Nó, mejor es dejarla morir.

—Eso lo decís vos porque no la amais !

—Sí la amo ; pero la veo más grande sobre el cadalso que en la fuga.

—Bien, no discutamos, i hacedme un favor.

—Hablad.

—Luego que Carlota sea conducida a la plaza de la Revolucion, id a casa de Juan de Anjou, que queda en la esquina ; subid la escalera, entrad en la sala, tomad una banderola blanca que está sobre una mesa, al lado de otra roja, i salid al balcon, pero cuidando bién de que os vea el verdugo con ella en la mano.

—Qué significan esas banderas ?

—La blanca significa vida, la roja muerte. Los dos hombres se alejaron.

Hácia las cinco de la tarde se presentó Sanson en el calabozo de Carlota con la tú-

nica roja en las manos. Carlota se la vistió sin que la ayudasen.

Aquel era el atavío de los asesinos, i con ella adornó Hauer el retrato de la víctima. Más tarde se cambió este traje al retrato que, orijinal, se conserva en el museo de Versalles.

En seguida suplicó, al atarle las manos, que le dejaran puestos los guantes, pues las tenia mui maltratadas con las ligaduras anteriores.

—Sea como lo quereis, dijo Sanson; aunque tendré cuidado de no oprimiros.

Al terminar dijo Carlota :

—Es bien rudo este traje, pero sirve para marchar hácia la inmortalidad.

Los hermosos cabellos de Carlota fueron cortados por mano del verdugo, quien le cubrió la cabeza con un gorro blanco. Luégo la hizo subir a la carreta.

El populacho no abandonó su presa ni un sólo instante, aunque, al ponerse en marcha el cortejo sangriento, se desató una violenta tempestad.

¿ Sobre quién se fulminaban aquellos rayos por el brazo de Dios: sobre la víctima, o sobre los verdugos ?

¿ Eran la oracion celestial, o la cólera del Altísimo ?

Nosotros solo sabremos decir que Carlota Corday triunfaba, desde el carro de los ajusticiados, de los hombres i de los elementos, con su cara de ángel agonizante.

—Bien, murmuró al romperse en el cielo la primera nube, hé aquí la tempestad i el

tablado sombrío de mis sueños de Ronceray : todo estaba escrito en el libro de Dios !

I como al acercarse al cadalso viese a Franquelin que la seguia atónito, como a una vision en medio del aire, añadió :

—Todavía él !

Luégo volvió los ojos hácia la altura, como si huyendo del seno de su amante quisiese refugiarse en el seno de Dios.

Michelet asegura que Robespierre, Danton i Camilo Desmoulins se colocaron en la ruta para ver pasar a Carlota.

El carro marchaba mui despacio, a causa de la multitud, i Sanson dijo al oído de la infeliz :

—Os parece mui largo esto, ¿ no es verdad ?

—Estad seguro, dijo Carlota, de que siempre llegaremos a tiempo.

El carro se detuvo al pié de la máquina, i Carlota subió las gradas con paso firme. En ese mismo instante apareció un hombre en un extremo de la plaza, ajitando con mano nerviosa una bandera blanca.

Aquel hombre era Adan Lux.

La bandera azotaba al viento de la tempestad, como si quisiese dominar todos los ruidos del turbion.

Franquelin, con una mano en el pecho i la otra sobre el puño de la espada, iba a dar a sus cien combatientes la señal convenida.

Un ayudante de Sanson quitó bruscamente a Carlota la pañoleta que cubria su seno, i ésta tembló de enojo i de pudor.

La lluvia cesó, i un rayo más cercano i pá-

lido que todos deslumbró los ojos del pueblo. Era la cuchilla, que se habia desprendido.

Oyóse un grito jeneral.

Franquelin sintió algo que le caia encima, tibio como el aliento de un niño, i llevando sus manos a la frente, las humedeció en sangre. Era el bautismo de su amor!....

Su espada, yá medio salida de la vaina, volvió a ella sin fuerza.

—Dios no lo ha querido! exclamó.

I levantando la vista para ver lo que pasaba, descubrió la linda cabeza de Carlota rodando sobre las tablas como un copo de nieve i de nácar!

El verdugo habia cumplido su deber.

Carlota dejó de existir a la edad de 24 años, 11 meses i 20 dias.

Cojió en seguida un criado del verdugo la cabeza de la ajusticiada, i creyendo obsequiar las pasiones ferinas de la multitud, le dió una bofetada en la mejilla. Volvió ésta a revestirse de un suave color de púrpura, i los ojos de Carlota, cerrados yá para el mundo, volvieron a abrirse por un instante, i miraron al infame con tál espresion de enojo, que éste soltó la cabeza aterrado.

El sol, como si no esperase más que la última mirada de la vírjen para apagarse, se hundió en los abismos de Occidente.

Una hora despues, la plaza estaba oscura i desierta como un foro antiguo. Un hombre la atravesaba tranquilamente. Franquelin, que seguia a ese hombre, gritó:

—Legros!

El hombre se paró. Franquelin, llegándose a él i cojiéndolo por un brazo, le dijo :

—¿Qué han hecho con el cadáver de la ajusticiada ?

—Lo han llevado a una aula de anatomía para hacerle una inspeccion.

—Qué inspeccion ? preguntó el jóven, sudando de agonía i de rabia.

—Pues... entiendo que se trata de probar que era una Mesalina.

Franquelin estremeció los puños con vigor.

—¿I de orden de quién se comete tal sacrilejio ?

—De orden del Comité de salud pública.

—I bien, ¿es cierto que vos habeis dado a la guillotina hoi una bofetada en la mejilla ?

—Sí, es cierto : ¿no ha matado ella al primer padre de la Patria ? ¿En dónde estábais vos, que no lo vísteis ?

—Yo oraba en ese momento.

—Adios !

—Nó, esperad !

I Franquelin hundió su espada, hasta el mango, en el pecho del villano, cuyo cuerpo rodó por el suelo.

—Bién, Franquelin ! la habeis vengado del único modo que se podia tomar venganza de ese miserable, dijo Adan Lux detras de él.

Habia algo de grande en ese hombre que se quedaba en la sombra, i en ese otro que se adelantaba a ella en silencio para cometer una muerte. Era que habia una misma idea en

sus cerebros i en sus corazones, pero un sólo brazo la debia ejecutar.

Dieron despues algunos pasos i se pararon al pié del cadalso, que se alzaba macizo i negro como un catafalco público, o como un pedestal sin estatua por el momento.

—Hasta *mañana*, Adan, dijo Franquelin.

—¿A dónde os dirijís?

—Voi a cavar yo mismo mi sepultura con los monjes de la Trapa. I vos?

—Yo *mañana* habré vivido, como decian los romanos.

—Pues qué?

—He escrito la apolojía de Carlota, i voi a hacerla imprimir esta noche misma. Mañana pues moriré.

I aquellos dos jóvenes, estraños el uno para el otro diez horas ántes, i yá unidos i yá íntimos por el lazo de lágrimas del dolor, se abrazaron como dos sacerdotes que se despiden sobre las ruinas de su altar.

Adan Lux habia dicho la verdad. La apolojía de Carlota le costó la vida. \* Franquelin cumplió su palabra, pues fué a morir de consuncion de amor a orillas de su tumba en el desierto, como en otro tiempo los hermanos de Elías, de consuncion de fe en el Carmelo i en el Tabor.

Sobre su sepultura se encontró años más tarde una espada clavada, i enmohecida por el aire i la lluvia; i aún recuerdan los campesinos de la comarca haber visto hácia aquel

\* Adan Lux fué ajusticiado el 4 de diciembre de 1793.

lado un blanco caballo de raza, de larga crin i de cola flotante, venir a bufar sobre las cenizas de su amo, el cual por la primera vez era indiferente a su grito salvaje !

---

Comprobada su vida inocente, los restos de Carlota fueron sepultados en el cementerio de la Magdalena, calle de Anjou Saint-Honoré, cerca del monumento expiatorio levantado luégo a Luis XVI.

En 1804, M. Desclosseaux, propietario de este terreno, hizo colocar una cruz sobre su tumba. En 1815, lo que quedaba de la poetisa i de la heroína fué trasladado al cementerio del Monte Parnaso. Despues de esto, la familia Saint-Albin, unida a Carlota por vínculos de parentesco, obtuvo el permiso de ser depositaria del cráneo de la ilusa.

FIN.

UNIVERSIDAD

EAFFIT



Sala de Patrimonio Documental

L  
C863.3  
P438  
1881

**Biblioteca  
Universidad Eafit**



6 2000 00103801 9

EL  
TALLER  
Encuadernación  
Creativa

*Carlos Quijano*

Tel: 291 09 12 - Medellín

07 MAR 2003

